

**Jerónimo  
García  
Tomás**

**GANADOR  
I PREMIO  
NACIONAL DE  
NOVELA ATENEO  
MERCANTIL DE  
VALENCIA**

**la  
RABIA  
del  
PEÓN**

**13**

Hace diez años, Román fue detenido en el aeropuerto de Medellín con un cargamento de cocaína. Ahora, después de cumplir condena en la tristemente célebre penitenciaría de Bellavista, Román se halla de vuelta en España y trabaja como gerente en el Gladys', un local nocturno propiedad del mismo traficante que en el pasado lo envió a Colombia para hacer de mula. Gracias a su nuevo empleo, Román ha recuperado la esperanza de empezar una nueva vida. Pero el asesinato de una de las camareras del Gladys', y el descubrimiento de cierta información referida al periodo en que fue apresado, hacen que Román ponga en peligro su situación, removiendo asuntos que algunos preferían no ver expuestos.

Jerónimo García Tomás

---

## **La rabia del peón**



Título original: *La rabia del peón*  
Jerónimo García Tomás, 2018

Ganador I Premio Nacional de Novela Ateneo Mercantil de Valencia 2018

---

Revisión: 1.0  
29/11/2019

# 1

La tarde en que entraron los hombres armados en el *Gladys'*, Román no tenía por qué estar allí. Cada semana, las camareras se turnaban para que una fuese a prepararlo todo tres horas antes del momento de apertura. Eso incluía recibir los martes a la gente del reparto. Pero en los últimos pedidos se habían echado en falta botellas que sí aparecían en cambio listadas en los albaranes. Y Román quería revisar él mismo las cajas que habían de llegar aquel día.

Las copas estaban ya alineadas boca abajo, en dos filas, sobre el tapete blanco extendido encima de la barra. Con una botella medio vacía de *whisky* reserva en la mano, Román se había quedado embobado mirando los reflejos en las pequeñas bóvedas de cristal. Todas tenían un punto rojo en la base que provenía de la luz de emergencia sobre el arco del vestíbulo, al otro extremo de la pista de baile.

—¿Oyes eso?

La pregunta de Samantha lo sacó de sus ensoñaciones.

—¿Qué?

—El ruido que te decía antes. Se oye cuando lo dejas abierto un rato.

La chica acababa de sacar una bolsa de cubos de hielo del botellero frigorífico. La tapa estaba descorrida y un ronroneo sonaba por debajo.

—¿Por qué no? ¿A ti no te gusta estar aquí?

—¿Y qué si me gusta o no me gusta? Es trabajo. El sitio donde se trabaja es eso y nada más. Nadie tendría que estar en él más que lo que le toca y por lo que le pagan.

—No todos los trabajos son iguales —dijo Román con voz ligeramente tensa, absorto en los vasos que iban quedando ordenados sobre la barra.

—¡Hey-Ey! —Samantha hizo chasquear los dedos delante de su rostro—. Que te quedas en Babia.

—Perdona. Estaba pensando... El del reparto no debería de tardar ya.

—Encima tanta preocupación con los albaranes. Ni que el dinero fuera tuyo. Tormo ya podría subirte el sueldo, o darte días libres de vez en cuando.

—No quiero días libres.

—Pero ¿cómo que no? ¿Es que no tienes nada que hacer? Seguro que hay por ahí alguna chica enfadada porque no pasas tiempo con ella.

Román pareció avergonzado por no saber qué responder.

Ella rio al ver cómo se sonrojaba.

—Pues, chico, no te preocupes que ya los disfrutaría yo por ti, los días libres. Ese Tormo se aprovecha de lo buen trabajador que eres. Para que encima le vaya a dar el *Gladys*’ al machito de su hijo.

—Eso son habladurías.

—Ah, sí. Pues es mucha gente la que se lo está creyendo.

—Habladurías.

—Y ¿para qué han venido tantas veces entonces a ver las habitaciones de arriba? Ese Julián, que se cree el tío más bueno del mundo, ha querido convertir esto en un putiferio desde que su papá lo compró. Y él será el gallito del corral, no lo dudes. Con esa viciosa de novia italiana que tiene.

Román se la quedó mirando fijamente.

Samantha volvió ajustarse el escote. Se inclinó para apoyar un codo en la barra y descansar la barbilla en su puño cerrado.

—Son muchas las cosas que una oye en un sitio como este.

—No deberías creerte ni la mitad.

—Ah, ¿no? —Arrugó la frente, afectando una inocencia burlona—. ¿Tampoco las que se cuentan de ti?

Román tragó saliva. Volvió a tirarse de la manga de la chaqueta, que se obstinaba en dejar el puño de la camisa al descubierto.

—¿Cuáles?

—Bueno, es lo que tú dices. No puedo saber si son verdad o no. Pero se oye por ahí que te tuvieron diez años encerrado en Bellavista, nada menos.

—Nueve —replicó él de manera automática.

Los ojos de la chica se abrieron ahora con sincera sorpresa.

—Caramba. Ahora ya me puedo explicar esa nariz rota y esas cicatrices.

—Ya.

—Y ¿por qué fue? No me digas que mataste a alguien.

Román le acercó la botella de reserva que seguía sobre la barra.

—Devuélvela a la estantería.

—Eeeh, que solo era un broma, hombre. Ya sé que por eso no sería. No conozco a ningún español que hayan encerrado en mi país por otra cosa que no sea la de siempre.

Él volvió a tragar saliva.

—Oye... —Samantha alargó un brazo a través de la barra, le acarició la curtida mejilla y le presionó la nariz con un pulgar juguetón.

Una nariz que parecía un pedazo de cartílago cocido y puesto a secar. Como la sobra que se deja apartada en el borde del plato, y que si no se tira a la basura se da de comer a los perros. Apenas tenía tabique, y la carne se le hundía en el rostro de manera desigual. Un lado estaba muy metido, y la fosa nasal había quedado reducida a un mísero pliegue, mientras que el otro sobresalía en forma de pequeña protuberancia, manteniendo una rendija que aún podía hacer llegar a los pulmones una cantidad de aire apenas suficiente. Román a veces se olvidaba de respirar solo por la boca y emitía un agudo silbido que incomodaba a muchas personas.

—No tienes que avergonzarte —decía Samantha—. ¿Cuántos habrán pasado nueve años en un infierno como ese y ahora estarán aquí donde estás tú, de jefe de un local tan elegante? Además, si me quieres hacer caso, te diré que todas esas marcas te hacen más interesante, como más hombre. Cuéntame algo, ¿echabas de menos a esas españolitas de culo pequeño cuando estabas en mi país?

Un lado de la boca de Román se contrajo ligeramente.

—¡Uy! —exclamó ella apartando la mano—. Pero ¿qué ha sido eso? No me lo creo. ¿Será verdad que ibas a sonreír?

Román quedó inexpresivo.

—¿Será posible que casi lo haya conseguido? —siguió ella—. Vamos, si me lo dicen, no me lo creo. Eso sí que tendría mérito. Me acuerdo de que una vez se lo dije a Sélica. Pregúntale y verás, si no se lo dije. Sacarle a Román una sonrisa tendría mucho más mérito que levantarle la minga a cualquiera de los vejestorios que vienen al *Gladys*'.

Rio tapándose la enorme boca con la mano.

—Si me conoceré a los tíos como tú. La chica que te haga reír, esa sí que valdrá lo suyo. Me apuesto lo que quieras a que esa chica tendrá tu corazón para siempre.

Román carraspeó.

—No tardarán mucho, los del reparto.

—Claro. Cambia de conversación, si quieres.

—Será mejor que suba a imprimir las hojas del pedido. Así las compararé también con el albarán que traigan.

—Seguro —con una expresión burlona—. No te preocupes. Escápate como hacen todos cuando se habla del tema. Ya estoy acostumbrada.

Román esperó unos segundos pero no dijo nada más ni varió su expresión hermética. Luego se apartó de la barra. Le pareció que caminaba raro mientras atravesaba la pista de baile vacía. Llegó a la antesala, decorada con espejos de marcos estilo *Art Decó* y cortinajes granate, y entró por la puerta a su izquierda que comunicaba con un minúsculo descansillo y una estrecha escalera. Subió al piso de arriba, recorrió mitad de un pasillo flanqueado por habitaciones en desuso y llegó al cuarto que se le había asignado como oficina.

Mientras, Samantha se había encendido un cigarrillo. Debía aprovechar ahora que aún podía fumar en el local, antes de que se abrieran las puertas y empezaran a entrar los vejestorios en tropel. Hubiese querido cambiar a otra discoteca de gente joven, a ser posible latinoamericana, pero ahora ya no podría hacerlo en una temporada. Se pasó otra vez por el vientre la mano que no sostenía el cigarrillo. Tendría que esperar a que el crío hubiese crecido un poco para volver a trabajar por las noches. Quizás con unos meses...

Pegó una calada. Con una uña violeta, dio golpecitos al cigarrillo para tirar la ceniza en el sumidero de la pila de aluminio.

Su cabeza se irguió de golpe cuando oyó el ruido de la persiana metálica al ser levantada. No podía ver la entrada desde allí, ya que la antesala estaba situada en ángulo recto con respecto a la pista, y a través del arco que las comunicaba solo se veía el tramo donde estaba la puerta por la que había desaparecido Román. Pero no dudó que serían los del reparto. Normalmente, pedían permiso con un par de golpes antes de entrar. A lo mejor hoy se habían olvidado. O iban con prisa y se estaban saltando las formalidades.

Sin embargo, supo en seguida que los dos hombres que pasaron a través del arco no eran del

reparto. Eran sudamericanos. Probablemente colombianos, como ella. Bajos, anchos de espaldas y algo entrados en carnes, los dos vestían vaqueros desgastados y cazadoras de tela abombadas. Usaban gafas de sol. Uno llevaba una gorra con el escudo de la marina de los Estados Unidos.

Apagó el cigarrillo aún a mitad con la humedad del sumidero.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó con voz tensa.

El de la gorra habló:

—Nunca lo vas a saber, puta, malparida.

Ya solo estaban a cinco metros de la barra y se bajaban las cremalleras de las cazadoras al unísono. Extrajeron cada uno una pistola automática. La encañonaron.

Samantha ya no llegó a preguntar nada más.

La primera bala hizo añicos la botella de *whisky* reserva, que no había llegado a guardar, antes de perforarle el vestido de lantejuelas camino del vientre. La segunda le entró por el ojo izquierdo y salió rompiendo la caja craneal, expulsando parte de su cerebro hacia los estantes de bebidas y haciendo del resto de proyectiles invertidos en ella un gasto innecesario y gratuito.



## 2

Román había salido de la oficina y bajado corriendo los dos tramos de escalera antes de que los disparos finalizasen.

Entreabrió la puerta y por el resquicio pudo ver, al otro extremo de la pista, las espaldas de los hombres que bajaban sus armas después de haber acribillado a la camarera. Supo que estaban a punto de volverse. Antes de pensarlo siquiera, se lanzó hacia la entrada del local. Pero no salió a la calle. Saltó para agarrar la pestaña de la persiana metálica y tomando impulso al bajar la cerró por completo. Antes de volver, cogió una de las macetas de bronce que había en el suelo, la volcó y dejó caer el ficus con la maceta de plástico que lo contenía.

Los pasos agitados de los dos hombres ya se acercaban al arco de separación. Román se escondió tras el grueso pilar que dominaba el centro de la antesala.

—¡La madre que lo parió! —gritó uno de los sudamericanos—. ¿No nos dijeron que la guarra estaría sola?

—Tú corre, cabrón. Aún podemos agarrar a ese hijueputa en la calle.

Román se concentró en el ruido de la carrera para saber por qué lado del pilar pasarían y si los dos lo harían por el mismo. Cuando estuvo seguro, dio la vuelta por el lado opuesto y siguió rodeando el pilar hasta hallarse a espaldas del que corría más rezagado. Entonces lanzó la maceta. El bronce dio de pleno en la cabeza cubierta por la gorra de la marina. Por acto reflejo, el brazo armado del sicario se estiró. Su automática escupió un disparo. La bala pasó a escasos centímetros de su compañero e hizo un agujero en la persiana por el que entró la luz del sol.

El que iba delante dio un respingo. Aún no había conseguido parar sus pies para darse la vuelta cuando Román agarró al de la gorra por el cuello de la cazadora y tiró de él hacia atrás. Conforme se ponía de nuevo a salvo tras el pilar, puso la zancadilla al hombre y lo tiró bocabajo. Una serie de disparos empezó a lloverle a izquierda y derecha, a destrozar la losa de mármol del pilar. Román puso un pie sobre el hombro del caído. Le aferró la muñeca del brazo armado y dio un tirón fuerte, efectuando un movimiento rotatorio. La juntura del hombro se rompió. El sudamericano soltó un alarido. La mano se le quedó flácida. Román se hizo con la automática. Disparó una sola vez a la cabeza en el suelo y la gorra de los marines se manchó de sangre.

Las balas seguían destrozando el mármol detrás de él.

Deslizó su espalda por la superficie del pilar hasta quedar en cuclillas. Entonces el tirador

decidió darse un descanso.

—Te estoy apuntando, maricón. Como te vea a asomar, te baleo, ¿me oíste?

Lo que oyó fue la persiana que empezaba a subir.

Rápidamente, sus ojos bajaron al cuerpo inerte en el suelo. Alzándole un pie, le arrebató la zapatilla de marca, muy nueva en comparación con el resto de su atuendo. Lanzó la zapatilla en dirección a un espejo a su izquierda y se dejó caer de costado hacia el otro lado. Rodó con el arma por delante hasta quedar bocabajo en la posición del tirador cuerpo a tierra.

Atrapó al sicario justo en el momento en que este acababa de dirigir su automática hacia el espejo agredido. Disparó al pecho. El hombre rebotó con la espalda en la persiana entreabierta y se vio impulsado hacia delante. Conforme caía, Román todavía tuvo tiempo de meterle en el rostro una segunda bala, que le destrozó mitad de la mandíbula y le salió limpiamente por entre la nuca y la base del cráneo.

El hombre aterrizó en plancha, los brazos en cruz. Emitió un sonido como de hacer gárgaras y luego murió.

### 3

**E**l cuerpo de Samantha había sido sacado de detrás de la barra y colocado sobre un plástico en la pista de baile. Dos de los hombres de Tormo, Paco y Hernán, volvían a aparecer ahora desde el pasillo de la parte trasera del local. Hernán sacudió en el aire la bolsa de basura industrial que llevaba en las manos. La bolsa se hinchó como un enorme globo negro. Llegaron hasta el cadáver de la colombiana, lo envolvieron en el plástico y lo plegaron para hacerlo entrar en la bolsa de basura.

Román los observaba sin reflejar ninguna emoción. Estaba sentado en un sillón de polipiel color crema, en el ángulo más alejado tanto de la barra como del vestíbulo. Tenía las manos sobre los brazos del sillón.

Bajo el arco de la antesala se hallaban José Miguel Tormo, su hijo Julián e Ignacio Blasco.

Manténían sus voces a un volumen bajo que Román no llegaba a registrar. En determinado momento, vio que Blasco giraba la cabeza hacia él. Le pareció que le lanzaba una mirada suspicaz. Pero en Blasco era normal el que lo mirara a uno de esa manera. Así que Román no dio al hecho especial importancia.

Blasco era bajo y enjuto. Tenía un rostro de ángulos afilados y unos ojos achicados y penetrantes. Se volvió de nuevo hacia los otros dos.

—Lo más fácil —decía Julián— es pensar que eran colombianos porque la chica era colombiana. Llevaban pasajes para Londres. Podemos comprobar los horarios de allí, a ver a dónde salía el primer vuelo hacia Sudamérica.

—Eso no nos dirá nada —dijo Blasco en tono escéptico.

El chico pareció molestarse.

—No creo que haya tenido que ver con nosotros.

—Ah, ¿no?

—¿Por qué precisamente ella? La única colombiana que teníamos aquí.

Julián miró a su padre buscando alguna señal que validase su teoría.

Pero Tormo miraba al vacío. Se acercaba a los sesenta años. Mantenía su cuerpo compacto en buena forma y su rostro cuadrado estaba habituado a mostrarse inflexible. Lo acerado de su pelo y el azul de sus ojos apoyaban una apariencia fría que las bolsas en los párpados y cierto decaimiento de las facciones habían empezado a suavizar. Los otros esperaron en un silencio

respetuoso hasta que levantó la vista hacia Blasco y dijo:

—Ya llevan meses matándose unos a otros.

—¿Acaso no lo sé?

—Y ¿qué nos importa? —intervino el chico—. Dejémosles que se maten, ¿no?

—Si les dejamos seguir así —dijo Blasco, dirigiéndose a Tormo—, su basura terminará afectando a todo el negocio. Y si nos quedamos cruzados de brazos, después de que hayan atacado nuestro terreno...

—Ahora no nos vamos a mezclar en nada —sentenció Tormo.

—Pero si les damos a entender que...

—No damos a entender nada —cortó. Y luego calló para mirar a su hombre de confianza y a su hijo alternativamente.

Paco y Hernán habían vuelto a entrar por la parte de atrás, después de sacar el cuerpo en la bolsa de plástico. Atravesaron la pista y pasaron junto a ellos de camino hacia la entrada.

Carla los vio llegar. Llevaba un rato contemplando hipnotizada los dos cadáveres allí tendidos. Se apartó un poco, mordisqueándose la uña del pulgar. Paco no pudo evitar fijar en ella su mirada.

La chica sonrió. Entrecerró los párpados. Sin quitarse la uña de los dientes, hizo rotar el tronco a un lado y a otro.

Paco apartó los ojos. Desplegó un plástico en el suelo, junto el cuerpo que yacía desplomado bocabajo, cerca de la persiana.

En una de sus rotaciones, Carla dio media vuelta. Se encaminó, meciendo sus menudas caderas, hacia el arco de acceso a la pista. De baja estatura, su figura era un esbozo de suaves líneas curvas que al moverse oscilaban con una suerte de displicente negligencia. Su pelo corto, teñido de rubio, no parecía nunca arreglado. Llevaba una ceñida camiseta de tirantes a rayas azules y una minifalda roja.

Llegó al lado de Julián y sus ojos se concentraron fascinados en el extremo de la sala donde seguía apartado el gerente.

—Y ¿lo ha hecho él solo?

Julián puso una mueca de irritación.

Blasco giró de nuevo la cabeza para observar a Román.

—Esa es otra cosa que habría que discutir.

—¿El qué? —dijo Tormo, con voz cansada.

—¿Te esperabas eso?

—Pero, ¿lo ha hecho él solo? —insistió Carla.

—¿Por qué no cierras la boca? —le dijo Julián.

La chica puso los ojos en blanco. Balanceó un poco la cabeza en señal de fastidio y miró al joven con un extremo del labio superior estirado hacia arriba.

Tormo se encogió de hombros.

—Pero ¿quién es? —dijo Carla—. ¿No es el que estuvo preso en...?

—¿Vas a dejarlo ya? —la volvió a increpar Julián—. Nadie ha dicho que pudieras estar en esta conversación. ¿Por qué no vas otra vez a recrearte la vista con esos fiambres, antes de que se los lleven?

Blasco indicó a Tormo que lo siguiera. Al ver que Julián hacía amago de ir con ellos, le clavó

una mirada disuasoria que funcionó como él sabía que iba a funcionar. Había aprendido hacía tiempo a manejar al chico. Nada difícil, por otro lado.

Precedió a Tormo escaleras arriba y entró en la oficina.

Dejó que fuese su jefe quien diese la vuelta a la gran mesa de despacho para reposar su anchura en la butaca de cuero reclinable. Últimamente, se le veía siempre cansado. Blasco había pensado en ello y había decidido no tenerlo demasiado en cuenta, por el momento.

Tormo lo miró fijamente, la cabeza echada hacia atrás sobre lo alto del respaldo.

—Dilo —le espetó.

—¿Es necesario?

—No —reconoció Tormo. Y subió la vista al techo. Al rato, añadió—: Nadie dice que esto tenga que ver con el trato.

—Cierto. Pero...

—No tiene nada que ver.

—Entiendo —terminó diciendo Blasco a regañadientes.

—Ahora no nos vamos a mezclar en nada —volvió a sentenciar Tormo.

—Pero si...

—No —calló y al poco dijo—: Esto no ha sucedido. La chica no se presentó hoy a trabajar. Puede haberse largado a cualquier parte. Esos hombres nunca han estado aquí.

—De acuerdo. Pero han venido de fuera para hacer un trabajo. Y habrá gente que los espere ver de vuelta y que sabrá exactamente a dónde iban y para qué.

—Ya veremos. Hasta que el trato con los calabreses esté cerrado, no vamos a meternos en medio de ninguna guerra. No podemos dar la impresión de estar ensuciados con esa gentuza ni de no poder controlar lo que pasa en nuestra casa. Por eso nos vamos a mantener al margen.

—No creo que sea un lujo que nos podamos permitir.

—Esa chica tenía sus propios problemas. Estoy seguro.

—Claro. Es lo que nos interesa vender.

—No vamos a vender nada.

Blasco frunció el ceño. Estaba de pie, las manos cruzadas delante. Con la yema del meñique, acariciaba inconscientemente la hebilla de su cinturón.

—Lo que quiero decir es... Será difícil que los calabreses no se enteren de esto.

—No. No lo será. La chica no ha estado aquí. Solo Román la ha visto. Y Román no ha visto nada.

Blasco se quedó callado durante varios segundos, antes de sacar a relucir el otro tema que le preocupaba.

—Hablando de Román... ¿No te ha sorprendido?

—No voy a decir que no lo haya hecho.

—Antes de regresar pasó un año allí, ¿verdad? No salió en seguida de Colombia.

—No quería volver. Ver a su mujer y todo eso. Mandé a alguien a buscarlo, pero había desaparecido. Se perdió en Medellín. Durmiendo en la calle, mendigando... Me contó que había conseguido algún trabajo de peón. En obras particulares, creo.

—¿Lo comprobaste?

—¿Cómo comprobar eso? Nadie le hubiese hecho un contrato de trabajo. Además, ¿por qué había de investigarlo? Después de lo que pasó allí por nosotros, no creo que la desconfianza fuese

una buena forma de devolverle el favor.

—No cuestiono tus valores —dijo Blasco, sin atisbo de ironía—. Pero en algún sitio tiene que haber aprendido a manejar un arma de la manera en que lo ha hecho, y no creo que haya sido mezclando arena con cemento.

Tormo apretó los labios y aspiró profundamente por la nariz.

Al pensar en Román le venía a la cabeza la imagen que, sin pretenderlo, había guardado de él. Una imagen que su concepto del hombre actual, el sobrio, fiable y eficiente gerente del *Gladys*, no lograba disipar. Nada más enterarse de su regreso, había ido a verlo al hogar de su infancia. Román había perdido a su padre siendo adolescente, y su madre había fallecido de múltiples dolencias al segundo año de estar él en Bellavista. Aquel piso era lo único que lo había estado esperando. Un piso de anciana. Cuadros de naturalezas muertas en las paredes de empapelado amarillento y tapete de hilo sobre el televisor de tubo. Teléfono de dial giratorio atornillado a la pared y radiador bajo la mesa camilla. El único elemento incongruente allí era el propio Román.

Llevaba solo dos días en España y estaba desubicado. Con miedo de salir a la calle, inseguro de encontrar el camino de vuelta si se alejaba dos manzanas. Más que en su familiar lugar de origen, parecía haber recalado en una ciudad extraña y hostil.

Tormo lo había sacado de la cama a media mañana. Él lo había recibido despeinado, sucio, descalzo, desnudo de cintura para arriba, enseñando las cicatrices de su torso escuálido. Se había sentado al borde del sofá de fieltro lleno de rozaduras y había agachado la cabeza, mirando los diseños del suelo hidráulico sin verlos.

Avergonzado ante su presencia.

Precisamente ante la presencia de él.

Y Tormo se había dado cuenta en seguida de cómo la propia vergüenza, que había llevado consigo hasta allí, desaparecía ante la actitud sumisa de Román. Y en su fuero interno se había reprendido. No era un hombre que pudiese renunciar fácilmente a su naturaleza de superioridad. Lo sabía bien. No ponerse por encima de los demás era un ejercicio arduo en tanto que no se lo imponía a menudo.

Pero era aún peor en este caso. No poder renunciar siquiera a la propia manera de ser para hacer lo que sentía que debía hacer más que cualquier otra cosa.

Tenía ante sí la oportunidad que había perseguido durante una década. Una oportunidad que se le había escurrido entre los dedos en al menos dos ocasiones; cuando había tratado de proporcionarle ayuda legal para lograr que lo trasladasen a España, donde podía solicitar el régimen abierto, y cuando, al saber que Román acababa de ser puesto en libertad, había hecho que lo buscasen por todo Medellín para pagarle el vuelo de regreso y proporcionarle la reintegración, la oportunidad de recuperar, si no su vida anterior, sí una vida digna de llamarse tal. En la primera ocasión, Román se había negado a hablar con el abogado. En la segunda, había hecho desaparecer su rastro en el caótico entramado de una ciudad imposible de sondear, uniéndose a la masa de rostros sin identidad. Ambas veces, esa criatura sumisa y autocompasiva le había privado de conseguir lo que necesitaba.

Era muy fácil vencer la resistencia de un hombre cuando se buscaba destruirlo. Muchísimo más que cuando se pretendía lo contrario, salvar a quien se había empeñado en no ser salvado.

Esa imagen le había impedido quizás sentirse humilde. Pero no lo había echado atrás a la hora de cumplir por fin su objetivo.

Y había funcionado.

Convencer a Román para que aceptase un empleo legal, más un generoso anticipo que le permitiese salir inmediatamente de la miseria y comenzar a adecentar su vida, había devuelto al hombre el respeto por sí mismo. Desde el primer día, se había esforzado hasta el extremo por hacer su trabajo mejor que nadie. Lo cierto es que no dejaba de ser un gerente mediocre, incapaz de llevar al *Gladys' mis* allá del éxito moderado que ya había tenido en el pasado, antes de que Tormo lo adquiriera como parte del *pack* de negocios legales en los que esperaba invertir las ganancias obtenidas con la futura conexión calabresa. Como administrador resultaba pasable, eficaz en lo básico. Como relaciones públicas era una nulidad. Jamás lograría socializar con la clientela y animarla a volver, con esa cara espantosa que le habían dejado y esas maneras de autómatas que solía mostrar. Pero Tormo lo dejaba pasar, y hasta le aseguraba que estaba realizando un trabajo magnífico. Quería que conservase su autoestima. Y en realidad le daba igual que el local funcionase mejor o peor.

En cierto modo, Tormo veía con mejores ojos al Román actual que al que había conocido diez años atrás, durante aquel encuentro en el restaurante de carretera, antes de enviarlo a Sudamérica. Como si todo lo posterior, la estancia en los infiernos, le hubiese sido necesario para evolucionar. Pensar así lo llenaba de satisfacción, en tanto que lo aliviaba de una carga que lo había atormentado durante demasiado tiempo. Lo veía ahora convertido en alguien mucho menos inseguro, más focalizado. Alguien, en definitiva, a quien podía respetar.

Sabía que Román se había agarrado al local como a un clavo ardiendo, hasta el punto de que toda su existencia giraba en torno a él. Que Tormo supiese, y se había mantenido al tanto, Román no tenía vida privada, ni relaciones sociales de ningún tipo, fuera del club.

Por eso le preocupaba tener que ceder el *Gladys'* a su hijo. No le hacía gracia en ningún sentido. Por un lado, estaba Román, quitarle lo que sabía que representaba el centro de su vida; por otro, no le gustaba la idea de entrar en el juego de la prostitución. Pero quería que su hijo levantase su propio negocio. Y si lo que Julián quería era dedicarse a las mujeres, y contaba para ello con el *Gladys'*, no iba a ser él quien le pusiese trabas.

Qué hacer con Román, en qué emplearlo una vez lo hubiese tenido que sacar de allí, era un problema que todavía no había llegado a solucionar.

Sonaron golpes en el pasillo. Alguien entraba y salía de las habitaciones. La voz de Julián se oyó al otro lado de la pared, acompañada de la risa aguda de su novia.

La puerta del despacho se abrió de súbito. La expresión satisfecha de Julián se borró al ver a Tormo tras el escritorio. Efectuó un movimiento retráctil hacia el umbral y se detuvo dubitativo con la mano rotando en el pomo. Miró a Blasco y luego otra vez a su padre.

—Creía que...

Ninguno de los dos hombres de dentro del cuarto dijo nada.

—¿Qué pasa? —preguntó la voz de Carla, divertida. Atisbaba por encima del hombro de Julián.

—No me acordaba de que esto era el despacho. Le estaba enseñando...

—Me parece que aquí ya se está cociendo algo y no nos han invitado —dijo la chica a su espalda.

—Cállate.

Carla siguió riendo pero ya no dijo nada más.

—Le contaba a Carla —siguió explicando Julián— lo de las camas que he estado mirando, y cómo he pensado decorar las habitaciones. Al principio, quería una cosa como la del *Esmeralda* y *Satén*, pero ahora veo mejor algo menos clásico. ¿No te parece?

—Me fio por completo de tu criterio, Julián —dijo Tormo con voz átona—. Todo lo que tenga que ver con el club será decisión tuya.

—Me fio por completo de tu criterio —se oyó imitar a Carla, afectando la voz.

Julián volvió con violencia el rostro, que enrojecía a ojos vista.

—Lo siento —se excusó hacia el despacho—. No queríamos molestar.

—Bajaremos en seguida —dijo Tormo.

La puerta se cerró. Oyeron cómo Julián regañaba a la chica en susurros creyendo que no le oirían al otro lado de la puerta.

Carla siguió riendo, sin importarle lo más mínimo que la oyeran o no. Sus pasos trotaron en dirección a las escaleras.

Blasco apenas se había movido. La yema de su meñique volvió a deslizarse por el metal de la hebilla.

—Será mejor que hables con Román, en cualquier caso.

—Claro.

Tormo apoyó pesadamente las manos en los brazos de la butaca. Empezó a despegar su cuerpo del asiento.

—Tenemos que llamar cuanto antes para que vengan a arreglar los desperfectos.

—Ha de ser alguien que no vaya a ir luego contando historias.

—Hernán conoce a unos. Son de fiar.

Salieron.



## 4

Carla quiso meterse en una de las habitaciones vacías pero Julián la agarró del brazo y siguió empujándola hacia las escaleras. La chica avanzó dando saltitos, alzando las pantorrillas hasta golpearse las nalgas con los talones. Luego normalizó el paso. Fue poniendo un pie delante del otro y sacando las caderas a los lados.

—¡Compórtate! —la azuzó él en voz baja—. ¿No puedes andar normal?

—¡Boh! No me gusta hacer nada normal. ¿No me conoces?

—Calla.

—Quiero que me dejes decorar a mí una habitación. Haré que pinten llamas por todas partes y vestiremos a las putas de diablasas. Quiero un tridente con pollas en lugar de pinchos. Tú te puedes poner encima de una chica, y yo, por detrás...

Hizo el gesto de mover un palo horizontalmente.

—Tira, va.

La empujó y ella volvió a reír con un gorjeo agudo. Bajaron a la antesala.

Paco y Hernán esperaban de pie. A Julián le pareció ver una débil insinuación de sarcasmo en la boca de Paco. Tomó el aire tensamente, abriendo mucho las fosas nasales.

—¿Qué estáis haciendo aún aquí?

—Ya está todo listo para que lo carguemos —dijo Hernán.

Carla se apoyó con un hombro en la pared. Sin que Julián la viese lanzó a los dos hombres una mirada entre cómplice y chistosa, al tiempo que pivotaba sobre la punta de una zapatilla y se mordía una uña.

—Esperamos que Blasco nos diga dónde llevarlo —replicó Paco, evitando mirar a Carla.

—¿No lo sabéis? —le espetó Julián—. ¿Es que nunca os habéis deshecho de un fiambre?

—Sí, claro. Sabemos de sitios, pero...

—Pero, ¿qué? ¿No podéis tener un poco de iniciativa?

—Todo depende de lo que penséis hacer —dijo Hernán, interviniendo para evitar que Paco perdiese la paciencia—. ¿Conviene que los hagamos desaparecer a todos en el mismo sitio o que los separemos? ¿Queréis que puedan encontrarlos en unos días o que no los encuentren nunca? ¿Han de ser fácilmente reconocibles o no? Si habéis decidido ya algo, podemos irnos y resolver el asunto. ¿Qué habéis decidido?

Julián lo miró fijamente sin pronunciar palabra, enrojando todavía más.

Carla parecía divertirse como nunca.

—Blasco os lo dirá —respondió al fin Julián.

Y dándoles la espalda se dirigió con aire ofuscado hacia la sala, pasó bajo la talla de yeso del arco y bajó los tres escalones hasta el suelo de la pista. Vio que Román seguía sentado en el mismo sitio. Aquel imbécil sí que no sabía hacer nada si no se lo mandaban. El perfecto perrito faldero; no cagaba hasta que su amo no lo arrastraba al césped. Claro que lo que acababa de hacer con los dos *panchitos* era como para no creérselo. Pero si se pensaba un poco tampoco era tan raro. Uno se sorprendía de lo que cualquier cretino podía llegar a hacer en una situación de vida o muerte. Le subía la adrenalina y... ¿No había un tío que había parado un coche con la mano o algo por el estilo? Habían hecho un documental de casos como ese. Así que cualquier idiota sin media hostia podía convertirse en Rambo si de pronto se veía acorralado y la adrenalina le subía a lo bestia. La gente se sorprendía, pero podía ocurrir. Era cosa de la naturaleza.

Pasó tras la barra y buscó entre las botellas que habían sobrevivido al tiroteo.

Ni siquiera quedaba una ginebra decente. Se decantó por el *whisky*. Mejor eso que la mierda que ponían a los viejos en el *gin-tonic*.

Carla se acercaba. Cogió un vaso para ella, pero lo pensó mejor y lo volvió a dejar. Se echó hielo en el suyo y lo llenó de *whisky* hasta la mitad.

—Gracias por el detalle —dijo la chica—. Yo también brindo por ti, gilipollas.

—Solo falta que te emborraches.

—Uuuuhh. El nene se está calentando.

—No me toques los huevos.

Carla subió el culo a un taburete y cruzó las piernas. Clavó un codo a la barra y descansó la barbilla pequeña y suave en el dorso de la mano. Tenía un rostro redondo de piel pálida y lisa, la nariz pequeña y respingona y unos grandes ojos verdes. La boca era pequeña, de labios algo gruesos y no muy delineados. Observándola hacer aquel gesto tan suyo de hundir el labio inferior hacia dentro para dejarlo colgar a continuación, Julián volvió a sorprenderse de lo pequeña que le parecía aquella boca teniendo en cuenta las cosas que podía hacer. Elasticidad, se repitió. Esa era la palabra.

Tragó una buena cantidad de *whisky*.

Carla lo observó beber y puso una mueca de asco.

En el umbral del arco apareció Tormo. Se había quitado la chaqueta, que llevaba colgada del brazo, y se pasaba un pañuelo de hilo por la frente.

Román percibió su presencia y volvió la vista. Hasta entonces, la había tenido clavada en el lugar de la pista donde había estado el cuerpo de Samantha, antes de que se lo llevaran.

Tormo fue a su encuentro.

Tomó asiento en el sillón contiguo, pasándose la mano de arriba abajo por la corbata de seda granate. Sacó una pitillera de oro y la ofreció a Román. Este la rechazó con un gesto.

—Es verdad —dijo Tormo. Se encendió un cigarrillo—. ¿Le habías cogido aprecio?

Román no supo que decir. Hizo un gesto vago con las manos.

—Sería normal. Aunque solo llevaba aquí... ¿Dos meses?

—Casi.

—Ya. —Tormo expulsó el humo lentamente—. Una auténtica desgracia.

—¿Por qué la han matado?

Tormo no le miró a la cara para responder.

—No lo sabemos.

—Pero vais a ocultarlo a la policía. Si no, Paco y Hernán no estarían sacando los cadáveres.

—Tienes que entender... —Tormo se inclinó hacia la mesa baja que tenían delante. Sacó una servilleta negra de dentro del vaso cuadrado que había en el centro, la desplegó y tiró sobre ella la ceniza del cigarrillo. Volvió a reclinarse en el respaldo del sillón y, entonces sí, lo miró a la cara—. Es un momento delicado. Pero si conseguimos que salgan bien las cosas ahora, si el trato con los calabreses se cierra... Están teniendo dudas y lo sé. Por todo lo que está pasando aquí, precisamente. Por cosas como esta.

Señaló hacia la pista, donde Paco y Hernán pasaban en ese preciso instante cargando entre los dos una bolsa de basura de tamaño industrial con uno de los sicarios dentro. Los hombres se cansaron de coger la bolsa a pulso, la apoyaron en el suelo liso de la pista y la llevaron a rastras hacia el pasillo que se abría cerca del extremo de la barra. Julián y Carla los seguían con la mirada.

—Tenemos que probar que estamos al margen de todo eso, ¿entiendes? —siguió Tormo—. Quizás no debíamos haber contratado a una camarera colombiana. Por si acaso. Toda esa gente está conectada, de una manera u otra. Es muy posible que ella no contara nada, que la cosa fuera con sus padres, o con algún novio.

—¿Sus padres?

—¿Quién sabe? Con esa gente... Se castigan haciendo pagar a inocentes. Y últimamente no paran de suceder cosas. Ya oirías lo de la semana pasada. Cinco en un coche, acribillados en plena calle. Luego los dos cuerpos que aparecen por piezas en distintas maletas. Y a uno de ellos le habían matado al hijo pequeño. La mujer, dicen que se salvó de milagro. Gracias a un vecino. Se están atracando y asesinando continuamente. Y nadie sabe hasta cuándo durará. Porque no se trata de una guerra entre dos clanes, que más o menos se puede prever, sino de un montón de grupos de desesperados devorándose. Algunos ni siquiera son auténticos criminales. Por eso es tan importante este acuerdo.

Se interrumpió para dar una calada.

—Si conseguimos abarcar el mercado —dijo—, y con la infraestructura de los calabreses lo conseguiríamos, nada de esto seguirá pasando. ¿Te das cuenta? No lo hago solo por nosotros. Todas esas pequeñas bandas... No funcionan bien, solo traen desgracias. Usan a pobres personas que... —se interrumpió—. Si este acuerdo sale, podemos impedir que sigan muriendo inocentes como esa chica. Y podemos impedir que muchos sigan arriesgando tanto por tan poco. Que acaben en un agujero infecto como te pasó a ti.

Román había bajado la vista al suelo.

—El acuerdo saldrá adelante —afirmó.

La seguridad con la que lo dijo produjo un efecto de sorpresa en Tormo.

—Sí —dijo—. Así tiene que ser.

Dejó el cigarrillo sobre la servilleta negra y antes de que la brasa pudiese quemar el papel la sofocó cerrando los pliegues de nuevo. Hizo una bola con la servilleta y se la guardó en el bolsillo. Se levantó.

Dio dos pasos para salvar la distancia que lo separaba de Román y apoyó la mano en su

hombro.

—En dos o tres días no creo que podamos abrir. Tómatelos de descanso.

Román no contestó. Cuando su jefe retiró la mano, alzó la mirada y lo vio marchar hacia el arco. Allí estaba ahora Blasco, de pie, observándolo a él. Parecía llevar mucho rato observándolo.

## 5

Pegada con celo a la puerta del ascensor había una hoja de libreta cuadriculada en la que se leía, en vacilante mayúscula, *ESTROPEADO*.

Román ascendió los escalones sucios de heces de perro, migas de pan, envoltorios y colillas, hasta el tercer piso. Era la hora de la cena. Un fuerte aroma a estofado de hígado salía de alguna de las viviendas. De la primera planta ascendían los compases machacones de un reggaeton. Llamó a una puerta. La cerradura tenía marcas alrededor que indicaban que había sido sustituida recientemente. No se habían molestado en ocultar las huellas de la cerradura anterior, que había contado con una placa más ancha. La actual se veía vieja y muy desgastada. Como si la hubiesen hecho pasar ya por diversas viviendas.

La mirilla se iluminó durante un segundo.

La persona al otro lado se tomó su tiempo en estudiarlo y en valorar su aspecto, antes de proyectar su voz a través de la madera para preguntar quién era.

—Soy el gerente del *Gladys*'. Samantha trabaja conmigo.

La cabeza de la mujer asomó por la estrecha franja que dejó al abrir. Apenas le llegaba a Román por el pecho. Era gruesa, de rostro hinchado y abotargado. El pelo castaño cobrizo tenía a la luz amarillenta del recibidor una tonalidad muy parecida a la de su piel.

—¿Qué quiere? Samantha está en el trabajo.

—No, señora. Samantha no se ha presentado hoy.

—Pero... —Su intranquilidad no parecía relacionada con el posible paradero de su hija tanto como por la presencia de aquel hombre bien vestido en su rellano—. Ella marchó a trabajar. Iba arreglada para trabajar.

—Pensé que a lo mejor estaba enferma. Como no contestaba al móvil, he decidido venir a ver si la encontraba en casa. ¿He hecho mal?

—No. Pero no entiendo... Seguro que tiene que estar allá. Marchó hace... No sé. Muchas horas. Ahora son...

—Las nueve y media.

—Sí.

—Vengo de allí. Le aseguro que Samantha no ha aparecido.

—No puede ser.

La mujer seguía sujetando la puerta. La inquietaba el aspecto tan serio de aquel hombre, con su nariz deforme y sus cicatrices. Del interior de la vivienda llegaba el sonido de un televisor, que competía en inferioridad de condiciones con el martilleo del reggaeton de abajo.

—Yo la vi marchar —insistió—. Es una buena chica. Trabajadora.

—Lo sé, señora. Créame. Por eso he querido venir. Esperaba que estuviese enferma y que no hubiese podido avisar. No quisiera que el dueño del *Gladys* la despidiera sin...

—¿Despedir? ¿Por qué?

Dejó que la puerta se abriese un poco más. La mandíbula le colgó floja, vencida por la incompreensión. Vestía una camiseta blanca con el emblema de una universidad norteamericana que le quedaba enorme y le llegaba hasta mitad de los muslos. Sus piernas estaban desnudas.

—Nos... Ella necesita la plata.

—Por supuesto. Si usted pudiera ayudarme... ¿Su marido no sabrá algo?

—¿Mi marido?

—¿Se encuentra en casa? ¿Podría hablar con él?

—Bueno... —dudó—. Pero, ¿no la despedirán?

—Si me ayuda a hablar con ella esta noche, no creo.

La mujer lo guio, arrastrando sus chanclas, hasta un comedor iluminado por una lámpara con pantalla de plástico naranja de la que la bombilla de bajo consumo sobresalía como el badajo de una campana. Había dos raídos sillones de fieltro marrón y algunas sillas de procedencia diversa. En uno de los sillones se sentaba un adolescente muy flaco, en ropa deportiva y con un gorro de pesca verde militar. Sobre la mesa, cubierta por un mantel de hule, descansaban los platos y los cubiertos sucios recién usados. Todavía olía a grasa de cerdo y a salsa de tomate. El hombre sentado a la mesa había girado el cuerpo hacia el pasillo. Acababa de beber y tenía el vaso apoyado sobre una pierna. Con la otra mano balanceaba encima del mantel una botella de litro de cerveza barata con apenas dos dedos de contenido en su interior. En el aparato de televisión, un hombre y una mujer presentaban la gala de un concurso de cantantes. El público les vitoreaba. Ellos hablaban con entusiasmo, sin dejar de sonreír.

—Estábamos mirando el programa —dijo la mujer.

Dio la impresión de que lo decía para justificar al marido, por lo que fuera que pensase que debía justificarlo.

El hombre había estado mirando el programa, evidentemente. Pero ahora miraba a Román. Y en su rostro se reflejaba la misma vacilación que había aparecido antes en el de la mujer, aunque sin tanta suspicacia.

—Es el jefe de Samantha —dijo ella.

Román se adelantó para ofrecerle la mano.

—Disculpe las molestias. Me llamo Román.

El hombre dudó, como si antes de darle la mano hubiese de pensar bien en cómo hacerlo. Dejó el vaso vacío sobre la mesa y le dio un apretón débil con los dedos estirados. No le dijo su nombre.

—Este señor dice que Samantha no ha ido al trabajo —explicó la mujer—. Dice que tú sabes dónde anda.

—No he dicho eso —corrigió Román—. Pero a lo mejor sabe qué ha podido pasarle, o con quién puede estar.

El hombre llevaba una camiseta interior de tirantes y unos pantalones de pijama que parecían sacados de un hospital. Sus brazos delgados y flojos contrastaban con la barriga prominente que desbordaba la cintura elástica del pantalón.

En el sillón, el chico seguía pendiente del aparato. Como si estuviese solo.

—Dice que echarán a Samantha si no la encuentra —insistió la mujer.

—¿Por qué la han de echar? —preguntó el padre.

Román lo escrutó en silencio.

—Eso no puede pasar —se quejó el hombre—. Si yo encontrara trabajo... Pero no hay manera, ¿usted sabe? Hace casi un año. Y nada. ¿Usted no sabrá de algún sitio donde necesiten una mano?

—Si me entero de algo, se lo diré.

—¿Sí? Gracias. Muchas gracias.

El rostro del padre cobró un poco de vida. No mucha. Román vio fugazmente la sonrisa de Samantha. Aunque no conseguía encontrarle parecido ni con aquel hombre ni con la mujer de pie a su lado, que se retorció las manos mirándole de soslayo.

—¿Quiere beber alguna cosa? —preguntó ella.

—No se moleste por mí.

El hombre pareció acordarse de la botella de cerveza. Pero vio lo poco que quedaba en ella y su amago de abrir la boca no prosperó.

Román emitió un áspero silbido por la ranura de la nariz. Luego dijo:

—¿Sabe usted con quién puede andar su hija?

Mientras hacía la pregunta, se fijó en el chico del sillón. Podía estar atento al concurso de canto como podía estar pensando en cualquier otra cosa.

—Y ¿quién lo sabe? —dijo el padre, agitando la mano—. Samantha tiene un montón de amigos.

—Es una chica muy querida —corroboró la madre—. ¿Está usted seguro de que no se presentó allá? A lo mejor ahorita mismo llegó.

Le sonrió. Al ver que la expresión de él no quería o no podía acompañarla en su optimismo, dejó que la línea de su boca se fuese contrayendo lentamente.

Román los miró a los dos. Miró la estancia, con sus paredes llenas de tacos y alcayatas que no sostenían ningún cuadro. Encima del televisor había, sujeta con chinchetas, una imagen del Valle de Aburrá con el anagrama de una agencia de viajes. Los muebles mostraban arañazos. Sin embargo, no se veía gato alguno.

—¿Algún amigo en particular que pueda saber de ella?

El chico se levantó del sillón.

—Felipe, ¿dónde vas? —dijo la madre.

—A ponerme las zapatillas.

—¿Para qué?

—Me tengo que bajar.

—¿Ahora?

El chico no respondió y la mujer tampoco siguió preguntando.

—No sabemos de sus amigos —dijo a Román—. Pero a lo mejor ya llegó.

Él miraba hacia el pasillo, por donde había desaparecido el hermano pequeño.

—Tiene razón. Será mejor que vaya a comprobarlo. Ha sido un placer conocerles.

—¿Me lo dirá, si sabe de alguna faena? —preguntó el hombre de la mesa, animándose por fin a servirse lo que le quedaba del litro—. Puedo hacer cualquier cosa. Lo que sea.

—No lo dudo.

La mujer no lo dejó ir solo al recibidor.

—No la echarán, ¿verdad?

—No se preocupe. El dueño es amigo mío.

—Si Samantha se queda sin trabajo, señor mío, no sé que vamos a hacer. Su padre hace mucho que busca y no encuentra. Y aquí nadie nos ayuda en nada. Si solo nos ayudasen un poco... Si usted se enterase de algo...

—Se lo diría. Descuide.

Ella lo vio desaparecer escaleras abajo. Se quedó allí un buen rato, escuchando los pasos que se perdían, ahogados por el omnipresente ritmo del reggaeton, hasta que se resignó a cerrar.

Román cruzó la calzada de la estrecha calle y giró en la esquina más cercana. Allí se volvió y asomó la cabeza para vigilar el portal que acababa de dejar. Había poca gente a la vista. Algún coche pasaba de vez en cuando. Un anciano en bermudas y camisa abierta sobre el pecho hundido llevaba de la correa a un pastor alemán. La luz del patio se apagó y se volvió a encender.

No tardó ni diez segundos en ver a aparecer al chico.

Felipe miró a un lado y a otro y se encaminó, balanceando los hombros, hacia donde él estaba. Román se internó en la calle perpendicular. Encontró una entrada de patio lo bastante profunda para ocultarse y aguzó el oído siguiendo el sonido de los pasos que atravesaban la calzada. Al poco lo vio pasar por la acera del otro lado.

Le dio unos veinte metros de ventaja y salió tras él.

Las luces de un bar se proyectaban sobre el árbol y los coches aparcados en la siguiente esquina. Las cuatro mesas de la terraza estaban ocupadas por grupos ruidosos que masticaban bocadillos y vaciaban jarras de cerveza. Román pasó de largo y atravesó el cruce en diagonal, siguiendo a la figura que había torcido por la otra calle.

Felipe no se volvió a mirar a su espalda ni una vez. Avanzó otras dos manzanas, giró a la izquierda y atravesó un solar para salir a una pequeña plazoleta triangular. Entre dos setos raquíuticos, una cancela de hierro daba acceso a un largo pasaje peatonal, hundido bajo las primeras plantas del edificio, con varios portales en su interior.

Román había dejado más distancia entre el chico y él al llegar al solar. Hubo de ralentizar el paso para suavizar el ruido de sus pisadas. Oyó el interfono antes de tener al chico de nuevo a la vista y luego lo vio meter el brazo por entre los barrotes de la cancela para alcanzar los timbres y volver a llamar. Salió del solar. Se alejó por el otro lado del triángulo y en la calleja que lo limitaba se ocultó tras una furgoneta aparcada. No se veía a nadie por allí. El barullo urbano quedaba más apagado.

Oyó un chasquido y luego una voz llena de estática.

—¿Quién es?

La respuesta de Felipe sonó demasiado baja.

—¿Ahora? —se oyó por el altavoz del interfono—. No me toques los huevos. Estoy acabando de cenar.

Más murmullo del chico.



—Que tu hermana ¿qué? ¿Un tío con pintas...? Espera, coño. Espérame ahí mismito que ya bajo.

Román asomó la cabeza. Vio a Felipe como una figura oscura caminar en círculos delante de la cancela, identificable solo por el ala ondulada del gorro de pesca. Al poco se oyó una puerta abrirse y cerrarse y Felipe se detuvo y se agarró con ambas manos a los barrotes mirando hacia el pasillo al otro lado. Otro colombiano, igual de bajo pero mucho más fornido, accionó el abridor eléctrico de la cancela y salió. No dijo nada. Sacudió la cabeza hacia la entrada del solar, que se abría entre los lados cerrados del triángulo como la boca de un embudo. Desaparecieron por allí.

## 6

Román se acercó a la boca del solar. Se apostó tras el único árbol del parterre en el centro de la plazoleta.

Los pasos de los dos chicos se habían apagado pronto. La luz de una farola proyectaba sus dos sombras sobre el flanco, cubierto de espuma de poliuretano anaranjada, de uno de los bloques colindantes. La del chico más corpulento se llevaba los brazos a la cabeza y se daba la vuelta alejándose de la de Felipe para volverse a acercarse de súbito. Discutían acaloradamente pero manteniendo sus voces a un volumen que dejaba las palabras fuera del alcance de Román. Por los movimientos de la sombra, supo que el mayor había sacado algo de su bolsillo. Un móvil. El chaval estuvo un rato esperando respuesta a una llamada. No la hubo. Soltó una serie de insultos y maldiciones y probó a llamar de nuevo. Tuvo el mismo éxito. Tanto su voz apenas contenida como la agitación de sus movimientos proyectados en la pared reflejaban un estado muy alterado. Concluyó diciendo algo en tono de advertencia.

Entonces las sombras se separaron. Felipe marchó por donde había venido y el otro reapareció en la plazoleta. Román se pegó de perfil al tronco del árbol. Usando las puntas de sus pies, se desprendió de sus mocasines de cuero hechos a mano en Italia. Cuando el chico torció en dirección a la cancela y sacó un llavero del bolsillo, Román salió silenciosamente del parterre y llevó sus pies descalzos hasta él. La mano giraba ya la llave en la cerradura.

El colombiano se vio empujado con violencia. Su frente impactó contra los barrotes de hierro y la cancela se retiró dejándole paso. Con una mano, Román lo mantuvo cogido de la nuca, presionados el índice y el pulgar en puntos estratégicos para que no pudiese ni defenderse ni decir nada. El chico emitía quejidos entrecortados. Movía hacia atrás las manos, como si buscara a tientas una pared a su espalda en la que apoyarse.

Román sacó la llave que había quedado abandonada en la cerradura. Cerró la cancela. Guardó el llavero en el bolsillo del chándal del chico mientras lo obligaba a caminar. Recorrieron todo el pasaje sin salida, dejando atrás tres portales de hierro desconchado. Antes de llegar al fondo, Román se agachó para recoger una botella de cerveza vacía del suelo. Al pasar bajo la última lámpara, lanzó el casco hacia arriba. El plafón y la bombilla se rompieron, reduciéndose considerablemente la iluminación al final del pasaje. El chico había dejado de quejarse y solo respiraba con ansiedad.

La pared del fondo olía a meados. Había grandes manchas oscuras en los dos ángulos y en el suelo. Una pintada decía *Panchitos a casa*. Alguien la había tachado para escribir debajo: *Me folio a tu madre, cabrón*.

El chico se vio empotrado contra un rincón.

—Me cago en tu...

Román lo volteó. Le lanzó el puño por debajo de la caja torácica.

—Samantha —dijo.

El chico tenía abdominales fuertes. Aún así, se había quedado sin respiración.

—Háblame de Samantha —la voz de Román apenas sonaba alterada.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Está metida en el negocio?

—¿Qué negocio?

—¿Qué negocio va a ser?

—Malparido, me voy a enterar de quién eres. Cuando coja a esa puta no la voy a soltar hasta que me diga...

La rodilla de Román impactó en su entrepierna. Lo agarró de la nuca otra vez y lo obligó a erguirse.

—¿Es a ti a quien quieren castigar?

—Hermano, no sé de qué mierdas me hablas. Pero te juro que...

—¿Quién está metido en la droga, tú o ella?

El chico abrió mucho los ojos, tratando de escrutar los rasgos que parecían contrahechos a la escasa luz.

—¿De qué hablas? Que yo sepa, esa la droga solo se la esnifa.

—¿Tú?

—Una mierda. ¿Estás loco, cabrón?

—¿Quién está relacionado con las bandas, entonces?

—¿Quién? Yo que sé quién. Un montón de malparidos. ¿De qué coño me vienes a mariquear a mí? Y esa perra, ¿dónde está? ¿Eh? Tú tienes que ser el cabrón que ha ido a hablar con los padres. El del *Gladys*'. Has seguido a Felipe hasta aquí, ¿no? El piojo marica... Cuando lo agarre, le voy a dar más que a su hermana.

—¿Cómo te llamas? —dijo Román.

—Richard.

—¿Qué eres para ella? ¿Un amigo?

—Amigo, sí. Más le vale seguir tratándome de amigo. Como se le haya pasado por la cabeza que puede desaparecer y cobrar esa pensión...

—¿Qué pensión? —En la voz de Román hubo una nota de sorpresa.

El chico le sonrió burlonamente, asomando sus dientes blancos.

—No sabes eso, ¿eh?

—¿Qué pensión?

—La que el gran malparido, el puto José Miguel Tormo, va a pagarle.

Román esperó a que continuase.

—Samantha no está enmierdada con la droga, hermano. No lo necesita. Ahora desde luego que no. Y todo gracias a mí.

—¿Qué pensión? —repitió. Su tono empezaba a ser amenazador.

—Por lo de su novio. ¿No lo sabes?

—No.

—Sergio Llórente. ¿Lo conoces?

Román calló durante unos segundos. Luego dijo:

—¿El que distribuía a los vendedores de los eventos del puerto?

—Ese.

—Lo detuvieron con un kilo en la guantera.

—Hay que ser cretino, ¿eh?

—¿Él era el novio de Samantha?

—Tú no la conoces mucho, ¿no?

Román no respondió.

—Y ¿Tormo va a pagarle por eso?

—¿No sabes cómo van las cosas, o qué? Si a uno que trabaja para él lo encierran, Tormo pasa una pasta a la familia o a la novia hasta que sale de la cárcel. A Samantha no la pueden dejar fuera. Está esperando un crío de ese cabrón.

—¿Sergio...? ¿Era el padre?

—Se supone que el submarino irá mañana a verla para darle la primera mensualidad. Como esa guarra se piense que puede desaparecer y no darme mi parte...

—¿Por qué iba a darte una parte?

—¿Que por qué? Yo soy el que le dijo lo que tenía que hacer. Ella ni se olía que podía sacarle nada a ese hijueputa.

Román se lo quedó mirando. Richard estaba pegado al ángulo de la pared, contra las capas resacas de múltiples meadas, algo encorvado, con una mano en sus doloridos testículos.

—Entonces —dijo Román—, ¿ni ella ni nadie de su círculo tenía nada que ver con ningún asunto de drogas?

Con aire exasperado, Richard dejó que su cabeza se apoyara contra el muro.

—Tío, ¿cuántas veces te lo voy a tener que explicar? Además, ¿quién coño es tan huevón de meterse ahora en esa mierda? Lo único que hacen las bandas es manquear y balearse. Y cada vez por menos plata. La coca ya no sale a cuenta. Ahora que ese hijueputa va a llenar el mercado con lo de los calabreses, ¿qué va a quedar para nosotros? Ni una sola banda va a sacar a su gente de la mierda trayendo coca. Ya no. Por eso se están matando, y más que se van a matar. Alguien tendría que joder ese trato.

—No deberías decir eso —replicó Román—. Si se acaban las pequeñas bandas, no habrá más asesinatos, ni más mulas en cárceles de Sudamérica. Que Tormo domine el mercado es lo mejor que os puede pasar.

Richard soltó una carcajada.

—¿En serio te crees esa mierda? ¿O solo me la intentas vender? Porque si es eso, te equivocas de *panchito*, hermano. Este de aquí no es tan imbécil.

Román se limitó a mirarlo sin expresión.

—Que Tormo se quede con todo el pastel solo va a hacer que nos matemos más. Y lo de las mulas... ¿Es que no se hizo rico él así también, trayendo una de Colombia?

—No —dijo, bajando el tono—. Eso no salió bien.

—¿Estás seguro? Porque no es lo que se dice por ahí.

—¿Qué se dice? —preguntó Román, interesándose a su pesar.

—Pues que empezó a ser el cabrón importante que es hace diez años, cuando hizo volar a su socio desde Colombia con veinte kilos. Las Navidades más blancas, las llamaron.

—¿Por qué Navidades?

—Porque fue en Navidad, coño. ¿No te enteraste? ¿O es que estabas de vacaciones en otra parte?

Román desvió la vista del rostro oscuro del chico y la fijó en la pintada de la pared. *Me folio a tu madre, cabrón.*

Al rato, dijo:

—Si me has mentido en lo de Samantha, volverás a verme.

—¡Vamos, no me jodas! No creo que esa puta esté liada con ninguna banda, pero tampoco la controlo las veinticuatro horas, ¿no? Esa hace y deshace como le parece.

—Entonces, más te vale tener razón.

Se dio media vuelta y echó a andar hacia la entrada del pasaje.

Richard no se movió en seguida. Vio cómo el hombre vestido de negro se alejaba y cómo pasaba bajo la lámpara rota y llegaba a la zona más iluminada. Se relajó un poco al oír el chasquido eléctrico de la cancela y ver que el hombre salía y lo dejaba allí dentro, encerrado en su territorio. Entonces se separó de la pared orinada y fue hacia su portal.

Fuera, Román se dirigió al centro del parterre triangular. Llegó y miró al pie del árbol. Sus zapatos italianos ya no estaban allí.

## 7

**D**espués de desayunar un café solo y dos tostadas con aceite y sal en un bar cercano, Román se acercó al *Gladys*.

El agujero de la persiana metálica había sido ya reparado con masilla de fibra de vidrio y unos albañiles rellenaban con yeso los boquetes de las paredes. Blasco iba de un grupo de trabajadores a otro, supervisando los trabajos. Su presencia evitaba que les diese por perder el tiempo.

—Tendrás tu club otra vez en marcha muy pronto —dijo al verle.

Román bajó los tres escalones que descendían a la sala de baile.

Las repisas de detrás de la barra habían sido desmontadas para poder reparar el muro posterior. Un trabajador acababa de pasar una bayeta húmeda por la zona afectada. Una extensa mancha salmón pálido era lo que había quedado después de que se limpiasen la sangre y los trozos del cerebro de Samantha.

Román miró la mancha sin mostrar reacción alguna.

—Falta que traigan la losa de mármol para el pilar —dijo Blasco—. Está encargada, pero no podrán tenerla hasta mañana. De todas formas, hoy era un poco pronto para abrir, ¿no crees?

—¿Ha venido Tormo?

Blasco frunció un poco el ceño ante la pregunta, lanzada a bocajarro.

—¿Necesitas hablar con él?

—No... —Román dudó—. Puede. Si lo encontraba aquí.

—No creo que venga, mientras nos podamos ocupar de esto tú y yo.

—Claro.

Román se quedó allí como si tuviese algo más que decir.

El obrero recogió la bayeta amarilla y una palangana de encima de la barra y marchó hacia los lavabos. Román se fijo en la bayeta. Tenía manchas rojas.

Blasco no lo perdía de vista.

—He de ver a Tormo después. ¿Hay algo que quieras que le diga?

—¿Qué son las Navidades más blancas? —preguntó.

Blasco no pareció sorprenderse.

—¿Eso tendría que decirme algo?

Román lo escrutó. Sin querer, dejó que su nariz emitiera un sonido chirriante, como el de una vieja puerta que es abierta después de mucho tiempo.

—Así llamaron a las Navidades de hace diez —dijo—. Las más blancas.

—Hace diez años aún no trabajaba para Tormo.

—¿Dónde está Armando?

—¿Armando? Y yo qué sé. En busca y captura.

—Ya. Pero se dice que Tormo lo tiene escondido.

—Eso lo dirá quien lo quiera decir. Yo por mi parte prefiero saber únicamente las cosas que pueda utilizar para hacer mi trabajo. Y prefiero ignorar las cosas que puedan entorpecerlo. Algo que te recomiendo que hagas tú también.

Román se dio cuenta de que Blasco lo estudiaba de arriba abajo con aire reprobador. Se había puesto un traje negro algo más usado que el del día anterior y llevaba el nudo de la corbata aflojado bajo el cuello de la camisa gris perla. Calzaba unas viejas botas de motorista.

—¿Se lo diréis al novio? —preguntó, señalando el redondel salmón pálido que el obrero no había conseguido eliminar de la pared.

—¿A qué novio?

—Sergio Llórente. Ella era su novia, ¿no?

—¿La colombiana? ¿Cómo iba yo a saber de quién era novia?

—¿Se lo diréis?

—No tengo la más remota idea.

—Pero él está en la cárcel y Samantha iba a cobrar una pensión. Al menos, eso contaba ella.

—¿En serio? Oye, hablando de cárcel... —dijo Blasco—. No lo recuerdo bien, ¿qué se supone que hiciste tú cuando te dejaron libre en Medellín? Tardaste un año en venir aquí, ¿verdad?

—Once meses.

—Eso es. Un año. ¿Qué estuviste haciendo?

—Mendigué por las calles y trabajé de peón. ¿Por qué?

—No, por nada. Solo estaba pensando... —Miró hacia el arco de la antesala—. Algo sorprendente, lo que hiciste con esos dos. Sorprendente de veras.

—Tuve suerte de que no me mataran ellos a mí.

—Suerte, ¿eh? Ten cuidado. Algunos dirían que se te da bien. Podrían hasta pensar que tienes un don.

—No tengo ningún don —replicó Román, adoptando una expresión aún más grave de la habitual—. Soy el gerente del *Gladys*'. Eso es lo que se me da bien.

—Bueno. Pues en dos o tres días podrás volver a ocupar tu sitio. Procura no perderte en ese tiempo y estar aquí cuando te toque.

—Lo estaré —dijo.

## 8

**A**l salir del *Gladys'*, Román se metió en su Peugeot y condujo sin un destino concreto. Sus manos se crispaban sobre el volante y se relajaban a intervalos. El tráfico era denso. Se internaba por calles estrechas y salía a las avenidas cada vez que la inercia lo llevaba a cambiar de zona. Se detuvo en todos los *stops* y dejó pasar a tantos viandantes como vio en los pasos de cebra. A veces, los coches detenidos tras él hacían sonar el claxon para que no tardase tanto en reiniciar la marcha.

El día era caluroso.

Llevaba la ventanilla abierta y el sudor se le secaba en el rostro con la corriente de aire. Al entrar en el túnel que pasaba bajo las vías de tren y hacía de bisagra entre las dos avenidas principales, el humo del tubo de escape del autobús que iba delante entró en su coche y le dejó una sensación desagradable en la garganta. Sacó la cabeza y escupió al asfalto.

Ya fuera del túnel, empezó a conducir de manera distinta. Aceleró, superando el límite de velocidad. Cambió de carril varias veces para adelantar a otros vehículos y se saltó un par de semáforos en rojo. Pasó sobre el puente que atravesaba el parque en el antiguo cauce del río y dejó atrás el viejo centro comercial con su explanada llena de carpas de exposición. Al poco, giró a la derecha y se internó en un barrio de edificios anodinos, lleno de pequeños comercios y bares corrientes. Dio unas cuantas vueltas hasta hallar un aparcamiento y luego recorrió tres manzanas a pie hasta una calle de dirección única con naranjos escuálidos en las aceras y balcones voladizos sobresaliendo de las fachadas como sarpullidos. Se detuvo frente a un patio. El portal quedaba sitiado entre los expositores externos de una anticuada zapatería y una tienda de fruta y verdura.

Llamó a un timbre. Dejó pasar medio minuto y volvió a llamar, dejando el pulgar presionado contra el pulsador.

Al fin, una irritada voz de mujer rasgó el altavoz.

—¿Quién es?

—¿Marta?

—¿Quién lo pregunta?

—Soy Román.

—¿Román? ¿El Román que yo conozco?

—Solo serán unos minutos.



Pasó otro rato hasta que se oyó el zumbido eléctrico. Román entró en el patio. La pintura de los buzones estaba descascarillada y el alicatado de la pared agrietado en algunas zonas. El ascensor se ponía en marcha con una evidente falta de voluntad.

Marta no le había dejado abierta la puerta del piso. Esperó sin moverse. En algún rellano más arriba se oían los golpes que una escoba daba en los zócalos al barrer.

La cara que apareció ante él era una versión hinchada, grasosa y abotargada de la que había tenido en la cabeza un momento antes. Marta parecía haberse pasado el cepillo apresuradamente. Un mechón de pelo castaño ondulado le ocultaba el ojo. Llevaba una bata de algodón azul pálido.

—¿Qué te he hecho yo para que vengas a despertarme? ¿Sabes lo que me ha costado dormir a los críos?

—¿Tienes hijos?

La mujer resopló, espantando el mechón de pelo. Trató de enfocarle mejor.

—Joder... Me habían contado lo de tu nariz. Pero es verdad que... ¿Cómo te lo hicieron?

—¿Podemos hablar dentro?

—Tengo una resaca de las peores de mi vida.

Sin embargo, ya lo estaba dejando pasar.

Sobre un sofá cama, en la sala de estar, dormitaban dos niños. Yacían colocados en direcciones opuestas, los pies de uno junto a la cabeza del otro. Bocabajo, vestidos, los zapatos puestos. El que estaba más hacia el borde del sofá tenía la boca aplastada contra el cojín. Su barbilla estaba hundida igual que la su madre, con un gran hoyuelo en el lugar donde habitualmente había hueso. Como si una suerte de voracidad interna se la quisiese tragar.

Marta se dejó caer en uno de los sillones de oreja. Le señaló el otro y después se cruzó de brazos y piernas. Apoyó la cabeza como si fuese a dormir.

—¿No los despertaremos? —preguntó Román.

Pero entonces vio la caja de somníferos encima de la mesa. También vio las dos tazas de desayuno con migas de galleta y gotas de leche alrededor y, muy cerca, la botella de coñac. Volvió a fijarse en la expresión del niño y la interpretó de manera distinta.

En lugar de usar el sillón, apartó una silla de la mesa y se sentó encorvado, las manos entre las rodillas.

—Cuanto tiempo, ¿verdad?

—Para todos, el mismo —dijo la mujer, somnolienta—. Aunque a algunos se les note más.

—Quería preguntarte algo.

—Me lo imaginaba. ¿Qué quieres saber? ¿Cómo está mi prima? ¿Cómo es su nuevo marido? ¿Si tu hijo se te parece?

Lo miró a través de unas pestañas enmarañadas, con una sonrisa indolente en los labios, bastante finos en comparación con lo carnoso del rostro. Pero la desarmó un poco el comprobar que Román no reaccionaba en un sentido u otro.

—No se trata de Susana —dijo él.

—Creía... Me dijo que te fue a ver. Y que te había intentado llamar muchas veces y que tú no querías hablar de ninguna manera.

Román arrastró un pie por el suelo, adelante y atrás.

Marta río por lo bajo.

—Pobrecita. Con lo mal que se ha sentido... Tanto enfadarse y tanto renegar de ti. Y después

de juntarse con el otro... Todo fue machacarse por haberte dejado tirado. Y ahora no puede ni pedirte perdón. Eso tiene que doler. —Su carcajada sonó como un remedo de estornudo—. Mi pobre prima.

—¿Te acuerdas de cuando me fui a Sudamérica?

—Claro que me acuerdo. —El rostro de Marta se tensó de pronto, poniéndose a la defensiva—. No habrás venido a echarme nada en cara.

—¿Te acuerdas cuándo fue? Hace diez años. Diciembre. Casi Navidad.

—Y ¿qué?

—¿Sabes si Tormo había enviado a alguien más? ¿Si trajo algún paquete de droga por las mismas fechas?

Marta arrugó el entrecejo y desvió la mirada hacia el suelo, cerró los ojos y balanceó la cabeza a un lado y a otro.

—No te sabría decir.

—¿Has oído hablar de la Navidad más blanca?

Ella se encogió de hombros.

—Me suena de algo, eso. Pero no sé de qué. ¿Por?

—Se supone que así es como llamaron a esa Navidad, hace diez años. Porque Tormo llenó la ciudad con la cocaína que Armando había traído de Colombia.

—¿Armando?

Román la escrutó en silencio. Tomó aire por la ranura de la nariz, produciendo el chirrido de rigor.

—¿Quién te lo ha contado? —dijo ella, intranquila.

—Eso da igual.

Marta se removió en el sillón. Parecía más despierta ahora. Se masajeó un lado de la frente. Se llevó el pelo hacia atrás con ambas manos y lo sostuvo manteniendo la cabeza apretada contra el respaldo.

—No recuerdo nada así. Habría llamado la atención, desde luego. Pero...

Dejó que su silencio formara una pausa dramática.

—¿Qué?

—Sí que me parece que Tormo empezó a mover más dinero, en aquella época. Cuando tú te fuiste, él no era el tío importante que es ahora. Tenía algo de pasta que invertir y buscaba su oportunidad. Lo habían intentado antes, él y Armando, y los habían cogido como a dos pardillos cuando... —Se interrumpió—. Lo siento.

—¿Qué sientes?

—Nada —dijo ella.

Román advirtió la expresión arrepentida que aparecía en su rostro y automáticamente miró a otra parte.

En la pared había una foto de estudio que Marta se habría hecho tomar al menos veinte años atrás. Aparecía con un vestido negro ceñido, una mano en la cadera, el pelo más largo y voluminoso, el gesto que buscaba sabérselas todas, interesar y despreciar a un tiempo. Román la había olvidado. Y al fijarse en ella, una sensación extraña se instaló en su estómago. Le hizo revivir la incomodidad de visitas obligatorias. Las inesperadas y difíciles circunstancias. Hasta el momento en que Marta le había ofrecido ayuda. El día en que lo había llamado a él para que

acudiese solo, sin Susana. *No digas nada a mi prima*. Había sospechado algo mezquino. Pero nunca aquello.

—Se habían tirado tiempo en la cárcel —siguió Marta—, sobre todo Armando. Necesitaban volver a empezar.

—Eso ya me lo contaste. Hace diez años. ¿Te acuerdas?

—¿Cómo voy a acordarme de lo que te conté o te dejé de contar?

Se miraron. Marta se levantó, apretándose el cinturón de la bata. De la bolsa de aseo que había sobre la mesa, sacó una caja de antiinflamatorios.

—Mierda, no quería hacerlo pero necesito otro. Te juro que no esperaba tener esta resaca. Me estoy haciendo mayor.

Se oyó una especie de traqueteo que hizo que a Román se le crispase el cuello. A uno de los niños le castañeteaban los dientes.

La mujer no le prestó atención. Sacó una pastilla del blíster, se la metió en la boca y se sirvió un poco de coñac en una de las tazas de desayuno de los niños. El rostro se le contrajo al tragar.

—Nunca me las he sabido tomar bien.

Volvió al sillón.

El castañeteo que salía de la boca del niño empezó a remitir.

—¿Es normal que haga eso? —preguntó Román.

Ella pareció percatarse entonces del ruido.

—Tiene gusanos, supongo.

—¿Son de Vicente?

—¿Vicente? ¿Qué...? Ah, no. Joder, ese me duró mucho menos. Vicente.

Durante unos segundos, miró al vacío con una media sonrisa.

—Vicente —repitió.

—¿Marta? —la llamó para hacerla volver.

—Al final, no ha estado tan mal. No ha sido una visita desagradable, quiero decir.

Cruzó las piernas y se arrellanó de costado, apoyando la cabeza con los ojos cerrados como si fuera a dormirse.

—Marta —dijo él, y se inclinó para hablarle más de cerca—. Marta, escucha. ¿Por qué empezó Tormo a mover más dinero? ¿Fue por lo de la Navidad más blanca? ¿Tenían mucha más droga, después de que me detuvieran?

Ella volvió ligeramente el torso hacia él. Entreabrió los ojos, como si la acabase de despertar.

—Yo solo quería ayudaros. Mi prima estaba embarazada, y a ti...

—No te pregunto por eso.

—Y dabais tanta pena... Sobre todo tú. No tanto como ahora pero...

Al niño volvieron a castañetearle los dientes.

—Deberías darle algo.

—¿Eh? Ya se lo he dado. ¿No lo ves? No habría manera de que me dejasen en paz. Infierno de críos. Tendrías que verlos, de normal. Pero yo solo quería ayudar. Armando y Tormo me habían jurado que no podía pasar nada. Y si conocía a alguien que estuviera necesitado...

Román esperó, pero Marta había vuelto a cerrar los ojos. La boca entreabierta en posición asimétrica, una burbuja de saliva se le había formado en el labio inferior y se deslizaba lentamente hacia un lado. Pronto alcanzaría la comisura y se detendría o estallaría. Una de dos.

Román irguió la espalda. Miró la foto de estudio enmarcada en la pared y luego dejó que sus ojos descendieran hasta los dos niños dormidos en el sofá. Se levantó.

Con cuidado de no hacer ruido, volvió a arrimar la silla a la mesa de comedor.

Salió al pasillo y dejó la vivienda.

El golpe de la puerta del piso hizo que Marta se removiese.

Miró a su alrededor con aire confuso. Vio que Román ya no estaba y pesadamente se despegó del respaldo y se puso en pie. Fue hasta el balcón y abrió la puerta corredera. El suelo estaba lleno de colillas y de porquería, así que no llegó a sacar los pies. Se inclinó hasta apoyarse en el borde del parapeto de obra. Vio a Román salir a la acera y en seguida volvió a meter la cabeza. Al hacerlo, descubrió que un viejo en camiseta interior la observaba desde una ventana del edificio de enfrente. Marta le dedicó un gesto lascivo. Cuando el viejo sonrió entusiasmado, ella levantó la mano mostrándole el dedo medio. Se metió en la casa y volvió a cerrar el balcón. Uno de los críos desplazó la pierna, dándole al otro en la cabeza. Hubo un quejido apagado, un chasquido de garganta.

—No, mierda —murmuró ella—. Ahora no. Por Dios te lo pido, ahora no.

Fue al baño a lavarse la cara.

## 9

La calle en la que había dejado el coche tenía un lado de la calzada levantado y cercado por vallas amarillas de seguridad. Junto al foso abierto, descansaba un tubo de alcantarillado nuevo, listo para ser colocado. Dentro, se veía el tubo agrietado por el que las aguas fecales se habían ido filtrando, empapando la tierra bajo el asfalto. Un olor nauseabundo hacía irrespirable el aire calentado por el sol alrededor de la zanja.

Román entró en un pequeño bar restaurante y pidió el menú del día. Se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata. Era pronto y aún no había gente comiendo. Solo unos hombres con monos de trabajo y chalecos fluorescentes se apoyaban en la barra, bebían cerveza y atrapaban aceitunas de un plato pequeño. Había tres ventiladores atornillados a la pared en puestos teóricamente estratégicos. Pero aunque los tres estaban en funcionamiento, Román no notaba el más mínimo soplo de aire. La puerta del local estaba abierta, y ni el constante ronroneo de los tres motores lograba apagar el ruido de la calle ni la corriente producida por las aspas evitaba que entrase el mal olor. Se obligó a comer un plato de arroz al horno y apenas tragó un bocado del filete de ternera con patatas fritas que le sirvieron de segundo. Vacío su tercio de cerveza y pidió otro. Cuando fue a rellenarse el vaso, el cuello de vidrio de la botella se puso a castañetear frenéticamente contra el borde de cristal. Apartó la cerveza de súbito y se observó la mano.

Lo mismo que entonces, diez años atrás.

La atmósfera había sido mucho más tranquila y respirable en *La parada de los elefantes*, el restaurante donde habían concertado la cita con Marta. Se hallaba junto a una gasolinera a treinta kilómetros de la ciudad, sobre la nacional que discurría paralela a la costa en dirección sur atravesando localidades turísticas, viejos almacenes y casas de comida tradicionales. Más tarde se enteraría de que el restaurante había pertenecido a los padres de Tormo, y que este lo había conservado, a pesar de lo poco rentable que resultaba entonces, por motivos nostálgicos.

Habían llegado puntuales y se habían sentado a la mesa cuadrada de madera que ya ocupaban Tormo y Armando, la única que no tenía un mantel de papel encima, junto a una de las ventanas de cuadrados que ofrecían una vista del aparcamiento para camiones, la activa carretera y el llano reseco al otro lado. El mar quedaba cerca, al fondo, oculto por unas colinas bajas y despobladas. Tras hacer las presentaciones, Marta no había sido capaz de cerrar la boca, hablando de lo buena que era la cocina en aquellos sitios y de que los camioneros sí sabían dónde se comía bien.

Román apenas la había escuchado de lo nervioso que estaba. Y tampoco Tormo y Armando le habían prestado mucha atención. Al final, Tormo le había dicho que podía elegir un menú a cuenta de la casa, en alguna de las mesas dispuestas para la comida, mientras ellos se conocían mejor. Mientras descubrían si estaban interesados en la misma clase de cosas.

Así de sencillo. Saber si estaban interesados en la misma clase de cosas.

Con naturalidad, sin ironía.

A él no le habían ofrecido nada de comer hasta terminada la conversación. Tampoco tenía hambre.

Armando no había hablado mucho. Se había limitado a mirar a Román y a volver de tanto en tanto la cabeza hacia la ventana, como si hubiese ido allí exclusivamente por acompañar a su socio. Tormo preguntó a Román acerca de su situación. El embarazo de su esposa, su despido. Román tenía miedo de parecer reservado, de que eso se interpretase como desconfianza. Alargaba sus respuestas haciendo que sonasen forzadas. Soltaba frases de las que se arrepentía al instante. Era un mes de noviembre pero el frío estaba tardando mucho en llegar aquel año. Román lamentó haberse abrigado en exceso. Quiso quitarse el suéter de cuello alto pero no se atrevió a hacerlo. Fue a servirse en un vaso el tercio que había pedido y el cuello de la botella rompió a repicar contra el cristal. Lo dejó estar, habiendo llenado menos de medio vaso. Luego solo pegó algún sorbo, cuando creía que no lo miraban, y únicamente por si les extrañaba el hecho de que no bebiese.

Tormo le estaba asegurando que el peligro era en verdad mínimo. A diario salían decenas de mulas del Aeropuerto Internacional José María Córdoba, y solo cogían a unas pocas. Y las que cogían era porque no tenían ningún cuidado. La mayoría eran colombianos con mal aspecto que ya llevaban escrito en la cara lo que se traían entre manos. A muchos los habían mandado los cárteles, junto a diez o veinte más, a sabiendas de que algunos serían detenidos pero que la mayor parte lograría pasar. Representaban una pérdida asumida. Por eso no se preocupaban en prepararlos bien.

Ellos no serían tan descuidados. Por la sencilla razón de que se lo estarían jugando todo a una sola carta: él.

Román sostuvo la mirada de Tormo poniendo las manos debajo de la mesa. Y cuando Tormo le preguntó, sin que él hubiese siquiera llegado a aceptar nada, si se veía capaz de mantener la calma en el aeropuerto de Medellín, con un cargamento de cocaína encima y los ojos de varios agentes armados puestos sobre él, Román se clavó las uñas de los pulgares en las palmas sudorosas y dijo que sí.

Lo cierto es que Tormo lo había convencido por completo. Ellos iban a hacer todo lo necesario para que saliese bien librado, para que volviese a su hogar convertido en un héroe que había paseado por el infierno y traído consigo la solución a todos los problemas de su familia. Por lo tanto, si algo salía mal, la responsabilidad no era de aquellos que conocían los peligros y los habían minimizado hasta volverlos inocuos. La responsabilidad no podía ser de nadie más que suya. De ningún otro más que de él, quien había asegurado que podría mantener la calma con las manos ocultas hechas un apretado nudo de tensión nerviosa, un grito mal silenciado de histeria desesperada.

Como desesperada había sido entonces su situación. O eso le había parecido, antes de experimentar en sus propias carnes y de reconocer en centenares de rostros el aspecto de la

desesperación pura. Se había casado con Susana cuando llevaba ya varios años trabajando para una empresa de instalaciones eléctricas y disfrutaba de una buena economía. La muerte de su padre por un aneurisma lo obligó a hacerse cargo de una madre prematuramente envejecida y sin recursos. Pero eso tampoco supuso un problema. El problema llegó con la trampa que le tendió la empresa.

Tras una caída en las actividades, se rumoreaba que querían despedir a parte del personal. Román creía estar entre los últimos en quienes pensarían, ya que debido a su antigüedad, los dueños tendrían que pagarle una elevada indemnización en caso de deshacerse de él. Por otro lado, se había sumado a las quejas por el impago de horas extras que otro trabajador había iniciado poco tiempo antes. El compañero en cuestión había terminado cambiando de oficio, pero Román había mantenido el empleo después de que sus jefes decidieran regular los pagos según el convenio. En todo caso, jamás habría imaginado que harían lo que terminaron haciendo.

Se hallaba una mañana junto a tres compañeros trabajando en la instalación del cuadro eléctrico de una nueva nave industrial cuando recibió el aviso de su jefe directo de que se le requería en el almacén para hacer inventario. Aquello le extrañó, pero lo achacó a la arbitrariedad con la que los dueños solían tomar sus decisiones.

Llegó al almacén y lo encontró vacío. Para no estar ocioso, cogió un martillo y se puso a clavetear unos listones de madera con los que pensaban hacer nuevos estantes para organizar el cableado. Al rato, apareció un jefe de cuadrilla. Era el jefe con el que se llevaba peor, ya que había sido acusado por Román de hacer trabajar muchas veces a sus técnicos más tiempo del estipulado sin anotar el resto como extra para no quedar mal ante la dirección. El tipo, sin previo aviso, empezó a chillarle como nunca lo había hecho. Le echaba en cara haber dejado solos a sus compañeros para volver al almacén, con a saber qué excusa, a tocarse los cojones mientras ellos sudaban el jornal. Román explicó que su jefe lo había mandado allí a petición de los directivos y el otro lo acusó de mentir. En cuanto él elevó el tono un ápice, el jefe se dio la vuelta y desapareció sin añadir nada. Román estaba conduciendo de vuelta hacia la nave cuando recibió la llamada de la secretaria del despacho de dirección. Estaba despedido.

Los motivos alegados eran negligencia y conducta agresiva. El jefe que lo había visto en el almacén aseguraba que Román no solo le había empezado a gritar ante su sugerencia de que debiera volver al trabajo, sino que había incluso llegado a amenazarle con un martillo. Su jefe directo negaba rotundamente haberle dicho que se le requiriese en el almacén.

Román se había quedado en la calle sin indemnización. Además, sabía que ninguna otra empresa lo contrataría con un historial como el que le habían creado.

Su madre seguía dependiendo de él y tenía un hijo en camino.

Así que su situación había sido desesperada. Lo bastante como para escuchar la propuesta de Marta, aunque su manera de hacérsela le oliese tan mal. *No le digas nada a mi prima*. Y él no le había dicho nada a Susana. Ni antes ni después de la conversación. Ni antes ni después del encuentro en *La parada de los elefantes*.

Ni antes ni después del viaje a Colombia.

Allí le extrañó que nadie hiciese con él nada de lo que pensaba que le iban a hacer. Las cosas que había leído u oído. No le habían entrenado para ingerir cápsulas, ni hecho tragar granos de uva sin masticar untados en compota infantil ni trozos de zanahoria. Apenas le habían dado indicaciones que seguir en la cola de embarque. Solo «No te acerques a ningún perro» o

«Mantente tranquilo si te hablan los polis». Pero eso lo podría haber dicho cualquiera. Le habían pedido la mochila y se habían metido con ella en una habitación y cuando habían vuelto a salir y se la habían entregado la mochila pesaba un par de kilos más. Le habían dicho que la droga estaba bien camuflada en un doble fondo, que si no llamaba la atención ningún funcionario advertiría nada.

Pero sí lo advirtieron.

Se acercaron a él en el *counter* de abordaje, después de que la mochila hubiese pasado por el detector de metales. Le pidieron que los acompañase a la sala del *body sean*. Usaron el *chuzo* para pinchar el fondo de su mochila y vieron que la punta salía blanca. Le dijeron que iba a ser detenido por la Policía Nacional de Narcóticos y que tenía derecho a permanecer en silencio. Y permaneció en silencio.

Durante diez años.

Aquella había sido su primera y gran inmersión en la laguna de la culpa. No un hundimiento progresivo sino una zambullida súbita, brutal. La concreción de algo que ya se había estado gestando desde el momento en que se reuniera con Tormo y con Armando para que le matizaran las condiciones de su propuesta, sabiendo de antemano que iba a terminar aceptándola, que sus dudas y sus reservas no eran más que los argumentos débiles que se daba a sí mismo para negar su maleabilidad. Nueve años en Bellavista y uno en las comunas habían hecho de aquel encuentro una ensoñación extraída del magma espeso en que se había convertido su otra vida. No una pesadilla sino un presagio. La taquilla en la que le habían vendido el pasaje al tren del terror.

No intentó volver a servirse la cerveza en el vaso. La dejó entera encima de la mesa.

Se marchó del bar cuando los trabajadores de obras públicas se iban a sentar a comer. Recorrió la acera estrechada por las vallas, deteniéndose y apretándose contra la pared de tanto en tanto para dejar paso a otros viandantes. Fue el único que no contuvo la respiración al pasar junto a la zanja.

Llegó a su coche, lo arrancó y salió del barrio.



## 10

**E**l tráfico era más denso ahora. Al llegar al antiguo cauce del río, giró a la izquierda y condujo hasta tomar la avenida que llevaba al puerto. Volvió a girar, atravesó un área de fincas viejas que databan del primer *boom* urbanístico de los años sesenta y salió a otra avenida con una ancha mediana flanqueada de frondosos plátanos. Más adelante, se divisaban unos altos edificios de cristales tintados y vigas de hierro a la vista. Recorrió algunas manzanas buscando aparcamiento y estacionó en batería frente a un supermercado.

A esa hora, no había edificio ni árbol que proyectase sombra alguna bajo la que guarecerse. Atravesó una plaza desierta dominada por una iglesia gris, que más parecía una fábrica escapada de algún polígono de la periferia, y llegó al portal hundido de una de las torres de apartamentos. Dentro se veía la mesa del portero, pero el tipo obviamente ya habría salido a comer.

Román presionó un pulsador del doble panel. En la etiqueta solo aparecía escrito, en caracteres estilizados, *E y S*.

Una voz femenina, rasgada y acariciante, preguntó quién era.

—Soy amigo de Sofía —dijo.

—¿Sofía? Uy, no sé si hay alguna Sofía aquí, ¿eh? —dijo la mujer en tono juguetón—. ¿Has quedado con alguien?

—No. No me importa esperar si está ocupada.

—Pero es que aquí funcionamos con cita. Y si no has quedado con nadie...

—Sofía me conoce del *Gladys*'.

—Uy, el *Gladys*'. ¡Qué sitio! Segurísimo que allí se hacen muchos amigos. Pero es que si no nos ha dejado aviso de que...

—Soy amigo de Tormo.

La puerta se abrió.

El patio tenía la amplitud de un apartamento sin tabiques y la resonancia de una capilla. Las paredes estaban recubiertas de espejos, baldosas imitación mármol y paneles de chapa de madera. Había dos escaleras. Tomó uno de los ascensores de la derecha y pulsó el botón del decimocuarto y último piso. El ascensor subió lenta y silenciosamente. Aprovechó para ponerse la chaqueta, que había llevado colgada del brazo, y ajustarse el nudo de la corbata. Arriba, salió a un rellano tenuemente iluminado por lámparas de cuarzo en el suelo y decorado con láminas de ilustraciones

eróticas del diecinueve. Había oído que las dos viviendas estaban unidas y que por lo tanto ambas puertas daban acceso al mismo lugar. Pero también que una no se usaba casi nunca y que la otra era la que daba al vestíbulo del *Esmeralda y Satén*.

Le recibió una mujer menuda y entrada en carnes, con un moño alto en espiral sobre la cabeza y un lunar falso en la mejilla. Llevaba un vestido gris perla con flecos a diversas alturas y fumaba un cigarro electrónico que cogía como si se tratase de una larga boquilla.

La mujer separó los labios y reprimió una mueca al ver el rostro de Román.

—Los amigos del señor Tormo siempre son bien recibidos. No recuerdo haberle visto antes. ¿Ha venido alguna vez con el señor Blasco y los demás? ¿Cómo se llamaban...?

—Hernán y Paco —dijo Román, respondiendo al tanteo.

—Ah, sí. Unos caballeros muy educados. Y muy divertidos. Si viera lo que nos hemos reído con ellos aquí. Las chicas le contarán.

Habían entrado a un vestíbulo de paredes enmoquetadas, con luces indirectas, estatuas griegas y más ilustraciones eróticas en marcos plateados. Ella se le quedó mirando con una mueca de forzada cordialidad.

—Sofía puede tardar un rato. Está viendo a un amigo.

—Claro.

—A lo mejor le gustaría hacer alguna nueva amistad a usted también. Hay aquí otras chicas súper agradables que estarían encantadas...

—Esperaré a Sofía.

La expresión de la mujer volvió a quedar congelada mientras su cabeza hacía cálculos y trataba de alcanzar una decisión.

—¿Me podría repetir su nombre? Perdóneme, pero soy malísima con los nombres.

—Román.

—Ah, sí. ¿Y dice que conoce a Sofía del *Gladys*?

—Trabajo allí. Soy el gerente.

—¿De verdad? Uy, tiene que ser un trabajo interesantísimo.

Él no se pronunció al respecto.

—Pues sí que debe de tener buen recuerdo de Sofía —dijo la mujer adoptando un aire cómplice—, si tanto quiere verla que ni siquiera le apetece conocer a nadie más. Con la de chicas encantadoras e interesantes que hay hoy aquí...

—Prefiero verla a ella.

—Está bien. Pero le advierto que las otras se van a poner muy tristes. No sabe usted lo sensibles que son.

Román no replicó y el silencio se estiró hasta que la mujer empezó a mostrar signos de incomodidad.

—Bueno, querrá tomar una copa mientras espera.

—Está bien.

—Venga. Tenemos un bar muy agradable. Apreciamos mucho al señor Tormo y nos gusta que sus amigos se sientan bien.

Abrió unas puertas dobles de madera oscura y lo hizo pasar a un salón.

Frente a la entrada, en el rincón de la izquierda, había una barra curva con ruedas. La estancia se alargaba mucho hacia la derecha y en el otro extremo había un sofá de piel color marfil y dos

sillones a juego con una mesa baja de metacrilato en medio. Detrás, un pesado cortinaje rosa palo ocultaba la ventana. El sofá y dos de los sillones estaban ocupados.

—A lo mejor le gustaría hacerme compañía en la barra. Así no me sentiré tan sola —le dijo la mujer—. ¿Qué puedo ofrecerle? ¿Un *gin-tonic*? La gente dice que me salen muy bien. Espérese aquí que en seguida estoy con usted. No se me escape, ¿eh?

Román arrimó un taburete a la pared y se sentó con la espalda apoyada en ella, devolviendo la mirada a las personas que se hallaban al fondo.

En uno de los dos sillones, Julián pegó un trago de su copa de ron con cola y siguió escrutando a Román sin prestar atención a la *madame*, que caminaba hasta él y se inclinaba para susurrarle al oído:

—Dice que es amigo de su padre. Y que es el gerente del *Gladys*'.

El joven asintió con la cabeza.

Desde el sofá, Carla, una mano sosteniendo una copa de martini y la otra apoyada en el muslo de la chica en lencería sentada a su lado, soltó una risita. Dijo:

—Es un pistolero.

Levantó la mano del muslo enfundado en media de seda blanca y estiró el índice hacia el hombre al otro extremo de la estancia. Cerró un ojo, como si apuntase con el otro.

—Pam, pam —volvió a reír.

Julián le clavó una mirada furibunda.

La *madame* volvió a la barra y se puso a preparar la copa.

—¿Es ese el gerente del *Gladys*'? —preguntó el hombre que ocupaba el segundo sillón.

Hablaba con acento centroeuropeo. Era delgado y fibroso, de unos cuarenta años. Llevaba el pelo largo y echado hacia atrás con gomina, algo que acentuaba lo afilado de sus rasgos faciales. Vestía una camisa negra con bordados en hilo de plata. Varias cadenas de oro refulgían en su cuello y en sus muñecas. Su codo se apretaba contra la cadera de otra chica en ropa interior. La chica, sentada en el brazo del sillón, se entretenía mirando fotos de *Instagram* en la pantalla de su móvil.

—De momento —respondió Julián.

—Creía que tu padre te lo había dado ya.

—Prácticamente —dijo el chico.

Carla rio por lo bajo.

Él la fulminó con los ojos, el rostro tenso.

—¿Qué significa prácticamente? —preguntó el hombre con acento extranjero.

—«Prácticamente» significa que aunque una cosa no sea oficial, en la práctica...

—Ya sé el significado de «prácticamente», imbécil. Llevo seis años hablando tu lengua mejor que tú. Lo que quiero decir es: ¿te lo ha dado o no?

A Carla el comentario le pareció divertido. No se reprimió en demostrarlo.

Julián esta vez evitó volverse hacia ella. Pero el hombre del pelo largo y la camisa brillante sí le dedicó una sonrisa de complicidad.

—Por eso no tienes que preocuparte, Boris —aseguró Julián—. El *Gladys*' va a ser mío. Solo que mi padre hace las cosas despacio. No quiere largar en seguida al tío ese —dijo señalando con el pulgar a su espalda— porque le tiene lástima. Pero ya me ha prometido que al final será para mí.

—Sí —dijo Boris—. Al final. Pero el final puede ser en muchos momentos. Puede ser mañana o dentro de una década, ¿no? Y nosotros tenemos un acuerdo en marcha, ¿no?

—Claro que lo tenemos. Y lo vamos a seguir teniendo.

—¿Me lo estás diciendo tú a mí, que lo vamos a seguir teniendo? —Se lo quedó mirando con ojos intensos.

—No voy a romper ningún trato —dijo Julián, removiéndose en el sillón, donde de repente parecía empezar a hundirse—, eso está claro.

—¿Tú crees que tienes opción?

—¿Qué?

—Las chicas llegan dentro de tres semanas. Tú me dices a mí que el *Gladys*’ es tuyo y que todo está listo para tres semanas. Y ¿tú crees ahora que tienes la opción?

—No va a haber ningún problema, Boris. Te lo aseguro. Lo único es que a lo mejor...

—A lo mejor, ¿qué?

Boris desvió un momento la mirada hacia Carla, a la que parecía considerar como un barómetro de la situación. La chica miraba expectante a su novio.

—No es que haya nada preocupante —dijo Julián—. Pero a lo mejor las chicas tienen que esperar unos días, antes de meterse a trabajar. Solo sería...

—¿Esperar unos días? —Boris despegó el cuerpo del respaldo para inclinarse hacia él—. ¿Tú crees que es una opción?

Julián se hundió más en el sillón.

—¿Por qué no? Tampoco pasaría nada por...

—Oye, tú no te enteras, ¿no? ¿Qué hago yo con las chicas cuando vengan, si no es meterlas en el *Gladys*’? Si no es el *Gladys*’ ¿dónde van? ¿Eh? ¿Las meto en mi casa? ¿Estás diciendo que las meta en mi casa?

—No, Boris. No estoy diciendo que las metas en tu casa.

—Tú me dices a mí que tienes un club y me dices hacer trato para traer chicas a tu club. Y ahora no sabes si tienes club.

—Claro que tengo el club. Te lo estoy diciendo. Lo único que podría pasar...

—Lo único que podría pasar es nada. Si no hay sitio para las chicas y no hacen dinero en seguida, eso va a ser muy caro, ¿entiendes? ¿Lo vas a pagar tú?

—Ganaremos dinero en seguida —aseguró Julián, tratando de poner una seguridad en su voz que estaba muy lejos de sentir.

—¿Sí? ¿Cómo? ¿Tienes *Gladys*’ o no tienes *Gladys*’?

—Lo tengo.

—¿Va a estar listo para chicas cuando lleguen? ¿Van a tener sus habitaciones para vivir y trabajar bien?

—Sí. —Acompañó su afirmación con la cabeza, sin mirar al otro.

—Más vale. Porque tú viniste a mí para hacer trato y yo hice trato. Pero si ahora tú fallas, tú pagas, ¿entiendes? Y a mí no me importa que seas hijo de nadie ni me importan los calabreses ni los amigos de nadie, ¿entiendes? A mí me sudan los calabreses. Yo tengo amigos que nunca serán los tuyos. Amigos que no quieres conocer, ¿entiendes?

—No vamos a tener ningún problema.

—Bien —Boris se volvió a acomodar en el sillón y pasó un brazo alrededor de la chica a su

lado, oprimiendo la palma y los cinco dedos de la mano en su cadera semidesnuda—. Entonces, explícame otra vez qué cosas vas a poner en las habitaciones del *Gladys*’.

Cuando Julián empezó a hablar, Carla perdió el interés en la conversación y se volvió hacia la chica cuyo muslo había estado manoseando. Le acercó la boca a la oreja y asomando apenas la punta de la lengua entre los dientes le humedeció el lóbulo. La chica contuvo la respiración.

—¿Ya te han contado las otras?

—¿Que si me han contado?

—Las cosas que hacemos. ¿Te gusta? —Señaló con la cabeza a Julián, que se explayaba hablándole a Boris de las reformas que pensaba realizar.

—Sí —dijo la chica en tono neutro—. Es muy guapo.

—No es nada comparado conmigo —aseguró Carla—. Créeme. Cuando estemos juntos, tú ocúpate de él que yo me ocuparé de ti.

—¿Tú miras mientras él folla?

—¿Mirar? —Carla ahogó una risilla, apretando suavemente los labios contra la melena castaña lisa de la chica—. A él seguro que no, cariño. Ya lo tengo más que visto.

—Es muy guapo.

—Tú y yo somos más guapas. ¿A que sí?

La chica no contestó. Se sentaba muy recta y sus hombros parecían encogidos con una cierta rigidez.

Carla se dio cuenta. Un lado de su boca se torció. Metió la mano por la cara interna del muslo de la chica y la agarró con más fuerza.

—Esto es lo que vamos a hacer —explicó en voz baja para que nadie más lo oyera—. Ya verás como te gusta. Nos vamos a entonar bien. A Julián le han pasado una coca maravillosa y no le voy a dejar que sea tacaño. Primero vamos a jugar tú y yo y vamos a dejar que se crea que estamos haciendo espectáculo para él. Luego, cuando esté que ya no aguante más y casi se vaya a correr encima, solo entonces, lo cogemos. Y jugamos un poco, no mucho. Lo justo para que se flipe de vernos ahí, a dos tías buenas matándose por su rabo, ¿entiendes? No estaremos mucho con eso, porque en pocos segundos verá que no aguanta. Entonces te la querrá meter a ti, porque eres la novedad. Tú dejas que se crea lo bueno que es y lo bien que te hace gozar y lo haces llegar en seguida. Sabes cómo se hace, ¿no? Aunque no sepas, da lo mismo, porque va a llegar igual antes de que te dé tiempo a sentir cosquillas. No necesito contarte nada. Se quedará jodido por haber aguantado tan poco pero nos dejará en paz. Y entonces yo te daré lo que de verdad merece la pena. A él ni siquiera le gusta lo que tú y yo nos vamos a hacer. Le da asco, ¿te lo puedes creer? ¿Cómo puede alguien decir que le gustan las tías y luego venirse con que le da asco? ¿Tú lo entiendes? Yo, no.

Carla vació su martini y dejó la copa sobre la mesa de metacrilato. Sacó la mano derecha de entre los muslos de la prostituta y le pasó el brazo por detrás de los hombros. Desplazó la punta del pulgar suavemente por el cuello rígido, arriba y abajo. Con la otra mano le tocó un pecho, se lo acarició por encima del sujetador blanco semitransparente.

—A ti tampoco te dará asco, ¿no?

—A mí no me da asco nada —replicó la chica de modo automático.

—Así me gusta. Y si por algún casual...

Se interrumpió para mirar hacia la doble puerta de madera oscura. Una pareja acababa de

entrar.

—Mira quién ha vuelto de pasar un buen rato.

El chico era alto y atlético. Moreno y de pelo ondulado. El traje que se acababa de volver a poner era de buena calidad, parecido al de Julián pero más claro y ajustado de hombros. La chica era una joven de rostro atractivo y triangular. Cuerpo estilizado. Llevaba la melena teñida de negro, con flequillo y cortada recta sobre los hombros al estilo Cleopatra.

En cuanto vio quién estaba sentado junto a la barra, corrió hacia él.

—¿Román? ¿Qué haces tú aquí?

Carla se fijó en el entusiasmo de la recién llegada y sus ojos se entrecerraron.

El chico se dirigió a los sillones.

—Roque, Roque, Roque... —saludó Carla.

Roque rodeó al grupo, pasando por detrás de Julián y de Boris, y se sentó en el extremo del sofá, al lado de Carla. Se recostó con las piernas muy abiertas y los antebrazos displicentemente caídos sobre los muslos.

—¿Cómo ha ido? —preguntó ella.

El chico frunció los labios. Levantó una mano con la palma estirada en posición horizontal y la giró a un lado y a otro.

A Carla le hizo gracia. Apoyó la cabeza sobre el hombro de la prostituta y estiró la pierna izquierda hacia el lado para acariciar la pantorrilla de Roque con el empeine del pie.

Julián vio ese gesto, en el momento en que Boris dejaba de escucharle para ponerse a jugar con el ligero de la chica en el brazo del sillón. Quiso beber de su copa para disimular lo irritado que estaba. Pero se dio cuenta de que la había vaciado hacía rato.

En la barra, sin embargo, los cubos de hielo se deshacían aguando lentamente el *gin-tonic* que la *madame* había preparado para Román.

—¿Has venido a verme a mí? —preguntaba la joven.

—¿Podemos ir a una habitación?

La expresión de Sofia era más de extrañeza que de sorpresa. Consciente de que la *madame* estaba cerca, se forzó a entrar en el rol de la coqueta disponible. Movi6 su camis6n semitransparente sobre la combinaci6n violeta.

—Podemos ir donde t6 quieras, cielo.

Román la sigui6.

Desde el sof6, Carla volvi6 a dispararle con el dedo. Esta vez por la espalda.

—Es un pistolero —dijo a la prostituta, cuya rigidez bajo sus caricias empezaba a convertirse en crispaci6n.

# 11

Sofía lo guio a través del recibidor y luego por un largo pasillo hasta un dormitorio con baño privado.

—Se supone que estamos en la habitación árabe. Román puso gesto de no entender. Solo entonces se fijó en la tela de la pared, con una imagen del Taj Mahal, y en la cachimba sobre una pequeña repisa.

Se quedó de pie.

—Bueno —dijo ella, sentándose al borde de la cama—. Eres de los últimos que me esperaba ver por aquí. No sé por qué. Han pasado ya varios del *Gladys*'. Creía que tardaría más en correrse la voz, pero qué va... Y desde luego no se lo han pensado dos veces. Hasta el jefe de los seguratas, ha venido.

—¿José María?

—Ese. Y siempre iba vacilando de lo buena que estaba su mujer, ¿te acuerdas? Una del este, que había conocido por Internet.

—Ya.

Sofía lo miró con curiosidad desde su posición más baja. Se echó hacia atrás y apoyó los codos en el colchón, cubierto por una única sábana roja. El camión abierto, su combinación violeta brillaba bajo la lámpara de diseño geométrico.

—Y al final... —empezó a decir, abriendo y cerrando las piernas, frotando suavemente un muslo contra el otro—, va a resultar que tú también querías esto.

Román se apartó más de ella, apoyó la espalda en la tela estampada de la pared.

—¿Podemos hablar?

Sofía se incorporó. Subió los pies a la cama y se sentó en la posición del loto.

—Me lo tendría que haber imaginado. Pero ¿de qué quieres hablar? ¿Ha pasado algo en el *Gladys*'? Si falta pasta de la caja y alguna de las otras...

—No es nada de eso —la cortó él.

—Ah.

Hubo unos segundos de silencio.

—Samantha no vino ayer a trabajar.

—¿No había avisado?

—No.

—Es raro —dijo ella—. Samantha precisamente necesita el trabajo. No le gusta mucho el *Gladys* pero...

—¿No le gusta? —Román sonó sorprendido.

—No es su tipo de local. Tanto viejo baboso... Ella prefiere las discotecas en las que ha trabajado antes. O las de los latinos, donde van sus amigos.

—¿Tiene muchos amigos colombianos?

—Yo qué sé —Sofía se descubrió un hombro y se llevó la mano detrás para rascarse a la altura del omóplato—. Supongo.

—¿Alguno metido en la venta de drogas?

—Podría ser. Muchos lo están, ¿no? Pero ella nunca me ha contado nada de eso. Que yo sepa, la droga solo le interesa para metérsela por la nariz.

—¿Te contó algo de una pensión?

—¿La que se supone que Tormo le va a pagar?

—Sí.

—Claro. A mí y a todo cristo. Está orgullosísima. Ahora que lo pienso, igual es por eso que no ha aparecido por el *Gladys*'. Aunque yo nunca me he creído del todo que le vayan a dar esa pasta.

—¿Por qué no?

—Hombre, porque la cosa ya se las trae. Vamos, si yo soy la novia de verdad, voy a Samantha y le arranco hasta el último pelo, te lo digo.

—¿Hay otra?

—Pues claro. Eso es lo que más gracia le hace. Ella pidió la pensión cuando ya la había empezado a cobrar la otra, que es la auténtica novia de Sergio. Si quieres que te diga la verdad, yo creo que ese a Samantha solo se la habrá follado un par de veces.

—Pero la ha dejado embarazada.

—Está embarazada, sí. Y por eso se supone que tiene más derecho que la otra a cobrar. Así es como van las cosas, ¿no? ¿Cuántas veces aparecen dos novias o más, cuando meten a uno de esos en la cárcel? Normalmente, el capullo en cuestión es el que decide a cuál se le da la paga. Pero si una está embarazada... Eso lo aclara todo.

—Entonces, ¿por qué no crees que se la vayan a dar?

Sofía inclinó la cabeza a un lado. El borde de su melena, curvado hacia dentro, chocaba con el hombro, haciendo que se le abombase el cabello. El flequillo casi le rozaba las cejas finas y bien delineadas.

—Bueno... ¿Quién dice que el hijo sea de Sergio?

—¿No lo es?

—No le han hecho ninguna prueba, que yo sepa. ¿Qué quieres que te diga? A Samantha le gusta pasarlo bien. Y es más generosa que otras con lo que tiene. No le interesa rentabilizarlo, como a mí. Al menos, no le interesaba hasta ahora.

—Si el hijo no fuese de Sergio y ella lo supiera... —Román se interrumpió. Le costaba formular la pregunta.

—¿Qué?

—¿No lo diría?

Sofía le puso una sonrisa tierna. La sonrisa que se le pone a un niño que pregunta si la sangre



que sale en las películas es de verdad.

—Tú no la tienes muy calada, ¿eh?

—¿Por qué?

—Román, Román... Eres un encanto.

—¿Por qué? —repitió él, con más firmeza.

—Samantha miente más que habla.

—Ah. —Reprimió el impulso de moverse. Su espalda se apretó rígida contra la cúpula del Taj Mahal.

—Mira, si te lo cuento es porque eres tú. Pero podrías hablar con ella.

—¿De qué?

Sofía bajó la cabeza, mordiéndose el labio. Los flancos de la melena le colgaron como cortinajes de terciopelo negro. Se masajeó un pie, cogiéndolo con las dos manos y haciéndolo rotar desde el tobillo.

—¿No le dirás que me he ido de la boca?

—No le diré nada.

—Sé que tú no la vas a despedir.

—No la voy a despedir —dijo Román, que comenzaba a impacientarse.

—Bueno, pues para que veas cómo es. ¿Por qué te crees que faltan botellas en el *Gladys* últimamente?

—¿Qué?

—Y siempre de las caras, además. ¿O no?

—Pero Samantha no...

—¿En serio? —Sofía volvió a mirarlo con divertida ternura.

—No —dijo Román, apoyando la negación con la cabeza—. No me lo creo.

—No, claro. ¿Cómo puede ser? La dulce Samantha.

—Faltaban botellas porque los del reparto no estaban cumpliendo. Ella misma revisaba muchas veces los albaranes y si veía... —se interrumpió.

—Mira, no pienses mal de mí. Trabajando allí no iba a decirte nada, está claro. Una compañera es una compañera. Pero Samantha no se corta un pelo, y ni a mí ni a las otras nos hacía ninguna gracia. Selena hasta tuvo una bronca con ella. Casi llegan a las manos. A fin de cuentas, podrías haber sospechado de cualquiera de nosotras y habernos puesto en un apuro. Y todo por Samantha.

—Yo no sospeché de ninguna.

—No, claro. Eres demasiado inocente.

—Pero la misma Samantha me lo decía, cuando los albaranes no...

—Anda que no es lista, la tía. Y no me dirás que no te hace la rosca. ¿Por qué te crees que se pone tan tonta contigo? ¿Eh? ¿Por tu cara bonita?

Sofía enmudeció de repente. Lo miró con los ojos llenos de arrepentimiento.

—Lo siento —dijo.

—No pasa nada.

—También te tiene cariño, a su manera. Te llama «el hombre que no ríe». Dice que le da pena verte siempre tan serio.

—Ya.

—Bueno, ahora ya sabes porque digo que Samantha miente más que habla. Tampoco se puede quejar del sueldo del *Gladys*, ¿no? Y lo bien que te portabas con nosotras... Como para luego tratarte así. Vale que tú no pagas las bebidas, pero...

—Y ¿qué hace con las botellas?

—Venderlas, ¿qué va a hacer? Creo que un amigo se las coloca. Luego se repartirán la pasta, imagino. Seguro que Samantha ni siquiera saca tanto. Es una lista de cuidado, pero todas esas listas tienen al final alguno que se aprovecha de ellas.

El silencio pareció adueñarse del dormitorio. Sofía seguía haciendo girar el pie, con el tobillo apoyado en el muslo contrario. Román se quedó mirando la lámpara de estilo marroquí. Al rato, cayó en algo y dijo:

—La otra novia de Sergio...

—¿Sí?

—¿Quién es?

Sofía detuvo los círculos que su pie dibujaba en el aire.

—No tengo ni idea. Ahora que lo pienso, sé que hay otra novia porque me lo dijo Samantha. Vete tú a saber si no era mentira.

—Ya.

Contempló los pliegues y ondulaciones que se habían formado en la sábana roja alrededor de Sofía. Despegó la espalda del Taj Mahal.

—Supongo que ya está.

—Igual aparece hoy por el *Gladys*'.

—Sí. Igual.

Iba hacia la puerta, pero se volvió.

—¿Te pago a ti?

—No. A Marián.

—¿Debería quedarme más tiempo? Para que crean...

Sofía se encogió de hombros.

—Los hay que aguantan menos.

—Gracias.

—Gracias a ti. Me he alegrado de verte. Aunque haya sido para hablar de Samantha.

—Ya.

—No le dirás que he sido yo la chivata, ¿verdad?

—No te preocupes. ¿Te va bien en este sitio?

—No me quejo. Al menos, aquí me compensa aguantar a los pesados.

—Claro. Ya nos veremos.

Salió.

A la entrada del pasillo, dándole la espalda, había una chica desnuda. Estaba agazapada contra la pared, acechando el vestíbulo, de donde llegaba un fuerte barullo.

—... de pacotilla. ¡¿Qué puta, ni qué ostias?! ¡Así también soy puta yo, no te jode!

—¿Vas a dejar de montar el pollo? Nos estás poniendo en evidencia.

—Pero jóvenes, por favor. ¿Por qué no nos calmamos todos y...?

—¡¿En evidencia?! ¡En evidencia te pones tú solo! ¡No me necesitas para eso!

Se oyó un golpe.

Román llegó junto a la chica y se detuvo a ver lo ella veía. En el vestíbulo, Carla se pasaba la mano por la mejilla enrojecida. Su minifalda estaba mal puesta y llevaba en la mano sus sandalias de cuero con adornos de diamantes falsos. Miraba con ojos llenos de rabia a Julián, que estaba en calzoncillos, calcetines y camiseta interior.

—¡Cabrón!

—Vuelve a gritar —la retó él—. Te parto la cara todas las veces que quieras.

—Te gusta, ¿eh? Sabes que por lo menos eso no se te da tan mal.

—Jóvenes, jóvenes... —La *madame* revoloteaba alrededor, retorciéndose las manos con expresión apurada—. Calmémonos, por favor. No hay ningún motivo para que no se relajen y disfruten. Si... Si puedo sugerirles a otra de nuestras amigas...

—¡Yo no quiero a ninguna otra puta! —gritó Carla, ofendida—. Si hemos elegido a esa, será que queremos a esa.

Román volvió el rostro hacia la chica encogida a su lado. Era la prostituta de pelo castaño que antes había visto en el sofá con la novia de Julián. La chica se mordía un nudillo y contemplaba la escena con una angustia rígida, como si su suerte dependiera de lo que allí pasase.

—Pero es que Lisa es muy nueva todavía —decía la *madame*—. Le faltan cosas por aprender y...

—¡Pues que se deje de gilipolleces y que las aprenda! ¡Ya se las enseño yo!

—Eres un puto coñazo —dijo Julián.

—Claro. ¡¿Tú para qué te vas a quejar, picha floja?!

Julián la abofeteó con fuerza. Carla trastabilló, recuperó el equilibrio y le lanzó las sandalias que llevaba en la mano. Él se protegió con el antebrazo. Ella se le abalanzó entonces, pero Julián se apartó y le dio un empujón en el hombro. Carla voló hasta el rincón, chocó contra la estatua de afrodita, volcándola. Con el impacto, la diosa perdió la cabeza, que rodó unos metros por el suelo. La *madame* la pateó sin querer al correr hacia Carla.

—¿Te has hecho daño?

Ella la ignoró.

—¡Hijo de puta! —aulló, los ojos inundados en lágrimas de rabia.

—Eso te enseñará a no tocarme los huevos. Si tanto te jode que no te coman el coño, cómprate un caniche y ponte mermelada. Así por lo menos olerá bien.

—¡Eres un maricón! ¡Eres peor que un maricón!

—Mira quién fue a hablar.

—Te haces al machito ahora porque antes te has tenido que achantar delante de ese moldavo de mierda. Asqueroso lameculos...

—Sigue hablando de eso —dijo Julián, bajando su voz a un susurro bronco— y mañana no te reconocerás cuando te mires al espejo. Te lo juro por mis muertos.

Carla respiraba agitadamente, los labios retorcidos en una mueca que dejaba ver un brillo en la apretada hilera de pequeños dientes.

—Chicos, sois demasiado impetuosos —dijo la *madame*, cada vez menos segura de cómo intervenir—. Si me dejarais recomendaros...

—¿Te vas a dejar de gilipolleces —dijo Julián a su novia— y vamos a escoger a otra que se sepa aguantar las arcadas delante de tu conejo? ¿O qué?

Carla bufó un par de veces, como un buey al que unos niños estuvieran azuzando para atacar.

—Tus putas ganas, cabrón.

—Tú misma. Lo que es yo, si me dejas tirado, pienso volver con la de antes y pillarme otra.

—No te atreverás.

—¿Que no? ¿Quieres quedarte a mirar?

—¡Iaaaaahhhhh!

Esta vez no le dejó reaccionar. Le agarró la cara y le clavó las uñas mientras una de sus rodillas buscaba sus genitales. Cayeron y rodaron sobre la moqueta *beige*, tirándose de la ropa, dándose manotazos y buscando torpemente miembros a los que agarrarse. La *madame* se acercó a ellos, se apartó, se volvió a acercarse. Parecía estar persiguiendo a una cucaracha y no decidirse del todo a pisotearla.

Román seguía en la entrada del pasillo. Percibió que algo se movía a su lado y miró y vio cómo la chica desnuda del cabello castaño retrocedía despacio. Ella se lo quedó observando a su vez. Ninguno dijo nada ni varió su expresión. La chica se apartó de la boca la mano que había estado mordisqueando y se agarró el cuello. Llegó a la primera puerta y giró el pomo y la abrió. No dejó de contemplar a Román hasta haber desaparecido en el interior de la habitación.

Él se volvió de nuevo hacia el vestíbulo.

Los dos contendientes se habían librado el uno de los agarres del otro y se estaban levantando sin perderse de vista un solo instante. Las dobles puertas del salón se abrieron de par en par. Roque y dos chicas en lencería se asomaron a ver de qué iba aquello. A Roque pareció divertirse. La *madame*, muy sofocada, se palpaba el peinado cónico para comprobar su estado. Román fue hacia ella.

Sacó su billetera del bolsillo interior de la chaqueta, extrajo tres billetes de cien y los balanceó delante del rostro de la mujer. Ella los miró con la boca abierta, sin tener muy claro el significado de dicha irrupción en los acontecimientos.

—Lo que sobre es para que se lo dé a Sofía —dijo él—. Si no lo hace, lo sabré. Y Tormo lo sabrá. Y Tormo querrá que se lo hubiese dado. ¿Me comprende?

Ella no contestó. Pero su mano atrapó los billetes con cierta rapacidad y su gruesa cabeza dio una breve sacudida de asentimiento. Román siguió su camino hacia la puerta forrada de papel acanalado. No dirigió sus ojos hacia ningún otro de los presentes. Abrió y salió del piso.

Aún no había subido el ascensor hasta el rellano cuando la puerta del *Esmeralda y Satén* se volvió a abrir. Carla cerró dando un portazo. Se dejó caer contra la pared, al lado de los pulsadores, casi cara a cara con él. Había tenido tiempo de calzarse una sandalia, antes de salir. La otra le colgaba de un dedo. Alzó la rodilla para ponérsela y al hacerlo se le levantó la minifalda, dando a Román una vista completa. Mientras se ajustaba la hebilla, ella levantó los ojos hacia él. Se mostró satisfecha al comprobar que miraba exactamente hacia donde ella pensaba que miraría.

—Me he vuelto a dejar las bragas ahí dentro, ¿verdad? —dijo al bajar la pierna—. Ya notaba yo algo raro.

Las puertas del ascensor se separaron con suavidad.

Ninguno de los dos se movió. Al fin, Román adelantó la mano para cederle el paso, lo que pareció llenar a Carla de placer.

Conforme descendían, ella pegó los hombros contra el rincón, arqueando el cuerpo hacia delante, moviéndolo ahora a un lado, ahora al otro. Lo observaba como si algo en él la divirtiese

mucho y estuviese bromeando consigo misma al respecto.

—Se cree que me ha dejado jodida —dijo.

Román la miró sin expresión.

—Se cree que me faltan cojones para devolvérsela —siguió diciendo ella—. Pero se la voy a devolver.

—Estoy seguro —replicó él.

Carla detuvo el movimiento de sus caderas. Su boca se ensanchó con la sorpresa, como si hubiese visto recobrar la conciencia a un enfermo en coma.

—Claaaaaaaro. Y ¿qué vas a hacer tú?

—¿Yo? ¿Qué voy a hacer?

—Cuándo el imbécil tenga su puticlub. Porque el papá se lo dará. Eso está tan claro como la ginebra.

—El chico que ha salido de estar con Sofía... —empezó a decir él.

—¿Quién es Sofía?

—El moreno de pelo rizado que se ha sentado contigo...

—Es mono, ¿verdad?

—¿No es el sobrino de Armando Alarcón?

—Ajá.

—¿Cómo se llama?

—Roque. Se llama Roque.

—Roque.

—¿Te interesa?

—Él y Julián son amigos, ¿no?

A Carla se le borró un poco la sonrisa. La punta de su lengua asomó por un extremo de la boca.

—Muy amigos. Pero Julián no conoce su ático en la finca metálica. Y yo, sí.

—¿De verás?

Ella asintió exageradamente, tocándose el pecho con la barbilla.

Román echó un vistazo al marcador digital. Ya iban por el primer piso.

—Yo conocía al tío de Roque. Armando —dijo.

—Y yooooo —susurró ella, dejando que la vocal se convirtiese en un ronroneo suave.

—Pero ahora nadie sabe dónde está.

—Casi nadie —le corrigió, dando a sus palabras un aire de secretismo.

La cabina se detuvo. Las puertas se hicieron a los lados.

Carla no le esperó. Sin despedirse, salió apresuradamente.

Cuando Román alcanzó la entrada y salió al portal hundido en el que aún quedaba algo de sombra, Carla ya casi había recorrido todo lo largo de la plaza y llegaba a la altura del austero edificio gris. Sus menudas y redondas caderas se balanceaban con una flexible inquietud. El sol refulgía a intervalos en los falsos brillantes de sus sandalias dando a su andar un centelleo burbujeante.

Dobló al pasar la iglesia y Román la perdió de vista.

## 12

La losa de mármol para el pilar todavía no había llegado. Los obreros habían masillado la pared de detrás de la barra y se disponían a pintarla. Román atravesó la pista del *Gladys'* en el momento en que extendían un plástico para proteger el suelo de posibles manchas. Le vino a la cabeza la imagen de Samantha, siendo depositada en un plástico similar.

Preguntó por Blasco. El que parecía ser el capataz dijo que había salido.

—¿No hay nadie ocupándose de las reparaciones?

—¿Qué quiere decir? Estamos nosotros.

Román se volvió sin añadir nada.

El obrero, murmurando al que estaba con él, pronunció la palabra «capullo». Esta llegó a oídos de Román, que no mostró signos de darle importancia.

Subió a la planta superior y entró en su oficina.

Se dejó caer en la butaca reclinable y descansó los codos en los brazos tapizados de cuero pulido, las manos a la altura del pecho, las puntas de sus dedos dándose golpecitos unas a otras. El único elemento decorativo en las cuatro paredes era una foto en blanco y negro de la fachada del *Gladys'*. En la imagen, un grupo de gente esperaba para entrar. Las vestimentas de los hombres y mujeres, y la ausencia de coches u otros elementos de inequívoca modernidad, le daban un aire anacrónico.

Hacía calor en el cuarto. Román cogió el mando sobre el escritorio de caoba y lo apuntó hacia el aparato atornillado a la pared. Se quedó observando cómo la aleta direccionadora se abría, escuchando cómo la corriente de aire fresco salía despedida. Pasaron unos minutos.

Después, abrió el cajón superior del escritorio. Sacó una cajita de cartón llena de tarjetas de visita. Las pasó una a una con la yema del índice hasta dar con la de un cerrajero de urgencias. Detrás de la tarjeta del cerrajero había un número telefónico escrito a mano bajo el nombre de «Susana».

Descolgó el teléfono del escritorio.

Marcó el número que había escrito en la tarjeta y esperó. Su respiración se fue haciendo más perceptible. Con la mano izquierda, empezó a rascar la costura de la parte inferior del brazo de la butaca.

Una voz se dejó oír al otro lado de la línea.

Román colgó. Se llevó el puño a la boca.

El teléfono sonó. Al rato dejó de sonar.

Román miró hacia el invisible aire frío que salía del aparato en la pared.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo interior de la chaqueta y buscó en el listado de contactos.

Llegó al nombre de Paco y pulsó encima. A los pocos segundos hablaba con él.

—Me gustaría contactar con la mujer de aquel camionero, el que cogieron bajando de La Coruña.

—Sebas, se llamaba.

—¿Y ella?

—Ella... Amelia, creo. Sí, Amelia.

—Cobra una pensión de Tormo, ¿verdad?

—Cobraba —dijo Paco.

—¿Ya no?

—Era una pesada de cojones. Siempre quejándose de que no le llegaba para sus gastos. Al final, Tormo la metió a currar. Le dijo que si necesitaba más pasta, lo único que podía...

,—¿Qué es lo que hace?

—Lleva el meadero de tíos de la estación de autobuses. Un asco. Pero ella se lo buscó. Si se hubiera callado la boca, no se pasaría el día apestando a meado y aguantando a viejos bujarras.

—Bien. Eso era todo.

—¿Por qué te interesa esa tía?

—Querría saber cómo está su marido. A veces, venía por aquí.

—¿Por el *Gladys*? Pues menuda clientela de mierda os gastáis.

Román dejó de oír la risa de Paco al cortar la llamada.

Salió del despacho y bajó las escaleras. Se asomó a la pista de baile y vio que el capataz se acababa de servir una jarra del grifo de cerveza. Apenas habían comenzado a pintar la pared.

Fue hasta ellos. Lo recibieron con miradas incómodas pero retadoras.

—Nos hemos tomado un pequeño descanso —explicó el capataz. Robusto, de unos cincuenta años, con barba de pocos días—. Llevamos sin parar todo el día y nos ha parecido que...

—Mañana el *Gladys* tendría que reabrir —fue lo único que dijo.

No le replicaron. Les volvió la espalda y se marchó.

## 13

**C**ondujo por la avenida del *Gladys'* hasta la rotonda donde una alta fuente de hierro vertía su chorro en un estanque poco profundo. Unos agentes trataban de hacer salir a los niños gitanos que se bañaban en el agua sucia.

Dio tres cuartos de la rotonda para tomar el puente y pasar sobre las vías de tren. Siguió por la siguiente avenida hasta el viejo cauce, giró a la derecha y al poco estuvo frente a la fachada curva de cemento y cristales de la estación de autobuses. Encontró aparcamiento junto a la parada de taxis. Dentro, filas de viajeros con maletas y mochilas hacían cola delante de las ventanillas y las máquinas expendedoras de billetes.

Atravesó el vestíbulo y descendió por la escalera mecánica hasta las dos hileras de andenes separadas por la cafetería. Un autobús maniobraba para encararse hacia su andén. Alrededor de otro ya estacionado, se arracimaban los viajeros, hartos de esperar a que el conductor se dignase a dejarlos subir.

Pasada la cafetería, la construcción se ensanchaba albergando la sala de espera. Las hojas de cristal automáticas se deslizaron a los lados para dejarle entrar. Había bastante gente. Familias, grupos de trabajadores africanos, mujeres árabes cubiertas por nicabs con sus bebés en carros... Un par de niños perseguían a una paloma que se había colado en la sala y no conseguía salir. El ave planeaba entre los bancos atestados, se posaba sobre la máquina de refrescos, bajaba al suelo y descansaba hasta que los dos niños se lanzaban otra vez sobre ella y otra vez tenía que echar a volar. Se la veía fatigada.

Román buscó los lavabos. Un letrero indicaba que estaban fuera, junto a los andenes del otro lado. Rodeó las primeras filas de bancos para salir por allí. Cuando estuvo bajo el sensor que abría las puertas, se detuvo y se volvió a mirar a la paloma. Los críos la seguían atosigando. Esperó un rato para ver si el animal se percataba de su posibilidad de huida y volaba hacia ella. Pero esto no sucedió. Salió de la sala.

Al fondo del lavabo de caballeros, dos hombres de edad avanzada, con trajes arrugados y sucios, se paseaban sin hablar ni mirarse entre ellos. Las manos metidas en los bolsillos efectuaban de tanto en tanto movimientos convulsos, como sapos bajo una sábana. Al entrar Román, los ojos de ambos se abalanzaron ávidamente sobre él, para abandonarlo luego con aire de decepción. Junto a la entrada, había un pupitre de madera lleno de muescas y frases talladas.



Una mujer extremadamente obesa, con gafas redondas de montura metálica y melena rojiza cardada, hacía los sudokus de una revista de pasatiempos. Sobre el pupitre reposaba una caja de hojalata, en forma de corazón, llena de monedas.

La mujer lo miró por encima del borde de las gafas.

—Entrar es la voluntad —dijo—. El mínimo de la voluntad son cincuenta céntimos.

—No sabía que se pudiese poner un mínimo a la voluntad.

La mujer dejó su bolígrafo en la mesa con un golpe seco.

—Tengo los baños tan limpios que hasta se puede cagar. ¿En cuántas estaciones de autobús cree que puede cagar sin coger un millón de infecciones? ¿Sabe cuántos negros veo pasar? ¿Las cosas que traerán del África? Si no fuese por mí, no querría usted ni sacarse la polla aquí dentro.

—No quería ofenderla.

—Pues no sea tan tacaño.

—¿No se acuerda de mí?

—En mi negocio no me quedo con muchas caras.

—Trabajo en el *Gladys*'. Algunas veces vino con su marido.

A la mujer le cambió la expresión.

—Claro —dijo—. Ahora reconozco esa nariz. Una vez Sebas se burlo de usted por eso. Yo le dije que en realidad lo hacía más guapo —se rio—. Por joderlo, ¿sabe? Casi me suelta una hostia.

—Amelia, ¿verdad? ¿Cómo está él?

—¿Sebas? En la cárcel. ¿Cómo va a estar? Al menos, con lo feo que es, seguro que novios no le salen.

Volvió a reír y miró a los hombres demacrados del fondo, que se tensaron y recorrieron con sus ojos los urinarios de la pared.

—Me gustaría preguntarle... —empezó a decir él.

—Oiga, no le habrá mandado Tormo, ¿no?

—No.

—Espero que no se le haya ocurrido sacarme de aquí.

—No, que yo sepa.

—Estoy haciendo bien mi trabajo. Y gano dinero para él. ¿Cuántas mujeres de presos puede decir que...?

Se interrumpió.

Un chico joven acababa de entrar. Llevaba una camiseta de tirantes gris y unos vaqueros anchos y de cintura baja. Estaba muy flaco y tenía el rostro pálido lleno de manchas rosáceas. El pelo engominado con una ligera cresta en el medio. Pasó frente al mostrador sin que la mujer le dijera nada y fue hacia los hombres del fondo. Se hablaron en murmullos.

Amelia sonrió maliciosamente a Román. Recogió su bolígrafo y dio unos golpecitos con él sobre la madera maltratada.

Uno de los hombres se acercó a ellos. Levantó la mano con dos dedos estirados y la mujer metió su brazo rollizo bajo el pupitre, sacó dos paquetitos de celofán rellenos de polvo blanco y se los pasó al hombre. Este le dio tres billetes de veinte euros. Ella se embutió el dinero en una de las copas del sostén. El hombre volvió a su rincón. Entró con el joven en el último de los tres excusados.

—Adoro vivir para el amor —soltó la mujer con voz insinuante.

—Creo que antes cobraba una pensión de Tormo.

—Una miseria —dijo, a la defensiva—. Para eso se la juegan nuestros maridos, para que luego... Pero no le diga que me estoy quejando, ¿eh?

—Estaría interesado...

—Dígame —lo animó, llena de curiosidad.

—Tengo una amiga. Esa chica... Ella está esperando que Tormo le pase también una pensión y... A mí me gustaría contribuir, ¿me entiende?

—¿Contribuir? ¿Le gustaría darle más dinero?

—Sí. Eso es. Pero sin que ella se entere.

—Un poco difícil, ¿no? Aunque si se lo dice a Tormo...

—No quiero hablar con Tormo. Había pensado... —¿Sí?

—Habría un hombre. El que le llevaba a usted su dinero todas las semanas. ¿Cómo lo llaman?

—El submarino.

—Sí.

—Claro. ¿Quiere usted hablar con él para darle más dinero a la chica y que ella se crea que todo es de la pensión? Hay que ver. Si alguien hubiera hecho eso por mí... Pero, oiga, si busca meterse entre sus piernas, ella se tendrá que acabar enterando...

—No es eso lo que busco.

—Claro —dijo la mujer, poco convencida.

Del último excusado habían comenzado a llegar golpes débiles, gemidos ahogados, el tintineo de una hebilla contra la loza...

El hombre que se había quedado fuera contrajo las facciones. Se arrimó a uno de los urinarios y empezó a bajarse la bragueta.

—¡Eh! —le gritó Amelia—. ¡Ni se te ocurra!

El hombre se subió la cremallera dando un respingo. Se metió en otro de los excusados y cerró de portazo.

—¡Cerdos! —murmuró ella.

—El problema —dijo Román— es que no conozco al submarino que trabaja para Tormo. No sé dónde encontrarlo.

—Bueno, el «dónde» yo tampoco. Esa gente es muy reservada. Tienen que serlo, con la cantidad de cabrones que intentarían atracarlos si los tuvieran localizados. Por eso siempre te visitan a horas distintas y aparecen de diferentes lados.

—Ya.

—Lo único que le puedo decir es que a este lo llaman Carmelo. Pero vaya usted a saber si es su auténtico nombre. No tengo ni puta idea de por dónde vive, pero una vecina mía me dijo una vez que lo había visto en el mercado central. Me dijo que el Carmelo estaba dentro de una parada. Aunque no lo vio atender a nadie en ningún momento. Nos llamó la atención.

—¿Cree que trabaja allí?

—Puede. ¿Por qué no? No sé lo que ganará como submarino, pero tampoco creo que sea un dineral. Y si tiene que aguantar la tentación de echar mano a lo que reparte, digo yo que le vendrá bien otro ingreso. Si usted va al mercado y él está allí, igual lo reconoce. Es un tío flaco. De unos setenta años. Calvo, con la cabeza así afechinada. Tiene unas costras en el cuello y en las manos... De la enfermedad esa, ¿cómo se llama?

—Psoriasis.

—Justo. La psoriasis.

—Está bien. Gracias.

Román sacó su billetera. Dejó un billete de veinte dentro de la caja en forma de corazón. La mujer lo volvió a sacar de ahí, se lo metió en la copa del sostén.

—No quiero dar ideas a nadie.

Él se despidió con una inclinación de cabeza. Mientras se daba la vuelta para salir, Amelia le dijo:

—Espero que consiga lo que busca de esa chiquita. Al tío que tenga en la cárcel le van a rozar el techo, de todas formas. Se lo digo yo.

Se echó a reír de forma escandalosa.

El pestillo del último excusado se abrió con un chasquido seco.

Román volvió a los andenes.

Iba a girar a la derecha para regresar al vestíbulo, pero miró hacia el otro lado y algo lo detuvo.

Entró en la sala de espera y se acercó a los dos niños que estaban inclinados hacia el suelo. Sobre las baldosas sucias y pringosas, la paloma agonizaba. Aleteaba frenéticamente con un ala mientras arrastraba la otra, moviéndose en círculos sobre sí misma. Román pasó entre los niños. Levantó el pie derecho y descargó el tacón, brutal y terminantemente, sobre el animal. Cuando retiró el pie, la cabeza estaba aplastada y el plumaje se había teñido de rojo. Ninguna de las dos alas se movía ya.

Uno de los niños echó a correr hacia el banco donde se hallaban sus padres. El otro se encaró a Román con lágrimas en los ojos.

—¡La íbamos a curar! —chilló—. ¡¿Por qué la has matado?! ¡Nosotros la íbamos a curar!

Román le propinó una fuerte bofetada.

Luego se marchó, rodeado de ojos atónitos.

## 14

**E**l mercado central solo abría por las mañanas. A través de la celosía metálica se veían los largos pasillos oscuros, con los vidrios de los expositores dando una nota de brillo mortecino aquí y allá. Fuera, en la misma fachada del edificio modernista, dos bares y una floristería permanecían en funcionamiento durante la caída de la tarde. Román se acercó a uno de los bares. El local consistía solo en la barra, que daba directamente a la calle, con la pared baja alicatada de azulejos pintados. Pidió un café del tiempo.

La adolescente que se lo sirvió decía conocer a todos los vendedores. Pero no le sonaba ningún viejo flaco y calvo con psoriasis. Fue a llamar a su padre, que salió de un cuarto interior, secándose las manos con un paño raído.

—Ese puede ser el hermano de la señorita Camila. Pero se llama Arturo, no Carmelo.

—Arturo, sí. Me he equivocado. Era un viejo amigo de mi primo y solo lo vi una vez, hace mucho. Él ni siquiera sabrá que mi primo ha muerto.

—Pasa muchos ratos ahí dentro, por las mañanas. Su hermana tiene el puesto veintitrés o veinticinco. Si entra justo por aquí al lado y sigue el pasillo central, gire por el segundo de la izquierda y será de los primeros que vea. Es un puesto de frutas.

—Gracias.

—Si lo veo, ¿le digo que lo anda buscando?

—No hace falta. Igual ni se acuerda de mí. Es solo para informarle de la muerte de mi primo. Ya lo veré.

—Como usted quiera.

Se bebió el café de un trago, olvidándose de verterlo en el vaso con el hielo y la rodaja de limón. Se alejó por la acera, bajo las ramas de los árboles.

Condujo hasta su barrio. Tardó casi media hora en encontrar aparcamiento. Había oscurecido ya cuando se acercó caminando al portal de su edificio. De un coche parado en doble fila, salieron tres colombianos fornidos. Vestían vaqueros anchos cortados bajo las rodillas y camisetas de equipos de *baseball*.

Román se hizo el desentendido. Sacó el llavero de su bolsillo.

—¡Oye, tú, el guapo!

Se volvió.

—Mira qué gracioso —dijo el primero en llegar a su altura—. Sabe que lo llamamos a él. Se te mojan las mujeres, ¿eh, guapo?, con esa nariz tan *sexy*.

Llevaba una perilla bien recortada y gafas de sol grandes.

Román lo observó impertérrito.

—Te vamos a invitar a un paseo, guapo. Porque nos gustas mucho. Te vamos a presentar a unas mamis que se van a volver loquitas cuando te vean.

Los otros dos permanecían a su espalda poniendo cara de duro, mirando a Román desde detrás de sus gafas oscuras.

—No voy a ir con vosotros —dijo él.

—Vamos... Eso es mala educación.

—No voy a ir con vosotros.

El colombiano quiso cogerlo del brazo. Román lanzó el puño, con la delgada llave del patio asomando entre dos dedos, y dio al otro en la mejilla. La punta de la llave levantó un trozo de carne.

—¡Cabrón, ¿qué has hecho?!

Román volvió a golpear en el mismo sitio. En respuesta, recibió un empujón que lo tiró contra los cristales del portal. Los otros dos colombianos agarraron al primero antes de que se lanzase contra él.

Román recuperó el aliento. Se recolocó la chaqueta.

Vio al colombiano debatirse. La sangre le manaba de la mejilla.

—Dejadme. Por vuestra madre que voy a agarrar a este marica hijueputa...

—Para, Gustavo. No te dejes llevar, hombre. Santiago dijo que nada de hacerle daño.

—Santiago, ¿eh? —dijo Román.

Pasando junto a ellos, bajó a la calzada, rodeó el coche del que habían salido y se metió en el asiento del copiloto.

El conductor, que no había llegado a bajar del vehículo, lo miró con la boca abierta. Román fijó la vista al frente y no dijo nada. Los otros tres siguieron en la acera, forcejeando y discutiendo. Al poco, regresaron al coche. Gustavo se había quitado la camiseta y se la apretaba hecha un guiñapo contra la mejilla.

Se metieron en el asiento de atrás. El herido en medio.

—Te voy a rajar de arriba abajo como a un cerdo, malparido.

—Calla ya —dijo otro. Luego le dio un toque en el hombro al conductor y este arrancó.

El coche, un Land Cruiser blanco bastante nuevo, enfiló la calle con las luces encendidas y torció al alcanzar una vía más ancha y transitada.

En el edificio donde habitaba Román, las hojas de una ventana se juntaron sin llegar a tocarse. Una anciana de nariz aquilina y permanente cobriza se volvió para acercarse a la cama en la que estaba acostado un hombre. El hombre hacia rato que se había vuelto de lado para darle la espalda.

—Se han ido todos —dijo la mujer.

—Me parece bien. ¿Podemos volver a dormir?

—Pero él iba con ellos. Ha sido muy raro.

—Seguro que sí.

—Se han peleado. Parecía que esos ecuatorianos le quisieran robar y él le ha hecho algo a

uno. Pero al final se ha subido al coche.

—¿Vas a meterte ya en la cama?

—Ha sido muy raro —repitió ella.

—Mañana puedes ir a preguntarle. De paso, que te diga si él sintoniza bien la señal de la tele. Yo creo que nos están tomando el pelo.

—¿No te parece a ti que tendría que llamar a la policía?

—¿A quién vas a llamar tú ahora? —El hombre se volvió a medias, sin llegar a mirarla—. Métete aquí y déjalo estar, ¿quieres?

La mujer dudó. Luego, aún con indecisión, se sentó en el borde la cama y retiró la sábana de arriba. Se tumbó de costado, dando también la espalda al hombre. No había ninguna luz encendida en el cuarto pero la persiana estaba subida y de fuera entraba un resplandor, mezcla de luz de luna y de alumbrado urbano, que permitía verlo todo con cierto detalle. La mujer tenía la permanente aplastada contra la almohada. Sabía que no se le mantendría para el día siguiente y se preguntaba por qué seguía yendo una vez por semana a que se la hicieran si nunca le duraba demasiado tiempo.

Pensó en eso. Sus ojos se mantuvieron abiertos, fijos en la ventana que enmarcaba un pedazo de fachada anodina, sin una triste moldura, en el que todas las demás ventanas estaban cerradas. Tendrían todos aire acondicionado, se dijo. Por eso podían cerrar. Si no, no había quien pegase ojo. Pensó entonces en eso y se acordó de su vecino y de los sudamericanos. Y se sintió todavía más despejada.

Finalmente, se incorporó. Miró a su lado y vio la silueta del hombre sobre el colchón. Oyó su respiración pesada. Se levantó despacio y, cogiendo su teléfono móvil de encima de la mesilla, salió del cuarto.

## 15

**E**l Land Cruiser había recorrido varias manzanas cuando el conductor pulsó el botón de reproducción de la música y los altavoces empezaron a escupir reggaeton a todo volumen. Román alargó la mano y apagó el aparato. El conductor se volvió con gesto hosco.

—¿Me estás vacilando?

—Malparido cabrón —volvió a empezar el de atrás—. Espera a que ya no se te necesite. Te voy a coger esa llavecita y te voy a abrir las tripas. Y luego voy a buscar a tu madre o a tu hermana o a la mujer que más quieras y me la voy a follar por el culo para que le duela, ¿oyes? Y voy a hacer que me la limpie con la boca antes de rajarle el cuello y tú lo vas a ver.

—Deja ya de mariquear, Gustavo —dijo otro.

—Este cabrón me ha jodido la cara.

—Puedes decir que ha sido la puta que te estabas follando.

El del otro lado se rio.

Román no hizo caso de nadie durante el trayecto. Atravesaron parte de la ciudad en dirección norte y se internaron en un barrio periférico de edificios sucios, con letreros medio rotos y locales de comida de aspecto insalubre. En las persianas de los bajos, se veían pintadas de esvásticas, cruces célticas y mensajes contra la inmigración. Más adelante, salieron a una zona abierta. Solares llenos de basura se alternaban con huertos y casas encaladas de tejados empinados a dos aguas. Las farolas empezaron a escasear. A la izquierda, separado por una franja de negrura, corría el flujo de luces de la autovía. La luna se elevaba cerca del horizonte en un cielo sin estrellas.

Un sutil resplandor se percibía en la distancia, allá a donde se dirigían. Una aureola de luminosidad que iba haciéndose más amplia y visible conforme se acercaban. La carretera estaba en mal estado. El coche vibraba y traqueteaba.

Al tiempo que la zona de luz se definía, una música empezó a invadir el aire.

—¿No querías reggaeton? —preguntó el conductor—. Pues te vas a cagar, hermanito.

Román descubrió pronto que tanto la luz como la música procedían de un conjunto de viejas naves. Al acercarse a la primera, vio una fila de vehículos estacionados con gente alrededor. Muchos coches tenían los maleteros abiertos y grupos de jóvenes se arracimaban mezclando bebidas en cubos de plástico. Todos los chicos vestían ropa similar a la de sus cuatro

acompañantes, además de gorras giradas hacia atrás. Las chicas llevaban vestidos cortos y ceñidos, o *shorts* y tops de tirantes que dejaban los ombligos a la vista. Barridos por los faros del Cruiser, formaban un conjunto de colores chillones sobre pieles cobrizas.

El coche rodeó la nave. En un amplio espacio rectangular, cerrado en tres de sus lados por distintos edificios, se había organizado una fiesta al aire libre. Dos generadores montados en sendos remolques daban energía a los focos instalados en las fachadas y al sistema de sonido que escupía la música. Una masa de cuerpos se sacudía bajo las luces de colores cambiantes. Sobre una tarima al fondo del todo, un hombre gordo con sombrero de paja y camisa estampada se inclinaba sobre una mesa de mezclas apretándose un auricular contra la oreja. Tras unos tabloncillos dispuestos sobre caballetes, varios tipos con los torsos desnudos servían piezas de carne que asaban en barbacoas portátiles.

La gente se apartaba al paso del coche. El conductor viró hacia la entrada de una de las naves. Dos hombres empujaron la enorme puerta de hierro acanalado, con ruedas que se desplazaban sobre el riel curvo hundido en el suelo. Les dejaron entrar y cerraron de nuevo.

El coche avanzó por el interior de la nave hasta detenerse en uno de sus extremos. La música y el barullo de fuera retumbaban en el recinto vacío como en una inmensa caja de resonancia.

Román se apeó junto con los demás. Uno de los de atrás abrió el maletero en busca de un botiquín con el que curar la mejilla a Gustavo. El otro hizo señas a Román para que los siguiese a él y al conductor. Traspasaron una puerta, cuyo batiente había sido arrancado y descansaba en el suelo con las bisagras retorcidas. Al final de una sala de contadores y mandos eléctricos había una escalera de cemento de un único tramo. La subieron hasta otra puerta. El que iba delante, llamó con el puño cinco veces, imitando el ritmo de un compás de reggaeton.

Otro colombiano grueso con gafas oscuras les hizo pasar.

Aquello parecía una antigua sala de descanso para trabajadores. En un rincón había dos máquinas expendedoras apagadas. En otro, varias mesas largas de comedor y bancos sin respaldo apilados. Cuatro focos, montados en trípodes, daban luz al conjunto de dos sofás y cuatro sillones dispuesto en mitad de la estancia.

El tipo que les había abierto fue a sentarse en un sillón. En cada uno de los sofás había dos chicas. Una estaba pasando a otra una bandeja de aluminio con rayas de cocaína y un billete enrollado. El conductor del Land Cruiser saludó efusivamente a las chicas, se sentó entre dos de ellas. El otro que había subido con ellos fue hacia una figura gruesa y de cabeza redonda, casi sin cuello, que se hallaba de pie, vuelta de espaldas, frente a uno de los grandes ventanales. Las coloridas luces de la fiesta inundaban los cristales a intervalos, tiñendo las paredes laterales y recortando la fornida silueta del hombre. El que se le había acercado le habló al oído. El hombre giró la cabeza despacio. Al poco se volvió por completo, avanzó hacia el centro iluminado.

—¡Bueno, bueno...! —Dirigiéndose a las chicas, dijo— Si tenía yo ganas de conocer a este malparido. Con todas las cositas tan interesantes que se cuentan. Mírenlo bien, no más, porque este es un hombre que vale la pena de haber conocido.

—Será por lo apuesto —se burló una de ellas—, con esa naricita tan *sexy*.

—¿Quieres que te aplaste yo la tuya, guerra? —la amenazó el tipo. A la chica le cambió el gesto—. ¿Sabes dónde se la hicieron, esa nariz? Venga, di, puta ignorante, que tendrías que usar la boca solo para comer rabo, porque es lo único que sabes hacer sin quedar en ridículo. ¿Sabes dónde se la hicieron?



—No —respondió ella con un hilo de voz.

—Pues se la hicieron en Bellavista. Ahí es donde este cabrón se pasó nueve años, ¿comprendes? Para que una puta venga ahora a hablarle de su nariz.

Las chicas miraron con interés a Román, que se había quedado de pie, en el borde del círculo de luz.

—Pero siéntate, coño —lo animó el hombre de la cabeza redonda—, siéntate donde quieras. Y no hagas caso de esta ignorante. Luego te la puedes follar por donde quieras. Seguro que hasta te acaba dando besitos en la nariz —soltó una carcajada.

Román eligió un sillón enfrente al sofá donde adivinó se sentaría el otro, entre la chica que había hablado y la que ahora hacía circular la bandeja con cocaína.

Al colombiano se le iba borrando la animosidad del rostro.

—Pero no me mires así, hombre. ¿Tú sabes quién soy yo?

—Santiago —dijo Román sin entonación.

—Soy Santiago. ¿Y quién es Santiago? Me dicen que hiciste pupa a uno de mis chicos. ¿Fue maleducado? Te pido perdón.

—¿Para qué querías verme?

—Me interesas mucho, hombre. Uno como tú, que ha visto lo peor de mi país... ese comprende.

—¿Qué tengo que comprender?

—Las cosas, hombre. Las cosas. Aquí hay mucho huevón que le viene a uno manqueando, que se cree que puede aprovecharse de uno y luego apartarlo a que coma desperdicios. Pero tú comprendes a mi gente, sí. Porque a ti también te la jugaron.

—¿Cómo me la jugaron?

—Ya lo sabes, ¿no? Si no, no irías preguntado por ahí.

—No sé qué es lo que he ido preguntando.

—¿No? —Santiago lo miró con una amplia sonrisa, disfrutando del suspense que pensaba había creado.

Tenían que hablar alto para hacerse oír sobre la música de fuera.

—Tú diriges una pequeña banda de traficantes —dijo Román—. Yo trabajo para...

—Pequeña pero cada vez más grande —lo interrumpió Santiago—. Pronto voy a tener a todos los colombianos conmigo, ya lo verás. Eso de jodernos entre nosotros se va a ir a tomar por culo. Hemos aprendido, hermano. Ahora vamos a hacer las cosas bien. Se van a acabar los asesinatos y se van a acabar las mulas en la cárcel.

—Ah, ¿sí?

—Nos hemos perfeccionado, hombre. ¿No lo sabías? Los cárteles buenos ya no se andan con hijueputadas. Ahorita se mandan señuelos al aeropuerto, sí, para que puedan pasar las mulas verdaderas. Pero esos señuelos no llevan droga, ¿estamos? Se hacen los sospechosos para que los miren y llevan sus paquetitos con polvo blanco que los guardias les van a encontrar. Pero luego, nada. Es harina, o talco. Y por eso no los van a detener. Y mientras, a las mulas de verdad las han dejado estar. ¿Comprendes? Tenemos un sistema de la puta madre para que todos los colombianos nos podamos juntar y estar contentos. Solo nos hace falta un cacho de mercado.

—No os va a quedar mucho, después de que Tormo cierre el trato con los calabreses.

—Ahí está. Tormo no puede hacer ese trato. No puede quitarnos un negocio que nos pertenece

por sangre.

—Y, ¿cómo piensas evitarlo?

—Con tu ayuda.

—¿Por qué voy a ayudarte?

—Porque Tormo te utilizó para hacerse rico. Y tú lo sabes.

Román no replicó.

El resto de los presentes se mantenía en silencio. El conductor del Land Cruiser había dejado de prestar atención a las chicas. Estas ya no parecían divertirse, como si la llegada del español hubiese acabado con el ambiente festivo. La bandeja de cocaína descansaba en el suelo, abandonada.

—¿Por qué lo sé? —dijo al fin Román.

—Hombre... No paras de hacer preguntas putas y así no llegas a ninguna parte. Yo te digo que Tormo se aprovechó de ti de la peor manera en que un hombre se puede aprovechar de otro. ¿Cómo crees tú? ¿Cuánta droga le ibas a traer? ¿Eh? Una mierda, ¿no? ¿Tres kilos? ¿Cuatro, a lo mejor?

Román no contestó.

—Y ¿tú crees que por eso le valía la pena enviarte? No, hombre. Eso lo saben hasta los policías. Los muy maricas, que te agarran sabiendo que están dejando pasar lo gordo. Lo saben, lo saben... Tormo te mandó allá para que te pillaran a ti y así dejaran pasar a su socio, el Armando ese que ahora busca la policía de acá. Y gracias a eso se hizo rico. Y tú, ¿qué? ¿Eh? ¿Te hiciste rico tú, en Bellavista?

—¿Cómo sabes todo eso?

—¿Cómo lo sé? —replicó Santiago—. La pregunta que te tendrías que estar haciendo es cómo no lo sabes tú. Cómo tardaste tanto en darte cuenta, hermanito.

Las luces de los ventanales cambiaron de azul a rojo.

—Yo te puedo jurar sobre la tumba de mi abuelo que te estoy diciendo la verdad. A mi abuelo lo mataron unos cabrones de policías corruptos en Medellín y era el mejor hombre de la tierra. Ese grandísimo hijueputa para el que trabajas te mandó a la cárcel nueve años. Pero ahora tú tienes la oportunidad de joderlo bien jodido.

—Ayudándote.

—Y yo te aseguro que no lo vas a lamentar. Porque yo nunca me olvido de mis hermanos. Si jodemos el trato con los calabreses, te doy un tres por cien de todo lo que saque los primeros cinco años. ¿Sabes cuánto puede ser eso?

—¿Qué tengo que hacer?

—Nada. Nada más que avisarme si...

Alguien aporreó la puerta.

El tipo que se había quedado fumando junto a la ventana fue a abrir. Santiago se levantó. Román estaba de espaldas a la entrada. Volviéndose, descubrió que los otros dos hombres que lo habían llevado hasta allí acababan de atravesar el umbral y esperaban a que su jefe se acercase. Gustavo se había cubierto la mejilla con algodón y esparadrapo. Hablaron.

De pronto, Román notó algo a su lado. Se volvió de súbito.

La chica dio un respingo.

—Tranquilo, cielito. No me como a nadie.

Se había levantado del sofá donde estaba el conductor. Llevaba un vestido plateado muy corto. Tenía unos profundos hoyuelos junto a las comisuras de los labios. El pelo rizado cortado a la altura de las orejas. Bebía a sorbitos cortos, mirándolo por encima del vaso de plástico.

Lo rozó con una de sus caderas al sentarse en el brazo del sillón.

—¿De verdad estuviste en Bellavista?

—Sí.

—¿Cuándo saliste?

—Hace año y medio.

—Yo tengo un hermano que lleva cuatro allí. Igual lo conociste.

—¿Cómo se llama?

—Augusto. Augusto Martín.

—¿Un chico flaco con las orejas salidas?

—¡Ese es, sí! —exclamó la chica, entusiasmada—. ¿Lo habéis oído? —preguntó a las demás—. Conoce a mi Augusto, de Bellavista.

—Era un chiquillo.

—Recién mayor de edad. Si lo hubiesen agarrado un mes antes... Había sido mula cuando no lo podían encerrar aún y no lo habían cogido. Y luego quiso volverlo hacer, aunque le decían que mejor ya no, y mira. Entonces tuvo la mala pata.

—Ya. Eso contaba a todo el mundo.

—Pues era la pura verdad. Y, ¿cómo lo viste? Yo me vine acá al poquito con mis papás y casi no hemos tenido noticias. Allá mi abuela dice que lo va a ver de mes a mes y que está bien.

Román movió la cabeza, incómodo. Se quedó mirando uno de los ventanales. Los colores se alternaban con el ritmo obsesivo de la música.

—Cuando salí, estaba mejor.

—¿Qué quiere decir que estaba mejor?

No contestó. Hubo un ligero fruncimiento en sus labios.

—¿Es que había estado mal? —insistió la chica.

—La última vez que lo vi, no —dijo él.

—Pero... —la chica había abandonado su actitud seductora. No parecía muy segura de querer seguir preguntado—. Antes... ¿le había pasado alguna cosa... mala? Mi abuela nos dice siempre que estemos tranquilos. Que Bellavista no es tan malo y que Augusto está bien. ¿Es que usted me va a decir que mi abuelita miente?

Román giró entonces el cuello y levantó la mirada hacia ella.

—Tu hermano hablaba mucho. Nada más entrar fue por la cárcel diciendo que era un protegido del Tito Gutiérrez. Decía que podía haberse librado contando cosas del Tito pero que había sido leal y que por eso el Tito lo protegería y arreglaría a cualquiera que se metiera con él. Esas cosas sientan mal en un sitio como Bellavista. Tu hermano no podía saberlo. Pero ahí dentro hay muchos a los que ya les da igual. No les importa si al salir les van a meter una bala en la cabeza o les van a cortar los miembros a machetazos. Por lo menos, ellos creen que les da igual. Pero para el caso es lo mismo.

—Pero Augusto no...

—No podía saberlo. Uno tarda un poco en ver cómo son las cosas allí. Solo que hay gente que no tiene paciencia. No se espera a que uno aprenda. Es gente que se ha vuelto mala, ¿comprendes?

Muy mala. Algunos ya lo eran y se han vuelto peores.

—¿Qué le...?

Román miró de reojo a las otras chicas. Vio que se habían echado hacia delante para captar mejor su voz. Entonces estiró el tronco y acercó el rostro al perfil de la que estaba con él para hablarle al oído. Habló durante unos segundos. No demasiados. Hasta descubrir que la chica se apartaba de su lado.

Al inclinarse por encima del brazo del sillón, la vio tirada en el suelo sobre manos y rodillas. Un amplio charco de vómito se había formado ya bajo ella, con gruesos grumos entre los que se reconocían migas de pan, trocitos de lechuga y pedazos de carne. La espalda se le arqueaba y contraía, su cabeza adelantándose y retrocediendo en amagos. Otra chica se levantó corriendo del sofá.

—¡Vanesa! ¡Vanesa, cariño! —Se arrodilló a su lado—. Tranquila, mi amor.

Las demás se habían echado a reír. El conductor de Land Cruiser se subió las gafas de sol a la frente para ver mejor el espectáculo. Sacudió la cabeza con aire de censura.

Vanesa siguió dando arcadas hasta que por fin empezó a soltar lo que le quedaba, que ya no era más que bilis amarillenta. La otra chica se apartó en el acto, se miró el vestido en busca de salpicaduras.

Román volvió a reclinarsse en el respaldo.

Santiago estaba regresando al centro de la sala.

—La puta que te parió —dijo al pasar junto a Vanesa—. Os he dicho un millón de veces que no sabéis beber. Ahora mismito te buscas una fregona y me lo limpias, porque si no, hago que te lo vuelvas a comer todito, ¿me oyes?

Se plantó frente a Román y lo midió con la mirada.

—¿Sabes quién es Samantha? —dijo—. ¿La que pone bebidas en tu club?

Román achicó los ojos.

—¿Qué pasa con ella?

—Algún puto cabrón ha matado a su novio.

—¿A Sergio? ¿En la cárcel?

—¿Qué Sergio? Se llamaba Richard y era de los nuestros. Colombiano. Algún cabrón le ha disparado desde un coche, al lado de su mismita casa. Su madre lo ha visto en el suelo lleno de sangre cuando volvía de la farmacia.

Román quedó pensativo. Luego preguntó:

—¿Trabajaba para vosotros?

—¿Ese? ¿Qué va? Ese solo era un cagón que andaba dando la nota.

—¿No movía drogas?

—¿A quién te crees que le estás hablando? Si ese enano hubiese movido medio gramo me habría enterado el primero. Conozco a su familia. El hijueputa que le haya apañado lo pagará. Ahorita mismo vamos a buscar a esa camarera tuya para ver qué sabe.

—Me parece bien —dijo Román—. Querías que hiciese algo por ti.

Santiago lo escrutó durante un rato, como si tratase de tomar una decisión.

—¿Me puedo fiar?

Román se encogió de hombros.

—Tú lo has dicho. Tormo me la jugó.

El colombiano asintió con la cabeza.

—Eres un cabrón frío. El hombre que no ríe —dijo, riendo él a continuación—. Se te nota la marca de Bellavista. Es verdad, ¿no?

Esperó una respuesta pero no la obtuvo. Al fin se metió la mano en uno de los bolsillos de sus anchas bermudas vaqueras y sacó un teléfono móvil. Se lo lanzó.

—Lo usas una vez y lo tiras, ¿comprendes? Solo hay un número en la agenda. Tormo tiene que comprarles una cantidad gorda a los calabreses para demostrarles que la puede mover bien y sin jodiendas. Cuando vayan a hacer el encuentro, te enteras de dónde y de a qué hora. Y llamas a ese número y lo dices. Ya nos encargamos nosotros de que el trato se vaya a tomar por culo.

—Les prepararéis una emboscada y les robaréis la droga y el dinero.

—Y ningún calabrés se fiará de ese malparido de acá hasta que se muera.

—El tres por cien —le recordó.

—Cinco años —dijo Santiago.

Román metió el móvil en su bolsillo. Se levantó.

Vanesa se había puesto también en pie. La otra chica la sujetaba por los hombros y la acompañaba hacia la puerta.

—Guarras —dijo Santiago—. No tienen control.

—No —dijo él—. No lo tienen.

## 16

**E**l conductor del Cruiser lo llevó de vuelta a casa.

—Gustavo está muy ofuscado con usted. Yo me andaría con ojo. Sabe dónde vive.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

—¿Por qué tuvo que hacerle eso? Ahora le quedará cicatriz. Y si usted iba a venir de todas formas...

—¿Iba a ir de todas formas?

—No diga que no.

—Tenía que asegurarme de que vuestra orden era no hacerme daño.

—Pero arreglarle así la cara... ¿Le parecía una buena manera de enterarse?

—Tan buena como otra cualquiera.

Al entrar en la calle, vieron un coche de la policía local parado en doble fila, frente a su edificio. En la acera había dos agentes y una mujer.

—Mierda. ¿Qué puta...?

—Déjame aquí —dijo Román.

Aún estaban a unos treinta metros del portal.

El conductor frenó.

—¿Será por usted?

—Algún vecino os habrá visto recogerme. —Salió a la calzada—. Tu amigo no ha sido muy discreto.

—Coño, con lo que le hizo...

—Una vez vi arrancar las uñas a un hombre en un barracón junto a un cuartel militar. El hombre sabía que no nos convenía ser oídos, ni a él ni a nosotros. No abrió la boca ni para contar lo que mis jefes querían oír.

—Y ¿qué le pasó?

—No contó lo que mis jefes querían oír.

Cerró, subió a la acera y echó a andar. El Land Cruiser lo adelantó y continuó calle arriba, pasando junto al coche de la local.

Al acercarse Román al grupo, la anciana de la permanente estropeada, envuelta en una bata violeta, lo señaló con una larga uña pintada de rojo.

—¡Ahí está! —gritó a los agentes—. Ese es mi vecino. Y ese... —se volvió a medias hacia el Land Cruiser, cuyas luces de posición se perdían ya en la distancia—. Ese coche era el de los sudamericanos. Lo acaban de dejar allí, ¿lo han visto?

Las expresiones de los agentes estaban casi tan apagadas como la de Román.

—¿Ha pasado algo? —preguntó.

—Su vecina nos ha llamado. Dice que ha visto cómo se lo llevaban por la fuerza.

—Se habrá confundido.

—Bueno —empezó a decir el más viejo de los dos—. En ese caso, disculpe las...

—Un momento —interrumpió el otro—. ¿Por qué se ha bajado tan lejos del patio si el coche iba a pasar por aquí?

—Quería estirar las piernas —dijo Román.

Los agentes se lo quedaron mirando. El más mayor carraspeó.

—¿Podríamos ver su documento de identidad? —dijo el compañero.

Román le devolvió la mirada, sin reaccionar en modo alguno. Miró a la mujer, que no había vuelto a abrir la boca y parecía incómoda. Al fin, sacó una billetera de piel negra del bolsillo interior de la chaqueta. Le pasó el D.N.I. al policía.

—Ahora vengo —dijo este. Se fue hacia el coche en doble fila.

El otro agente se quedó junto a él y la mujer.

—Será solo un momento.

—No pasa nada.

—Yo... —empezó la mujer, entrecortadamente—. Le juro que parecía que lo hubieran obligado. No sabía si llamar. Mi marido no quería. Pero...

—Ha hecho usted lo que debía —dijo Román—. Le estoy muy agradecido.

La mujer sonrió, pero el gesto quedó congelado al no recibir ninguna expresión tranquilizadora por parte de él.

No dijeron nada mientras esperaban a que el agente más joven pasase los datos de Román por radio y recibiese resultados. Román se miró el puño de la camisa y tiró de la manga de la chaqueta para ocultarlo. El puño volvió a aparecer en seguida.

El policía volvió del coche. Hizo una señal a su compañero y ambos se alejaron algunos metros. Cuchichearon.

La anciana de la permanente defectuosa observó a Román con cara de espanto.

Los agentes se les acercaron. El joven devolvió el carné a Román.

—No tenemos ningún motivo para molestarle.

—Me lo imagino.

—Pero entienda que nos gustaría saber algo más de lo que ha pasado aquí.

—Unos viejos amigos han venido a verme. Uno de ellos se ha puesto muy efusivo y seguramente esta señora ha confundido su entusiasmo con agresividad. Es lo único que se me ocurre.

Los policías esperaron algún tipo de confirmación de la mujer.

—Yo no sé... —balbuceó ella—. Supongo... supongo que habrá sido eso. Yo no podía saber...

—¿Alguna cosa más? —preguntó Román.

Los ojos de ambos agentes estaban llenos de suspicacia.

—Supongo que no —dijo el joven—. Perdona las molestias.

—No hay nada que perdonar. Hacen su trabajo.

Se subieron al coche y se marcharon.

La anciana hubo de compartir el ascensor con Román. En el interior de la cabina, se echó a temblar. Él la dejó en su rellano, dándole las buenas noches. Entró en su piso, se desvistió y se metió en la cama.

Durmió mal.

Todavía muchas veces, a pesar del tiempo transcurrido, se sentía raro en una cama normal. Su cuerpo tendía a replegarse, a ocupar el mínimo espacio. No concebía el desplazarse un centímetro sin topar con otra masa de carne o con un muro, y la sola idea de poder hacerlo le inquietaba. Igual que no tener que levantarse cada dos por tres. Ni ser despertado por golpes, pisotones, gritos. No tener que agarrarse de las rejas esperando conciliar así el sueño, rogando porque el cuerpo se acostumbrase. En Bellavista, la cárcel más superpoblada de Colombia, que teniendo capacidad para menos de dos mil quinientas personas había llegado a albergar a ocho mil, la gente se volvía creativa en el dormir. Lo hacía en los pasillos y los baños. Alrededor de las tazas de los retretes, encogida en posición fetal sobre los platos de las duchas. En hamacas pegadas al techo y bajo las literas. Se practicaba el «pico y placa», conviniendo turnos, y se dormía un rato acostado y otro de pie, contra la pared, sujeto por otros cuerpos, o agarrado de las rejas de puertas y ventanas. En el patio, sobre techos voladizos y cornisas, encima de zarzas y matojos.

Durante años se la había conocido como el penal del terror. La misma prisión que pretendería más tarde mejorar su imagen, renombrándose Establecimiento Penitenciario de Mediana Seguridad y Carcelario de Medellín, después de que el defensor del pueblo hubiese solicitado su cierre inmediato ante la corte constitucional, alegando que se trataba de lo más indignante que había visto en su vida.

Bellavista.

Para él, había sido el mundo entero. Muros de ladrillo sin lucir, pintados de blanco, con franjas azul celeste siguiendo las hileras de ventanas enrejadas, como si la falta de libertad y el cielo fuesen allí una misma cosa. Bellavista. El cielo al que podían aspirar quienes delinquían en Medellín y sobrevivían para descubrir que habían muerto pese a todo.

Cuando estaba en algún bar, o a veces en el *Gladys*, y se sentaba a la barra, se sorprendía de que el taburete no estuviese aferrado al suelo. Lo acometía entonces una sensación de alarma que ni veinte años de libertad eliminarían por completo. Cualquiera podría coger ese taburete, el tipo de al lado, o el de la mesa a su espalda, y convertirlo en un arma. Usarla contra él. Quizá solo por comenzar un disturbio. Porque lo más fácil era empezar agrediendo a quien no suponía nada para nadie. Golpear por golpear, a cualquiera que no fuese de tu combo. Y si el objetivo no era atacar a otro combo, sino simplemente generar la violencia por la violencia, entonces lo mejor era tomarla con quien no estaba con nadie, a quien nadie iba a defender.

Aunque españoles como él los había a montones. Casi todos condenados por el mismo delito. La mayoría en el pabellón 3, que no era de los peores, donde tenían la posibilidad de acostumbrarse, de ir pasando todo lo dignamente posible el tiempo de espera. Si aprendían a hacerlo.

Si tenían una razón para aprender a hacerlo.

Román no la tenía.



La compañía de los españoles terminó desagradándole. La mayoría no hablaban más que de regresar, de las cosas que harían a su vuelta a España, de cómo recuperarían sus vidas. Inconscientemente, él ya había decidido que no podría volver.

No vio nacer a su hijo. Susana no le envió ninguna foto. Ni siquiera quiso ponerle el nombre que habían decidido entre los dos, Héctor, y lo llamó Javier. Román jamás la culpó. Cuando ella, arrepentida, quiso escribirle, Román se negó a corresponderle. No por echarle nada en cara, sino por ser incapaz de aceptar ningún tipo de perdón, ninguna muestra de condescendencia.

No existían segundas oportunidades para quien había abandonado a su familia y se había condenado a sí mismo al infierno de Bellavista.

Distanciarse de sus compatriotas no le fue difícil. Eran privilegiados dentro de la prisión porque recibían del consulado una ayuda de cuarenta euros al mes. Pero esa ayuda también los convertía en blanco de robos y extorsiones, tanto por parte de los otros presos como de los guardas. No pagar a los funcionarios del Instituto Nacional Penitenciario podía costarle a uno el traslado a un pabellón peor. Así que Román no pagó. Y dijo adiós a los españoles. Se alejó otro grado de su pasado y descendió otro estadio en su proceso de degradación.

Hasta el pabellón 5.

Al borde del colapso por la falta de mantenimiento, el pabellón donde los presos deambulaban incesantemente por un patio de hormigón agrietado, surcado de aguas fecales, bebían de cañerías rotas y hacían sus necesidades en botellas y bolsas de basuras que lanzaban por las ventanas a los contenedores. Román fue presa de todos. Sufrió la hostilidad de los demás desde el primer momento. Y conoció el significado de la pertenencia a un combo. En Bellavista había al menos ciento veinticinco bandas armadas pertenecientes a distintas comunas. Los «Pachelly», los «Niquía Camacol», los «París», «El mesa»... se disputaban el dominio de las áreas de venta de droga y exigían rentas a los presos. Las prácticas de tortura no eran exclusivas de los funcionarios del INPEC. Las rencillas y peleas entre combos se podían saldar con muertos y heridos de gravedad. Dentro de la cárcel se movían infinidad de armas que nadie parecía interesado en buscar y requisar. Cuando en 2012, el director de la Corporación Construyendo Nuevos y Mejores Caminos había comunicado al entonces director de la prisión la intención de algunos presos de realizar un plan de desarme, el director había dicho que debía consultarlo con funcionarios del cuerpo de custodia. El desarme jamás se llevó a cabo.

Román aceptaba lo que le pudiera pasar. Al mismo tiempo, se había acostumbrado a considerar la supervivencia como parte del *modus vivendi* que definía su nueva realidad.

Fue durante una refriega entre combos cuando su situación en el pabellón 5 cambió notablemente. La pelea se produjo hacia las cinco de la madrugada, mientras los guardas realizaban una de sus habituales *rascadas* como castigo por el impago de sobornos. Los habían despertado y sacado a todos al patio para cachearlos y destrozar las celdas con la excusa de registrarlas. El hecho de que los guardas trataran mejor a un combo, el cual obviamente había pagado lo estipulado, que a los restantes, fue calentando los ánimos hasta hacerlos estallar.

Al principio, en medio del combate, había tratado de escabullirse a un rincón. Pero de pronto, como en una revelación inesperada, una idea se había abierto en su cabeza hasta dominar su voluntad. Si había estado degradándose a propósito, suicidándose lentamente, bien podía aprovechar la ocasión para acelerar el proceso. Y qué mejor manera de que alguien le concediese la liberación definitiva que intervenir en aquella lucha sin objeto de todos contra todos. Así, se

había puesto a golpear a ciegas. A cualquiera que se le pusiese por delante. Había caído al suelo y su mano había dado con un fragmento de hormigón punzante y al alzarse había empezado a atacar a diestro y siniestro con él. Vagamente, fue conscientemente de haber perforado un globo ocular, hecho sangrar una oreja, abierto una brecha en la cabeza de alguien. Recibía muchos golpes que apenas sentía. Y sin darse cuenta, había salvado una vida.

Al abalanzarse sobre la espalda de un preso arrodillado, había hecho que soltase la garganta de otro al que estaba a punto de estrangular. Él ni siquiera se enteró. Pero el otro recluso, que acababa de ver la muerte muy de cerca, sí. Y no lo olvidaría. Se llamaba Julio y era el líder de los «Royales», el combo de la comuna de La Anunciada. Julio lo llamó al día siguiente. Le dijo que a partir de entonces podía considerarse un miembro de los «Royales». Román no se atrevió a rechazarlo. De todos modos, pensó, pertenecer a un combo podía ser tanto garantía de protección como de muerte. La misma lógica que, años después, lo haría trabajar para Julio fuera de la cárcel.

Julio salió antes que él. Román siguió bajo el manto de protección del grupo. Pero cuando le llegó el turno de quedar libre, nadie le preguntó si deseaba continuar con ellos. Todos daban por sentado que volvería a España. Aunque esa nunca había sido su intención.

Nada más traspasar los muros de Bellavista, Román se perdió entre las calles de Medellín para convertirse en otro más de sus pordioseros. Mendigó y robó durante semanas. Quería seguir alejándose de sí mismo y de todo cuanto había conocido en su vida anterior. La cárcel todavía había supuesto un lazo de unión con la existencia que había tenido, con la decisión que lo había llevado hasta allí. En las calles de Medellín podía distanciarse definitivamente. Ser un olvidado de todos. Podía esperar la muerte sin mayor angustia que la del deseo siempre frustrado de que esta llegase al día siguiente. Pero la muerte no llegaría tan fácilmente si seguía llenando de tanto en tanto su estómago. Dormir en la calle y cubrirse de porquería no era suficiente.

Entonces, un día, Julio lo encontró.

Lo había estado buscando. Se había enterado de que no quería volver a España y pretendía sacarlo del arroyo. Salvarle la vida.

Los «Royales» estaban en pie de guerra contra el combo de los «Necota». Los tiroteos, secuestros y asesinatos se sucedían sin cesar. Julio necesitaba soldados. Román podía morir como un soldado. Ya había peleado en la cárcel, sin que nadie acabase con él. Pero fuera era distinto. Fuera todo el mundo llevaba un arma de fuego, y no había guardas obligados a contener los combates antes de que la sangre y los cadáveres tapizasen los patios. Fuera lo matarían.

Solo que antes tendría él que matar y ver morir a mucha gente.

Las comunas no dejaban de ser una extensión lógica de Bellavista. O Bellavista de las comunas. Había entre las dos entidades una retroalimentación cargada de lógica. La misma relativización de todo a la que había llegado encerrado en la cárcel podía aplicarse con total naturalidad al nuevo contexto. Con el tiempo, lo que había comenzado siendo una penitencia autoimpuesta se transformaría en una magnificación de su falta. Se había convertido a sí mismo en un monstruo para castigarse, pero el monstruo se resolvería en una fábrica de atrocidades que aumentarían el listado de sus culpas hasta extremos inimaginables. Para huir de un infierno personal y doméstico se había lanzado a un infierno absoluto, palpable. En Bellavista, la capacidad para reaccionar ante el horror había sido extirpada de su ser. Fuera, su suerte ya no dependía de la astucia o de las buenas relaciones que estableciese, sino de cuánto estuviese

dispuesto a sacrificar de su propia humanidad.

Desangrar Medellín. Asesinar y que cada uno de los asesinados lo acercase un paso más a la muerte.

Los «Royales» no solo libraban sus propias guerras. También servían de soldados a sueldo para cualquier cártel que quisiera contratarlos. Y estos trabajos eran los peores. No se trataba de meros crímenes por rencillas, asuntos territoriales o dominio del tráfico, actos desprovistos de intencionalidad más allá de la de eliminar a quien se debía. Eran asesinatos a la carta, cargados de simbolismo, en los que había que satisfacer las demandas muchas veces extravagantes del que pagaba. Degollar a los hijos de un hombre delante de sus ojos antes de acabar con él, someter a la esposa de alguien a una violación múltiple, abrir en canal a la amante embarazada que se había negado a abortar. Eran los más recurrentes. Román se había habituado a presenciar las atrocidades que cometían sus compañeros de combo como algo que no tenía que ver con él. Asesinaba fríamente a cualquiera que le fuese señalado, ayudaba a localizar y a atrapar a gente sobre la que se aplicarían luego torturas y vejaciones de toda clase. Pero no las aplicaba él mismo. Nunca participaba en aquellos horrores que había llegado a presenciar de manera tan distanciada, sin atisbo de empatía. Aunque en todo caso, nada importaba, porque pronto estaría muerto. No podía ser de otra manera. Y si después de la comuna no había nada, entonces nada podía tener consecuencia alguna. Sin futuro, ningún acto era demasiado bueno ni demasiado malo.

Un día, fueron a por un abogado que hacía de enlace entre los narcos y la policía, resolviendo tensiones y efectuando pagos. Se había creído demasiado poderoso. En una visita a casa del narco al que estaba representando, se había tomado cierta libertad con la hija de la sirvienta. La había interceptado en uno de los pasillos y metiéndole el pulgar en la boca había hecho que la chica lo chupara, asegurándole que la próxima vez que la viera la haría chupar algo más grueso y sabroso. La chica era amiga íntima de la hija del narco, y el narco había considerado la acción como una falta de respeto. El abogado, en el fondo, tampoco era imprescindible.

Para darle un escarmiento acorde con la falta, el narco pretendía que muriese no con el propio pulgar en la boca sino con la mano entera. El problema era que el abogado era un hombre grueso, de manos grandes y carnosas, pero de boca muy pequeña.

Lo habían arrastrado en plena noche a un bloque a medio construir que no disponía de electricidad ni agua potable. Fuegos encendidos en bidones de metal daban luz anaranjada a los muros de hormigón. En el suelo, segmentos de cañerías de plomo arrancadas y olvidadas por los saqueadores. Julio y los demás habían golpeado al hombre durante casi media hora. El abogado, convertido en una masa sanguinolenta cuyo centro se inflaba y desinflaba al tomar aire dificultosamente, yacía boca arriba, el torso desnudo. Una cámara de video sobre un trípode lo grababa todo a beneficio del narco. Los hombres querían matar ya al abogado para seguir la fiesta en otra parte, bajar al burdel, empezar a gastar el dinero ganado. Pero no podían. No hasta haberle metido la mano en la boca.

Intentaban embutírsela a presión. Se turnaban para agarrarle la muñeca y empujar hacia dentro, pero ni los más fuertes lograban meterla. Los cinco dedos juntos, a modo de punta, no se hundían más allá de la segunda articulación.

Todos habían estado esnifando cocaína y fumando metanfetamina, y no paraban de gritar y reír a carcajadas. Las llamas de los bidones proyectaban sus sombras en el techo. Román se había apartado a un rincón. Tras aspirar varias bocanadas de meta, se había quedado mirando las formas

frenéticas que bailaban en el forjado iluminado por el fuego. Caleidoscopio de manchas negras y naranjas. Se agitaban al ritmo de las risas salvajes que ya no tenían para él ningún significado más que aquel, ninguna otra función que la de hacer que las sombras siguiesen bailando. Sin cesar.

Y había esperado, como esperaba siempre, a que aquello cesase.

Solo que en esa ocasión no cesaba.

Y al final se había visto a sí mismo borrando las sombras de su campo de visión, agarrando dos segmentos de cañería del suelo y avanzando hasta el grupo.

Apartó a los hombres inclinados sobre el moribundo y le destapó la boca. Luego le hundió los tubos de plomo hasta el fondo de la garganta. Separándolos por arriba, formando una V, alzó el pie y lo encajó entre los dos segmentos. Lo bajó despacio, hallando resistencia, y entonces, con una rabia inusual en él, lo descargó hasta abajo. Los extremos inferiores de los tubos se separaron haciendo palanca cada uno en un sentido. Quebraron la mandíbula, desgarraron los músculos orbicular y buccinador y laceraron la faringe. Después la mano entró sin problema.

Lo dejaron así unos minutos en atención a la cámara y le rajaron la garganta.

Román no sintió nada aquella noche. No fue tan distinto para él como cuando simplemente había apretado un gatillo o se había limitado a mirar. Pero poco a poco se fue haciendo consciente de que ya no tenía demasiado sentido esperar a la muerte. La muerte había llegado, después de todo, solo que no de la manera en que él la deseara. Había llegado para servirse de él.

Y algo de él había muerto, en realidad. La parte que jamás habría hecho lo que había hecho al abogado.

Pasado un tiempo, la conciencia del cambio le terminó venciendo. Había perdido contra la muerte y la muerte se burlaba de él. Y la entendía, aunque ya no le quedasen ganas de reír con ella.

Lo había humillado. No solo no le había dado lo que él esperaba sino que lo había sometido a su voluntad. Le había demostrado hasta qué punto no podía fiarse de sí mismo, de las convicciones que en otro tiempo considerara partes intrínsecas de su identidad.

Así que claudicó.

Robó el dinero que Julio guardaba como fondo para armas y droga y se escabulló de la comuna durante la noche. Tomó un autobús a Cali y allí subió al primer avión que cruzaba el atlántico. Le daba igual dónde aterrizase. Sabía que por vueltas que diese, acabaría recayendo en un solo lugar. Donde ya tenía un techo esperándole.

**A**ntes de las siete desistió de conciliar otra vez el sueño. Se dio una ducha. Desayunó un huevo frito, un par de tostadas y un café solo. Sacó unos pantalones negros y de tela ligera del armario y se anudó una corbata granate sobre la camisa blanca. Con la chaqueta colgada del antebrazo, salió.

Buscó su coche y se sentó al volante. Metió la llave en el contacto pero no la llegó a girar. Dejó que su cabeza cayese hacia atrás. Se le cerraron los ojos. Permaneció así dos o tres minutos. Luego parpadeó. Sacudió la cabeza. Ajustó el espejo retrovisor hasta verse el rostro y se observó con atención, centrándose en su nariz rota. Se llevó la yema del pulgar a la punta hundida y apretó ligeramente, del mismo modo en que lo había hecho Samantha minutos antes de que la asesinasen los dos sicarios. Después arrancó y retiró el coche del bordillo.

Ya en el mercado, bajó la rampa que accedía al *parking* subterráneo. Cogió el *ticket*, dejó el coche y siguió las flechas hasta las escaleras que llevaban al interior del recinto. Los puestos estaban todos ya en funcionamiento, aunque todavía no había demasiada gente comprando. Recorrió el pasillo central a partir de la entrada a la que se había asomado el día anterior y giró por el segundo de la izquierda. El puesto veinticinco era de leche y huevos. En el veintitrés, una mujer vendía fruta. Era menuda. Tenía un pelo gris finísimo a través del cual podían verse los lunares del cuero cabelludo. Román pasó de largo sin mirarla una segunda vez.

Siguió paseando por el mercado.

Cerca de una fuente de piedra, en cuya agua estancada flotaban piezas de verdura podrida, se fijó en un hombrecillo con una calva puntiaguda rodeada de mechones lacios. Unas ronchas rosáceas destacaban en la parte anterior de su cuello y en un lado de su barbilla. Román lo vigiló guardando la distancia. Simuló interesarse por el género expuesto en una carnicería. Un par de veces le preguntaron si quería algo y él se limitó a mover la cabeza. Su expresión apagada disuadía a los vendedores de animarlo a comprar.

A su vez, el hombrecillo afectado de psoriasis simulaba no mirar a las mujeres que hacían la compra. Caminaba despacio, las manos hundidas en los bolsillos de sus anchos pantalones de chándal, los faldones de su camisa a cuadros de manga corta fuera de la cintura. Al rato, fue a ver a su hermana al puesto número veintitrés. Pasó un rato allí, cruzando algunas frases, no muchas, con ella. Cuando empezó a formarse una cola de compradores y la mujer estuvo más atareada, él

reanudó su paseo. Cerca de la fuente de piedra, se vio asaltado por la espalda.

Román lo agarró del brazo, obligándolo a caminar deprisa.

—Me manda Tormo.

—Pero... No... —La barbilla se le sacudía al intentar articular palabra—. Yo no... Usted...

—Ya lo sé. Nadie debería poder encontrarle. Pero se trata de una emergencia.

Le hizo atravesar una puerta para pasar al almacén donde se acumulaba la mercancía echada a perder. El olor a podrido lo impregnaba todo.

—Aquí podremos hablar tranquilos.

El hombrecillo se vio empotrado contra la pared de azulejos roñosos, entre un contenedor de basuras y una pila de cajas con verdura estropeada.

—Aquí no tengo nada... No tengo nada...

—No he venido a atracarle.

—Pe... pero...

—Escuche. —Román se volvió hacia el umbral para asegurarse de que nadie los había seguido—. Sé quién es usted. Sé que lo conocen como Carmelo pero que se llama Arturo. Sé que hace de submarino para Tormo. Y sé quién es su hermana. Ahora solo quiero enterarme de algo que todavía no sé. Luego ya no me interesaré por usted en lo más mínimo. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Yo... yo no sé nada. No estoy metido en historias.

—Quiero saber a quién ha pasado pensiones últimamente. Concretamente, me interesa una chica joven, novia del camello al que encarcelaron hará un par de meses.

—Yo no... Solo voy donde me dicen, pero no conozco a nadie. No estoy metido en historias. Era camarero en el bar de sus padres y por eso...

—¿La parada de los elefantes?

El submarino afirmó con la cabeza.

—Tormo se acordaba de mí. Sabía que me había quedado sin trabajo y...

—Y usted le es leal. Cosa que respeto. Yo también lo soy. Pero quiero saber quién es la chica de la que le hablo y me lo va a decir.

—No... no puedo. No sé nada.

Román agarró una lechuga rancia de la caja más alta. La lechuga tenía agujeros. De algunos de ellos asomaban gusanos.

Apretó las mejillas de Arturo para obligarlo a abrir la boca y le aplastó la lechuga contra el orificio que rodeaban sus frágiles labios. El submarino trató de sacudir la cabeza a un lado y a otro. Pero Román se la sujetaba con fuerza contra la pared mientras con la otra mano iba machacando la lechuga podrida y haciéndola entrar en la boca. Al poco lo dejó estar. Arturo empezó a escupir, a sacar pedazos de masa verde con la lengua. Regurgitó y dio varias arcadas.

Román cogió, de la misma caja, una zanahoria grande invadida por los hongos.

Los ojos del hombrecillo se abrieron desmesuradamente. Trató de decir algo, pero se atragantó con la lechuga que aún le quedaba en la garganta.

—Puedo meterle esto —dijo Román, blandiendo la zanahoria—. Sería incómodo, pero no difícil. Con práctica, no se tarda demasiado.

—Pare... Por favor...

—Dígame.

—La chica...

—Sí.

—Segrelles.

—¿Cómo?

—... la hija de... Segrelles.

—¿El asesor?

Arturo asintió. Se limpió el contorno de la boca con una mano llena de ronchas.

Román le soltó la pechera de la camisa.

—¿Está seguro? —dijo.

El hombre volvió a asentir, sin mirarle a los ojos.

—¿Le dijeron que dejase de pasarle la pensión? ¿Que empezase a pagar a otra en su lugar?

—¿Qué...? No.

—¿Está seguro? ¿No tendría que habérsela pasado a otra chica llamada Samantha?

—No. Blasco nunca me dijo...

—¿Blasco? ¿Es él quien le dice a quién se ha de pagar?

—Claro. El gestiona todo lo de las pensiones. Yo solo...

—Entonces Tormo ni siquiera sabría...

Se interrumpió, pensativo.

—Bien. Ahora tengo que advertirle. Como le he dicho, trabajo para Tormo. Y también le soy leal. Pero ahora mismo mi situación es extraña. Le pido que no hable a nadie de esta conversación. Si lo hace, tendré que venir a matarlos a usted y a su hermana. Lo entiende, ¿verdad?

El hombre arrugó el rostro. De sus párpados apretados, escaparon lágrimas.

—Dígame que lo entiende —insistió Román.

—Lo entiendo.

—Se lo agradezco mucho.

Pasaron varios segundos. No se oía otra cosa salvo los ruidos que llegaban del otro lado de la puerta. Arturo consiguió abrir los ojos. Estaba solo. El hombre con el que iba a tener pesadillas por las noches había desaparecido y el umbral enmarcaba la fuente llena de agua estancada y desperdicios.

## 18

**L**a asesoría legal Segrelles y cía. se hallaba en una calle de dirección única entre dos avenidas. Un amplio ventanal permitía ver desde fuera la oficina de aspecto funcional, con dos cuadros abstractos y un panel de cristal opaco separando el área de atención al público de los despachos.

A pesar del calor, Román entró con la chaqueta puesta. Se dirigió hacia la única de las tres mesas que estaba ocupada. La secretaria había apartado la vista de la pantalla del ordenador y lo miraba sin expresión. El pelo rizado teñido a mechas, usaba gafas de pasta que resbalaban hasta la punta de una nariz respingona.

—¿Está Segrelles? —preguntó Román.

—¿Había quedado con él?

—No. Pero, ¿está aquí?

—Si no tiene cita... Ahora mismo no está disponible. —¿Cuándo lo estará?

—¿Para qué quería hablar con él? ¿Es usted cliente nuestro?

—No.

—¿Hay algo en lo que lo que le podamos ayudar?

—Puede. Algo en lo que Segrelles me podría ayudar. Por eso quiero hablar con él.

—Entiendo. Quizás si me dice...

—Prefiero decírselo a él.

La nariz de Román emitió un breve chirrido.

La chica respiró hondo. Jugueteó nerviosamente con el collar de perlas que llevaba enrollado al cuello.

—Podría concertarle una cita. Pero para eso necesitaría saber...

—Es personal.

—Ah. —Ella se quedó sin saber qué decir. Estuvo a punto de llevarse el collar a la boca, pero se percató a tiempo y lo soltó—. Si quiere... Déjeme su número. Segrelles lo llamará en cuanto pueda. A mí no se me permite concertarle una cita si no es usted cliente.

—Claro. ¿Quiere tomar nota?

Román acababa de ver sobre la mesa, parcialmente oculto a la chica por el monitor del ordenador, un bolso de piel negra con cierre dorado de clip.



La chica despegó un pósito del taco que tenía al lado y cogió un bolígrafo del bote con la imagen de Marilyn Monroe.

—Me llamó Juan Jiménez —dijo Román.

Mientras ella escribía el nombre en el cuadrado de papel amarillo pálido, él acercó la mano al bolso. Simuló un breve ataque de tos para cubrir el chasquido del cierre. Empezó a dictar un número, muy despacio. En el interior del bolso, sus dedos localizaron un llavero. Lo extrajo. Entre las llaves, había un pequeño mando a distancia.

Se guardó el llavero en el bolsillo. Dijo un último número al azar.

—Muy bien. —Ella soltó el bolígrafo, pegó el pósito a un lado de la mesa—. Se lo pasaré en cuanto salga.

—Gracias. Ha sido muy amable.

La chica separó los labios para hablar. Pero él ya se había girado hacia la puerta.

En el *Gladys*, los obreros estaban por fin aplicando cemento a la cara externa del pilar para fijar la nueva losa de mármol, que descansaba apoyada contra la pared. El capataz puso una mueca burlona al verlo. Román lo ignoró.

Al pasar a la pista de baile, le llamó la atención encontrar a Selena tras la barra.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Enjuagaba un poco las copas. Esos de la reforma lo han llenado todo de polvo y no han tenido la decencia de limpiar nada. Y, ¿qué es lo que tenían que hacer, si está todo igual?

—¿Quién te ha dicho que vinieras?

—Blasco. Me ha llamado esta mañana. Creía que lo sabías.

—¿Lo has visto?

—¿A Blasco? Claro. Ha subido arriba.

—¿Está aquí?

—¿No te lo estoy diciendo?

Él empezó a darse la vuelta.

—¡Oye! —lo frenó Selena—. ¿Pasa algo con Samantha?

—¿Por qué?

—No sé. Uno de los obreros dice que un chaval vino ayer preguntando por ella.

Román notó que se le agarrotaba el cuello.

—¿Un chaval?

—Un colombiano. Dice que se llamaba...

—¿Richard?

—Sí, exacto. ¿Sabes quién es?

—¿Habló con Blasco?

—¿Yo qué sé? El obrero solo me ha dicho que el chaval estaba muy preocupado y no paraba de preguntar si alguien sabía algo de Samantha. Ella no vino el otro día, ¿no?

Román echó a andar hacia el vestíbulo.

—Pero, ¿qué rollo os lleváis? —preguntó aún la camarera a sus espaldas—. Al final, ¿vamos a abrir o no?

Subió las escaleras casi corriendo. Abrió la puerta de su despacho de par en par.

Blasco estaba sentado en su butaca. Había sacado un montón de facturas y albaranes del cajón inferior y los inspeccionaba sobre la mesa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Román.

—Mi trabajo.

—Me podrías haber consultado.

—¿Ah, sí? —Blasco se le quedó observando, sin disimular su interés—. ¿Desde cuándo tengo que pedirte permiso?

—Este es mi despacho.

—Es el despacho donde trabajas —matizó—. Hasta donde yo sé, el despacho pertenece a Tormo, igual que el resto del club. No creo que él pusiera pegas a que revise la documentación. ¿Y tú?

Román no replicó. Sus labios estaban más apretados que de costumbre.

—Esta mañana —siguió Blasco, arrellanándose en la butaca—. He recibido una llamada de mis amigos de la policía. Una llamada interesante. Sobre ti.

Román siguió sin decir nada.

—Al parecer, tuviste cierto movimiento anoche.

—No pasó nada. Una vecina creyó ver algo que no estaba sucediendo.

—Sí. Esa explicación me la han dado ya. Pero fuese lo que fuese, alguien mencionó a unos sudamericanos. Y bueno...

—No pasó nada —repitió él.

—Bueno, tampoco tendría manera de saberlo, ¿no? Si realmente hubiese pasado algo.

Puso las manos abiertas encima de los documentos desplegados sobre el escritorio.

—Mira, Román —dijo—. Da la casualidad de que últimamente estoy bastante preocupado. No todos comparten mis preocupaciones y eso me preocupa más. Tormo está en una posición difícil. Aunque no se dé cuenta de hasta qué punto. Infravalora el daño que esos colombianos pueden llegar a hacer. El trato con los calabreses... Él casi lo está dando ya por sentado. Pero si no nos ocupamos antes de esos colombianos, haya trato o no haya trato, no vamos a dejar de tener problemas. Si no los frenamos a tiempo...

—Los frenaremos.

—¿En serio? —Blasco frunció el ceño—. Porque viniendo de ti, esa afirmación no termino de saber a dónde va.

Hubo un silencio. Román estaba inmóvil pero se le veía en tensión. Blasco parecía relajado en el asiento.

—Yo no tengo nada que ver con colombianos —dijo Román—. Pero acabo de oír que ayer vino uno aquí preguntando por Samantha. ¿Sabes algo de eso?

—No tenía ni idea. Tampoco tiene nada de raro. Sabíamos que preguntarían por ella.

—No tiene nada de raro. Pero es curioso que a ese mismo chico, Richard, lo mataran anoche mismo de un disparo delante de su casa.

Blasco le sostuvo la mirada. Durante un instante, casi pareció que una sonrisa se le insinuase en los labios. Los codos apoyados en los brazos de la butaca, empezó a juntar y a separar los dedos de ambas manos.

—Interesante —dijo—. Ahí tendríamos una explicación, ¿no? Si se han cargado a ese crío, seguro que habrá sido por un ajuste de cuentas. Y si Samantha estaba con él...

Román esperó a que continuara.

—Yo ya intenté convencer a Tormo de que la despidiera. Cuantos menos colombianos

tengamos cerca, mucho mejor. Están tan mezclados que lo más fácil es que cualquiera tenga alguna relación con el tráfico, aunque sea lejana.

Los labios de Román permanecieron apretados. Hasta que ya no pudo contenerse.

—¿Qué pasará ahora con la pensión de la hija de Segrelles?

Blasco no llegó a controlar su reacción. Sus dedos se detuvieron a escasos milímetros unos de otros y sus párpados se entrecerraron.

—Tú trabajas codo a codo con Segrelles, ¿no? —continuó Román—, llevándole los papeles a Tormo. Y además eres quien gestiona los pagos de las pensiones.

—Óyeme bien...

—¿Tormo supo que Samantha había solicitado la misma pensión que la hija de su asesor? ¿O lo mantuviste en secreto?

—Escucha, tío listo. —Blasco se inclinó por encima de la mesa—. No necesito recordarte todo lo que tú y tu familia le debéis a Tormo.

Román bajó la cabeza. Oyó decir:

—Si no fuese por él, tu mujer y tu hijo se habrían muerto de hambre. Y tú no habrías encontrado un trabajo decente ni en diez años.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Y ¿por qué demonios no eres capaz de quedarte en tu lugar?

—No sé en qué lugar se supone que me tengo que quedar.

—¿Ah, no?

Román negó. Dijo:

—¿Quieres explicármelo?

Mantenia la cabeza gacha, pero hubo un aire retador en su tono que Blasco no pasó por alto.

—¿Me estás pidiendo que te ponga en tu sitio? Si es eso...

—¿Dónde ves exactamente el problema? —preguntó Román—. ¿En que hago demasiadas preguntas o en que me intereso por la gente inadecuada?

Blasco volvió a retreparse, observándolo con gesto autoritario.

—Estás empezando a resultar una caja de sorpresas.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? —Blasco compuso una sonrisa astuta que no eliminaba del todo su irritación—. ¿Sabes?, todavía conservo algunos amigos en Colombia, de cuando Tormo trataba con los cárteles. Él nunca se tomó la molestia de comprobar tu historia. Lo de ese último año, quiero decir. No había ningún motivo para hacerlo. Pero ahora, visto lo visto, estaba pensando... ¿Qué opinas tú? ¿Tendrías inconveniente?

Román no respondió.

Blasco amplió la sonrisa.

—Claro —asintió repetidamente—. Claro. Pero hay que tener cuidado. No siempre lo que averigüemos va a ser algo que nos convenga saber. Yo, por mi parte, tengo mucha curiosidad. En tu caso... No seré yo quien te diga que tienes algo que temer. Pero si fuese tú, dejaría de escarbar en la tierra del gato para comprobar si tiene gusanos, no sé si me entiendes. Creo que aprecias mucho tu empleo aquí. Que has llegado a tomarle cariño al *Gladys*'.

—Es mi trabajo —dijo Román—. Y lo hago bien.

—Pones pasión en ello, desde luego. Eso es algo que admiro.

Román tragó saliva.

—No voy a ser yo —continuó Blasco— quien cuestione los planes que Tormo pueda tener. Al fin y al cabo, ya lo compró pensando en su hijo.

—Pero eso no puede... Tormo no convertiría esto en...

Se interrumpió, mordiéndose el labio.

—¿Por qué no? —dijo Blasco—. ¿Porque te debe algo? Volvemos a lo de antes, Román. No conviene que te des más importancia de la que tienes. Seguirás teniendo un empleo, aunque las cosas cambien.

—Pero...

—Tormo se ocupará de ti, aunque no te mantenga a cargo de esto. Al fin y al cabo... Acabas de demostrar tener otras cualidades que nadie había sospechado que tuvieras. Es posible que nos acabes resultando mucho más útil en otros sectores.

—No... —A Román se le había contraído la garganta. Carraspeó—. Están equivocados si... No puedo hacer eso. Nunca...

—Bueno, bueno... —Blasco se levantó, mostrando una sonrisa condescendiente—. No te adelantes a los acontecimientos. Lo único que digo es... Tú quieres seguir teniendo un hueco entre nosotros, ¿no?

Salió de detrás de la mesa.

—Te dejo tu sitio. Al fin y al cabo, tienes razón. Nadie lo maneja mejor que tú. Solo tienes que acordarte de ello, y de que tu puesto está aquí. Si no quieres que se te haga cumplir otras funciones, sería conveniente que tampoco te esforzases en cumplirlas por tu cuenta, si entiendes por dónde voy.

Se quedó un momento mirándolo, frente a frente.

—Seguro que sí.

Fue hacia la puerta.

—Esta tarde el *Gladys'* puede volver a abrir. No hay ningún motivo para seguir esperando, ¿no crees? Me he tomado la libertad de llamar a una camarera por ti. Ya la habrás visto. —Giró el pomo y se volvió por última vez—. Seguiremos hablando.

Salió.

Román tardó en reaccionar. Se sentó en la butaca. La piel del tapizado estaba todavía caliente y el respaldo ligeramente hundido. Román notó estas cosas al tiempo que miraba las facturas y albaranes sobre la mesa. Los recogió con un único movimiento, sin preocuparse en conservarlos ordenados. Abrió el cajón inferior, tiró los papeles en él y lo volvió a cerrar con furia.

Bajó al vestíbulo.

La persiana metálica estaba subida. A través del umbral, vio a Selena, que había salido a la acera a fumar un cigarrillo. El sol destellaba en su melena rubia.

Los trabajadores terminaban de nivelar la losa, dándole golpecitos aquí y allá con una maza de cabeza de goma. Al pasar junto a ellos, descubrió al capataz fumando. Se detuvo. Lo miró fijamente.

El capataz pareció intranquilo, pero en seguida afectó una expresión de sorna.

—No está permitido fumar aquí dentro —dijo Román.

El obrero lo miró como si le extrañara que todavía siguiese allí.

—Pero, ¿qué dice? Si está cerrado.

—No está permitido.

—Pero si no hay nadie. ¿A quién le va a molestar el humo?

—Da lo mismo. La prohibición no cambia.

—Será una broma, ¿no?

—¿Por qué bromearía con usted?

Los otros dos obreros habían dejado de dedicar su atención a la losa de mármol.

El capataz pegó una calada al cigarrillo.

—Cuando trabajo, tengo que parar a fumar de vez en cuando.

—Puede salir fuera, como ha hecho la camarera.

—Fuera se asa uno, con este calor. Además, tengo que estar aquí para vigilar que estos dos no hagan ningún estropicio. La tía esa podrá fumar donde quiera. No tiene otra cosa que hacer más que rascarse el coño y menear el culo para que se lo veamos.

Sus dos empleados le rieron la gracia.

El capataz dio otro calada. Desvió la vista hacia la losa de mármol, como convencido de que la conversación había terminado.

Román se acercó a uno de los trabajadores y se inclinó para arrebatarse la maza que llevaba en la mano. Todos lo miraron extrañados. Fue hacia el capataz. El hombre retrocedió, dio con la espalda en la pared. Román volteó el brazo y le asestó un golpe en la sien con la cabeza de goma de la maza. El capataz vibró de arriba abajo, igual que si le hubiesen aplicado una descarga eléctrica. La mano se le abrió, dejando caer el cigarrillo. Román se agachó a recogerlo.

Se irguió.

Volvió la cabeza hacia los dos obreros, que no se habían movido, y luego enfrentó de nuevo al capataz. Pegado a la pared, este se presionaba la zona afectada. Sus ojos estaban cerrados. Román dejó que el mango de la maza le resbalase de la mano. Cuando la cabeza de goma chocó contra el suelo, el capataz dio un respingo.

Román se apartó. Fue hacia la luz del sol.

Selena estaba petrificada en la acera. Vio salir a Román con una expresión de temor en su rostro demudado.

—Vuelve a poner el cartel de «Cerrado por reparaciones» —dijo él, lanzando el cigarrillo del capataz a la calzada—. Hoy tampoco abrimos.

## 19

**L**a finca metálica había sido en su momento el edificio más alto de la ciudad. Ocupaba una manzana entera del centro. Las plantas superiores eran más estrechas que el resto, dando la impresión de que un segundo edificio surgía de las entrañas del primero. Dos pasajes peatonales se atravesaban uno al otro en su base, albergando, además de diversos negocios, los patios que accedían a las cuatro escaleras.

Román entró en el pasaje desde una avenida comercial y pasó ante un estanco y una tienda de bolsos antes de llegar al primero de los cuatro portales. Echó un vistazo al portero automático. Siguió andando y comprobó también los interfonos correspondientes a los áticos de los tres patios restantes. Todos indicaban nombres desconocidos para él menos uno que no tenía rótulo.

La puerta del patio estaba abierta de par en par, sujeta por una cuña de madera.

Entró.

Paredes de baldosas blancas y negras y lámpara de araña colgando del techo. Sobre un viejo mostrador de madera labrada, vuelto a barnizar recientemente, descansaba una novela de espías. Estaba esperando al ascensor cuando un hombre de mediana edad, tirando a grueso, en camisa blanca de manga corta y pantalones grises, entró con cierto apresuramiento.

—Disculpe. ¿Busca a alguien?

—Voy al despacho del abogado.

—No hay ningún abogado —le dijo el portero—. Se habrá equivocado de patio.

—¿De verdad?

El portero torció el gesto.

—Muy bien. ¿Os creéis que por no llevar la carpetita y la tarjeta colgada del cuello no me voy a dar cuenta?

Román se mostró confundido. Luego dijo:

—No, ¿eh?

—Os huelo a kilómetros.

—Claro.

—Basta con ver el traje que llevas. ¿Y lo del abogado...? Ni siquiera te has preparado una buena historia.

—Lo tendré en cuenta, la próxima vez.

—Pues ya puedes ponerte a llamar a los timbres desde aquí. Y si alguno te deja subir, tranquilo que ya me preocuparé yo de vigilar que solo lo veas a él. No voy a permitir que molestes a ningún vecino en su casa. Y si no te gusta esa manera de hacer tu trabajo, te puedes largar y decir a tus jefes que no ha habido suerte. Porque...

Se calló al ver a Román sacar su billetera.

—¿Qué pasaría si lo hubiese pillado a usted en el baño? —Le alargó un billete de diez—. ¿O si se hubiese creído que no soy lo que soy?

—Jamás me lo hubiese creído —dijo el portero, lleno de orgullo profesional.

—Claro. Perdona. Pero si no me hubiese visto...

El hombre agarró el billete de la mano de Román. Se lo metió doblado en el bolsillo de la camisa.

—Entonces el portal habría estado cerrado. Si le preguntan, diga que le abrió un vecino.

—Bien pensado.

—Pero si alguien me llama quejándose de usted, tendré que subir a echarle —le advirtió el portero.

—No se preocupe. Nadie va a tener ninguna queja.

—Ya. Seguro.

Román se metió en el ascensor.

Localizó el número del apartamento cuyo interfono no disponía de nombre y llamó al timbre. Esperó un buen rato. Volvió a llamar y esta vez pegó la oreja a la puerta. Había cierta agitación en el interior.

Al poco, oyó:

—¿Quién es?

—Vengo a buscar a Roque. De parte de Blasco. Tiene un mensaje urgente que darle. Sobre su tío.

—Blasco no sabe que tengo este apartamento.

—Blasco sabía que diría usted eso —improvisó Román, hablando alto a través de la puerta—. Me dijo que le contestara que Blasco sabe muchas más cosas de las que usted cree que sabe.

Silencio al otro lado. Luego la voz dijo:

—¿Qué pasa con mi tío?

—No puedo hablar aquí.

—No hay nadie en los otros áticos. A estas horas, los que no se han ido de vacaciones, están en el trabajo.

—Eso lo dice usted. Yo no puedo dejar de tomar precauciones.

Se oyó un suspiro exasperado.

La puerta se abrió.

El joven que había visto en el *Esmeralda y Satén* llevaba encima un albornoz blanco. Los rizos de su cabello estaban alborotados, como si se acabara de levantar de una mala noche. Pero en su rostro no había indicio de sueño.

—Yo lo conozco a usted —dijo—. No estaba ayer en...

Román entró antes de ser invitado. Recorrió un corto pasillo, asomándose a las habitaciones a cada lado.

El baño lujoso, de brillante loza roja y *jacuzzi* bajo el nivel del suelo, se hallaba vacío. Al

lado, un cuarto con un banco de musculación, un saco de entrenamiento y varias pesas arrimadas a la pared. También vacío.

—¡Eh, ¿qué hace?! —gritaba el chico detrás de él—. ¿Qué cojones se ha creído?

Román lo ignoró. Echó un vistazo a la cocina, que se veía nueva, sin cacharros ni vajilla a la vista, salvo algunos vasos de tubo junto a las botellas de bebidas alcohólicas. Pasó al comedor.

En realidad, el comedor no se usaba como tal. Una tupida moqueta color mostaza cubría el suelo y el centro estaba ocupado por una enorme cama redonda. Justo delante de la cama, unas puertas acristaladas daban a un amplio balcón, y, más allá, a una vista de la porción sudoeste de la ciudad. Román vio que la cama tenía sábanas rojas como las del *Esmeralda* y *Satén*. Estaban deshechas. Un extremo de la sábana de arriba ocultaba un bulto.

Roque lo adelantó para enfrentarlo cara a cara.

—¿Se puede saber qué cojones busca? —La agitación le había abierto un poco el alboroz, del que asomaba un torso musculoso y depilado.

Román siguió mirando en derredor.

En un rincón había un carrito con ruedas que hacía de mueble bar. Encima, una cubitera llena de hielos semiderretidos y un par de vasos largos de base hexagonal. Al otro lado del salón, un armario ropero con puertas de listones inclinados y una consola sobre la que descansaba una bandeja de aluminio con restos de polvo blanco.

—¿Tiene compañía? —preguntó Román, señalando el carrito.

—La estoy esperando.

—Bien.

—Ahora me acuerdo de usted. Fue antes de que Carla y Julián se pelearan. Ella lo llamó... Sí. Dijo que usted era un pistolero. ¿Trabaja para Blasco, entonces?

—Solo dirijo un local.

—Ah.

Román se lo quedó mirando con expresión grave, las comisuras de la boca ligeramente apuntadas hacia abajo.

El silencio se hizo incómodo para el chico. Carraspeó y cruzó los brazos con aire impaciente.

—Bueno, ¿qué hay de mi tío? ¿Le ha pasado algo?

—Puede que esté en peligro —dijo Román.

—¿En peligro? ¿Por qué?

—Creemos que han descubierto su escondite. O que están a punto de descubrirlo.

—¿La policía?

—Peor que eso. Gente que lo quiere muerto desde hace tiempo.

—Y ¿cómo...? Creía que casi nadie sabía que estaba allí. ¿Quién se ha podido ir de la lengua? ¿Alguna de las tías?

—Eso intentamos averiguar.

—¿Le habéis advertido?

—Blasco ha pensado que podría hacerlo usted.

—¿Yo? ¿No entiendo por qué...?

—¿Puede llamarlo?

—¿Cómo? ¿Desde mi móvil? Se supone que solo coge las llamadas... Un momento, ¿Blasco le ha dicho que yo podría contactarlo? Eso no tiene sentido.



—Quizás sería mejor que fuésemos a verlo directamente.

—Espere. ¿Cómo sé que usted...?

Enmudeció, mirando a Román con repentina suspicacia.

—Usted no trabaja para Blasco —dijo—. Usted está intentando saber por mí dónde se encuentra mi tío. Hijo de la gran puta...

Román le lanzó un directo a la nariz. Como se hallaba a cierta distancia, el puñetazo no fue muy fuerte, pero hizo retroceder y trastabillar a Roque. Román se le acercó para golpear de nuevo. Esta vez, el chico reaccionó deprisa. Se volvió y salió disparado hacia la cama. Román no le agarró del hombro por escasos milímetros. Roque saltó sobre el colchón, corrió por encima. Tirándose en plancha, Román estiró el brazo y alcanzó a agarrar el faldón del albornoz, que volaba por el aire tras el chico. Roque se vio frenado de la cintura y los hombros. Sus piernas siguieron impulsadas más allá del borde de la cama y terminó cayendo estrepitosamente al suelo. El cinturón se le había desatado. Arrastrándose sobre la moqueta, consiguió sacar los brazos de las mangas y seguir adelante. Se agarró con una mano al borde de la consola y con la otra empezó a abrir el primer cajón.

Mientras, Román había atravesado a gatas el resto de la enorme cama. Dio los tres pasos que lo separaban del chico. Cuando vio donde metía esta la mano, levantó la pierna derecha y lanzó horizontalmente la suela de su bota contra el cajón, cerrándolo de golpe.

Roque soltó un alarido.

Román lo agarró de la mata de pelo rizado. Lo apartó del mueble.

El chico, completamente desnudo, pataleó en el suelo. Logró volverse a medias y embestirlo con el hombro. Ramón cayó hacia atrás. Su espalda chocó contra el lateral de somier. Liberó el pelo de Roque y sintió que se quedaba sin aire. Roque le tiró de la cintura del pantalón para tumbarlo en el suelo. Acucillado encima de él, agarró un almohadón de la cama y con una mueca salvaje se lo puso en el rostro. Hizo presión con ambos brazos, volcando todo el peso de su cuerpo.

La mano derecha de Román subió reptando por uno de los brazos de su agresor. Trató de alcanzar su cara, pero esta quedaba demasiado lejos. Entonces cambió de táctica. Buscó otra cosa con la izquierda. Cuando el chico se vio apresado era ya demasiado tarde para él. La mano de Román habría pulverizado a un pájaro del mismo tamaño reduciéndolo a plumas y huesecillos.

El chillido de Roque fue esta vez mucho más fuerte.

Román se quitó el cojín de encima y vio que la cara de su oponente, retorcida en una caricatura del dolor extremo, había descendido a un par de palmos de la suya. Le asestó un derechazo al pómulo que lo derribó de costado.

Entonces soltó su presa. Esperó a recuperar del todo el aliento.

Sabía que el chico no iría a ninguna parte ni haría nada durante un rato.

Cuando ya sintió que empezaba a respirar con fluidez, se volvió y se puso de rodillas.

Roque gimoteaba en posición fetal. Se le habían llenado de mocos los agujeros de la nariz y en uno se formaba y explotaba una burbuja intermitentemente. Se cubría la entrepierna con ambas manos. De entre dos dedos le salía un hilillo de sangre.

—Vale —dijo Román—. Dime dónde está Armando.

—Jó...

—¿Qué?

—Jódete.

Román inclinó la cabeza con aire fatigado, las manos apoyadas sobre la moqueta.

—¿Quieres que te obligue?

—Haz... lo que quieras. Tú ya estás... muerto. Estás muy... muerto.

Román exhaló el aire de sus pulmones doloridos. Compuso una mueca trágica.

—Supongo... No me vas a decir lo que quiero saber, ¿verdad? Conozco la manera, pero... Hace mucho que yo no... Quise perder la costumbre. Todo lo que quería era... Casi preferiría matarte. Aunque no me dijeras nada.

—Jódete. Me puedes arrancar la polla del todo, si quieres. Con lo que me has hecho, ya estás muerto, ¿lo entiendes? Soy el sobrino de Armando Alarcón, hijo de puta. Soy el puto sobrino... Estás muerto.

—Sí —replicó él—. Eso ya lo has dicho.

El albornoz, hecho un guiñapo en el suelo, estaba al alcance de su mano. Lo revolvió hasta hacerse con un extremo del cinturón y tiró de este hasta sacarlo de las presillas.

Entonces se montó a horcajadas sobre el chico. Le separó la cabeza del suelo y le pasó la tira de toalla por detrás para rodearle el cuello.

Roque balbuceó algo. Se sacudió un poco.

Tirando de los dos extremos del cinturón, Román separó las manos, cerrando el cerco. Los brazos de Roque se tensaron al unísono de los suyos. Pero ya no estaba en condiciones de resistirse. La boca muy abierta, la piel de su rostro enrojeció deprisa. El esfínter se le contrajo y luego se le dilató y un reguero de heces salió escupido sobre la moqueta.

Después de que el cuerpo dejara de moverse, Román aún mantuvo la presión durante más de un minuto. No quería que el chico quedase simplemente inconsciente. Dándose por satisfecho, se puso en pie. Recogió el cinturón, lo enrolló en torno a su mano y se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Pasó un pie por encima del cadáver y se apartó sin querer dirigirle una sola mirada más. Estaba sudando y respiraba agitadamente. Se apretó el nudo de la corbata, se metió bien la camisa por dentro del pantalón y se ajustó la chaqueta sobre los hombros. Antes de dejar el apartamento, se estudió en el espejo de cuerpo entero que había en el recibidor. No se vio ninguna mancha de sangre. Pero sabía que en su estado tampoco podía fiarse mucho de su percepción. De todos modos, salió.

Nada más cerrarse la puerta del piso, el armario ropero que había en el salón dormitorio se abrió de par en par. Carla saltó del interior. Al igual que el cadáver tirado a sus pies, estaba completamente desnuda. Se llevó una mano a la boca, encogiendo los hombros con gesto espasmódico. Había podido ser testigo de parte de la escena a través de los intersticios de los listones del armario, y suponía que Roque estaría muerto. Pero no había alcanzado a verlo hasta ese momento y la visión la sobrecogió. Bajó la mano hasta cerrarla en torno a su propio cuello y se mordió el labio, los ojos como platos. Cuando logró despegar la mirada, contempló la ciudad más allá del balcón, el violento azul del cielo soleado. Luego observó la entrada del pasillo, al otro lado de la estancia.

De pronto, tan súbitamente como había salido del armario, se abalanzó hacia la cama y apartó el extremo de la sábana que ocultaba su ropa. Para no perder tiempo, hizo caso omiso de las prendas íntimas. Se puso la mini-falda y la camiseta de tirantes. Agarró el sujetador y las bragas,

pero estas últimas se le cayeron con la agitación. Buscó sus sandalias bajó la cama. No las vio. Tampoco podía recordar dónde las había dejado, así que decidió pasar de ellas. Sin embargo, sí hizo una última cosa. Abrió del todo el cajón de la consola que Roque había luchado por alcanzar y sacó una pistola automática Walther PPK y un cargador extra.

Salió al rellano. El panel sobre la puerta del ascensor indicaba que la cabina se hallaba a mitad camino de la planta baja.

Se lanzó escaleras abajo, saltando los escalones de tres en tres con los pies descalzos. La pistola, el cargador y el sujetador apretados contra el pecho, debajo de su camiseta.

Cuando bajó los veintidós pisos, se había quedado sin aliento y los talones le dolían de tanto aterrizaje. Pasó como un rayo frente al boquiabierto portero y salió al pasaje peatonal. Desesperada, se volvió a un lado y a otro.

Román casi había alcanzado ya la salida a la avenida.

—¡Eh! —Carla gritó tan alto que todo el mundo se volvió a mirarla.

Incluido Román, quien vio a la chica llegar hasta él en un abrir y cerrar de ojos.

—Puedo ayudarte —le soltó ella—. Si tú prometes ayudarme a mí.

—¿Cómo? —preguntó, sin mostrar excesiva sorpresa.

—Sé algunas cosas. Sobre escondites.

—No me fío de ti.

Carla compuso un mohín.

Se sacó la mano de debajo de la camiseta, enseñándole la culata de la Walther.

—No eres muy listo, ¿verdad? Has visto que Roque buscaba en el cajón y luego no se te ha ocurrido mirar. Tonto... Me juego lo que sea a que esto te vendría muy bien.

Román volvió la cabeza para comprobar que nadie hubiese prestado atención al gesto de la chica.

—Sígueme.

Carla sonrió extasiada.

## 20

**E**l cuerpo de Roque fue izado a un palmo del suelo, desplazado medio metro y depositado sobre el plástico extendido en la moqueta. Paco soltó los pies y respiró fatigado, viendo cómo Hernán comenzaba a envolver el cadáver.

Blasco había salido al balcón. No soportaba el olor del cuarto. Se inclinó por encima de la barandilla y vio las terrazas sobre la parte más ancha del edificio, algunos pisos por debajo. En una de ellas, una mujer tomaba el sol en bikini sobre una tumbona, junto a una piscina hinchable en la que flotaban una pistola de agua y un corcho salvavidas. El bikini de la mujer era amarillo y reclamaba tanto la atención como un chaleco fluorescente en un velatorio. Blasco experimentó una punzada de deseo. Disgustado, alzó la vista hacia la porción de ciudad que se extendía delante de él. Al fondo, donde la urbe terminaba, los descampados, las vías de ferrocarril y las viejas fábricas aparecían desvaídos en una calina apática. La puerta de cristal se deslizó detrás de él.

—He venido en cuanto he podido —oyó—. Menuda peste.

Se dio la vuelta.

—Tu amigo se cagó encima.

—Joder.

Julián encendió un cigarrillo. Se acercó a la barandilla, recorrió el horizonte meneando la cabeza de lado a lado.

—¿Estás seguro de que ha sido el tío ese? No puedo creérmelo.

—Ha sido él.

—Lo vimos ayer en el *Esmeralda y Satén*. Me acuerdo de que se iba justo cuando...

—¿Cuando qué?

—Nada. Una tontería.

Blasco vio pasar una gaviota por delante de ellos.

—En el fondo —dijo—, estaba esperando que saliese con algo así.

—Pero ¿por qué cobo lo ha hecho?

—Tú no sabes nada de él, ¿verdad?

—¿Aparte de que lleva el *Gladys*? ¿Qué más hay que saber? No me jodas que está cabreado porque mi padre me vaya a dar el club. Si es por eso...

—Tranquilo —le cortó Blasco—. Todavía no eres el ombligo del mundo.

Julián tragó saliva. Dio una calada al cigarrillo y bajó la cabeza. Descubrió a la mujer del bikini amarillo y su vista se centró en ella durante un rato. Una máscara de irritación se afirmó en sus rasgos faciales. Dio unas cuantas caladas más y luego, colocándose la colilla transversalmente entre la yema del pulgar y la uña del índice, la lanzó. Había apuntado al centro de la piscina, aun sabiendo que a tanta altura sería un blanco imposible. Antes de comprobar el resultado, dijo:

—Voy a ver cómo van.

Pasó al salón dormitorio, dejando la puerta descorrida para que se fuera el olor.

Paco y Hernán habían terminado de meter el cuerpo plastificado en una gran bolsa de lona en la que se leía el nombre de una cadena de lavanderías.

—Tendremos que arrancar un trozo de moqueta. Por la sangre y la mierda. No hay otra.

—Pues arrancadlo —soltó Julián, encogiéndose de hombros.

Los otros dos se miraron.

—Vamos a bajar esto antes —dijo Paco.

Agarraron cada uno un asa de la gran bolsa y avanzaron con ella hacia el pasillo.

Julián se paseó por la estancia. Arrugó la nariz ante la cama deshecha y las manchas que se veían en el centro. Las láminas de desnudos le recordaron el *Esmeralda* y *Satén*. Sonrió para sí. Roque había tenido tan poco criterio propio que a la hora de decorarse el picadero no se le había ocurrido más que imitar el estilo de su burdel habitual.

—Así que un ático, ¿eh, cabrón? —murmuró—. Qué calladito te lo tenías.

Iba a dar un paso largo para evitar la defecación de su amigo cuando sus ojos se clavaron en las bragas tiradas en el suelo. Se agachó y las tomó entre los dedos. Vio los dos lacitos rosa en la parte de delante, bajo el borde ribeteado. Se le formó un nudo en la garganta.

Oyó pasos en el balcón. Alzó la vista de súbito, y rápidamente, sin habérselo pensado, hizo una bola con las bragas y las cerró en su puño. Se las metió en el bolsillo del pantalón.

Blasco no dio muestras de haberlo visto. Parado en el umbral, tenía el semblante reflexivo.

—¿Tú tampoco sabías de este sitio?

Julián negó con la cabeza. Le costaba hablar.

—Por fortuna, Roque sabía lo que se hacía. Le había dado mi número al portero diciendo que si alguna vez veía algo raro, me llamase en seguida. El hombre vio salir a la chica que había subido con él. Dice que le extrañó mucho el ver que bajaba por las escaleras, que iba descalza y que corría como si el edificio estuviera en llamas. Así es como lo ha dicho. Muy novelesco, ¿no? Sin embargo, no ha llegado a darme una descripción de la chica. ¿Quieres que se la pidamos, ahora al bajar?

Julián carraspeó. Quiso encogerse de hombros pero le salió un gesto raro que apenas tenía significado. Se daba cuenta de que Blasco lo estaba tanteando.

—Puede ser cualquiera. Roque se lo tiraba todo.

—Ya. Pero esta tuvo que ver al asesino.

—Y ¿qué coño importa? Si ya sabes quién es...

—Tenemos que avisar a tu padre cuanto antes —dijo Blasco, desechando el asunto—. Él es el único que puede contactar con Armando para alertarlo. Es muy posible que Roque haya hablado y que Román esté de camino a la casa de la playa.

—Aún tardará en llegar.

—No tanto.

Blasco atravesó al salón dormitorio sin añadir nada más. En el rellano se cruzó con Paco y Hernán, que salían del ascensor.

—Aseguraos de que no quede nada. Si quitáis toda la moqueta, mejor que si solo quitáis un trozo. Resultará menos sospechoso.

—Podemos tirarnos aquí hasta mañana, para arrancarla toda —se quejó Hernán.

Blasco no se dignó a responderle.

Las puertas del ascensor empezaban a cerrarse con él ya dentro cuando Paco volvió sobre sus pasos y las bloqueó con la mano.

—Se me olvidaba comentártelo —dijo—. Lo venía pensando al subir. Como has mencionado a Román...

—¿Qué pasa?

—Justo ayer me llamó para preguntarme por la mujer de Sebas, el camionero. ¿Te acuerdas de él?

—Sí. Sigue en la cárcel.

—Por eso. Román me preguntó si la tía cobraba pensión.

Blasco se mostró alerta.

—¿Y?

—Le dije que la había estado cobrando. Pero que luego Tormo la había metido a currar en la estación de autobuses. Román me salió con que solo quería preguntarle por el marido. Pero ya me sonó bastante raro.

—Ve a verla —ordenó Blasco—. Entérate de qué quería Román y de qué le contó ella. Y me llamas en cuanto lo sepas.

—Ok.

Paco dejó que las puertas se cerrasen.

## 21

**C**onforme el cielo oscurecía, la línea de horizonte en el mar se iba desvaneciendo. Por la autovía, las luces de los coches cobraban mayor intensidad.

Román adelantó a una fila de camiones y volvió al carril de la derecha, manteniéndose ligeramente por encima de los ciento veinte kilómetros por hora.

—Ya no falta demasiado para el pueblo —dijo Carla—. Creo que me acordaré de cómo se llega desde allí. —¿Crees?

—Hace la tira que no vengo.

—Pero ¿sabrás llegar?

—Que sí, hombre.

Una serie de edificios desfilaron a la izquierda, ocultando el mar.

—Entonces, ¿vas a ir a por ellos?

—Aún no sé lo que voy a hacer —respondió él.

—Pero me ayudarás a exprimir a Julián, ¿no? Ese es el trato.

—Ese es el trato.

—O a su padre, me da igual. Para el caso... Ese marica se cree que me puede dejar en la calle sin un céntimo, después de haberme tratado como a una más de sus putas... ¡Menudo gilipollas! Él bien que me ha metido en sus tríos y se ha follado todo lo que ha querido. Y solo con que yo mirase a un tío más de dos segundos... No veas la de casinos que me montaba. ¡Boh! ¿Por qué te crees que Roque me ha hecho entrar en el armario? Ha sido oír el timbre y ponerse paranoico. Que si seguro que es él, que si alguien le habrá chivado lo del ático... Yo creo que Julián se lo olía, no te voy a engañar.

Los faros del coche iluminaron el cartel que anunciaba un desvío próximo.

—Ya llegamos —dijo Carla—. Yo viví un tiempo allí, ¿sabes?

Román siguió aferrando el volante en silencio.

—Es el primer sitio donde estuve cuando me trajeron de Turín. Hace por los menos... Dos años. Ahí es donde hacían los videos que producía Julián. ¿Has visto alguno?

—No.

—Pues si hubieses visto alguno, habrías visto la casa. Y a lo mejor me habrías visto a mí. — Se volvió a medias hacia él—. Aunque yo solo salía en unos pocos, claro. Por ahí pasaban

montones de tías. A la mayoría las tenían solo unos días. Las usaban para cuatro o cinco videos y luego se las llevaban a otra parte. En el *Esmeralda* y *Satén* me he encontrado a algunas. Menudo cambio. Claro que seguro que hay sitios peores que el *Esmeralda*.

—Claro.

—Pero a mí no me movían, no. Lo menos cuatro o cinco meses, estuve. Desde mayo hasta septiembre. Una cosa así. Y yo toda rayada, preguntándome: «¿Bueno, aquí qué pasa? ¿Me estoy convirtiendo en una estrella de cine y nadie me lo quiere decir?» Porque no sería la primera vez, ¿sabes? Una tía empieza a hacer un montón de pasta en internet y los muy cabrones no se lo cuentan para que ella no les vaya con la peste bajo la nariz a exigirles más. Pero ya te puedes imaginar por qué era, ¿no?

—No.

—Pues por ese gilipollas, ¿por qué iba a ser? El niñato se pasaba por ahí cada dos por tres. Para vigilar sus inversiones, decía. ¡Boh! Sus coñitos, iba a vigilar. Se cree que tiene cabeza para el *business*, pero solo tiene cabeza para los coños.

Observó a Román, que no apartaba la vista de la carretera. Apoyando la espalda en el cristal de la ventanilla, subió los pies descalzos y sucios al asiento y mantuvo las piernas cerradas junto al respaldo. Los dedos de su pie derecho empezaron a jugar con el cambio de marchas, que llevaba un rato fijo en la quinta.

—Un día voy y se lo pregunto al que hace los videos. No había dicho nada antes porque estaba bien allí. No me podía quejar; tirada al lado de la piscina todo el santo día, paseando por la playa y haciendo lo que me daba la gana. Algunas de las chicas eran unas guarras y me daban por el culo con sus gilipollecas, pero eso pasa en todas partes. De normal, estaba bien. Y no quería preguntar porque pensaba: «A ver si por abrir la boca, la cagas y te largan a otra parte». Lo que pasa es que al final empecé a aburrirme. Y encima, se acababa el verano. Imagínate lo que se podrá hacer allí cuando no haga calor. ¡Boh! Así que le pregunto al director y me entero de que no me mueven porque el tonto del productor se ha encoñado conmigo. Pues anda que me ha follado ya veces, y se ha montado tríos conmigo y con alguna otra guarra. Pero yo creía que le daba igual ocho que ochenta, ¿entiendes? Y resulta que el tío se me quiere seguir follando a mí sobre todo. Y, ¿qué hago? Pues le hecho cojones y la siguiente vez que viene a la casa, le digo: «Sí quieres que sea tu chica fija, será mejor que me lleves a la ciudad, porque estoy hasta el coño de tanta playa y tanta piscina y se me va joder la piel de tanto amuermarme al sol». Yo creía que me mandaría a la mierda. Pero en vez de eso, dijo que vale y me llevó a su casa y me presentó a su padre. ¿Qué te parece? Supongo que tampoco se le puede culpar, ¿no?, por haberse enamorado de esto. ¿Tú qué crees, sinceramente?

Separó las rodillas, haciendo que la minifalda se le subiese hasta la cintura.

Román no pudo evitar girar la cabeza para echar un vistazo. En menos de medio segundo, había devuelto la vista al frente y aferraba el volante con más fuerza.

La chica estalló a carcajadas. Juntó las piernas y se retorció en el asiento sin parar de reír. Cuando se hubo tranquilizado, volvió a separar los muslos y se pasó las uñas por entre el vello rizado y oscuro.

—A mí me gustan con pelo, ¿y a ti? Julián, como es un niñato, me quería depilada. Pero yo, para joderlo, me lo dejé crecer. Se subía por las paredes, cuando me decía que me afeitase y yo pasaba de su cara. Una vez basta se puso a romper cosas. ¡Ja! Yo creo que los hombres a los que



les gusta depilado en el fondo son unos pedófilos latentes. ¿No estás de acuerdo conmigo?

Román metió la cuarta, obligándola a apartar el pie de la palanca de cambio. Carla se volvió a encoger de la risa. El coche tomó el desvío a la derecha.

—Espero que me sepas indicar el camino —dijo él.

—Tranquilo, pistolero —respondió ella, afectando una voz varonil—. Verás al enemigo antes del amanecer.

El desvío les hizo dar una vuelta ascendente y pasar sobre un puente que cruzaba la autovía. Al bajar, se incorporaron a la carretera que avanzaba pegada a la costa. La población turística apareció a poca distancia. La carretera atravesaba la primera línea de playa, entre un paseo peatonal flanqueado de palmeras y los bloques en los que resplandecían neones de restaurantes, *pubs* y discotecas. Una multitud en ropa veraniega abarrotaba las aceras. Las farolas de lámparas esféricas esparcían un halo lechoso sobre las parejas que se movían lentamente por el paseo.

En seguida dejaron atrás las luces multicolores y recorrieron el flanco de un pequeño puerto deportivo.

—Sigue adelante —dijo Carla—. No falta mucho.

—¿Estás segura de que seguirá escondido ahí?

—Hombre, segura, segura no puedo estar, ¿no? Pero casi. Poco antes de que Julián me sacara, Armando había llegado para quedarse. Yo ya lo conocía, porque había venido algunas veces con Julián y con Roque para montarse sus fiestecitas con nosotras. A algunas tías, Armando les daba miedo. Por la pinta de bestia que tiene y eso. Yo solo me lo tiré una vez. Tampoco fue gran cosa. No sabía nada del rollo que se llevaban, aparte de que ponían la pasta para los vídeos y demás. Pero luego, claro, me enteré de todo y supe que Armando estaba en busca y captura. Así que me dije: «Vale, por eso el cabrón se había venido a vivir a la playa; no solo para tener coñitos alrededor las veinticuatro horas».

—Ya.

—Dormía en la segunda habitación de arriba. No creo que haya cambiado. Era la más grande.

La carretera se curvó suavemente, separándose del arenal, para sortear un montículo coronado por pinos y matorrales. A ambos lados, empezaron a surgir grandes casas valladas con piscina y garaje.

—Dentro de poco tenemos que ver el desvío —avisó la chica—. Ahí está.

Giraron por un camino asfaltado que ascendía serpenteando entre pinos de vuelta a la costa. Los faros hacían de los troncos rayas blanquecinas trazadas en la oscuridad. De repente, volvieron a ver el mar, al acercarse al borde de un acantilado. Continuaron paralelos a este hasta que el camino se apartó de nuevo para comenzar un descenso largo y sinuoso. Carla dijo que ya casi estaban. No habían visto ninguna casa desde que abandonaran la carretera. Seguían descendiendo cuando la vegetación se abrió para dejar a la vista una pequeña cala, marcada como una blanca C invertida a la luz de la luna. Junto a la cala había una construcción de diseño moderno, compuesta de dos bloques cuadrados de paredes blancas. El bloque más pequeño estaba adelantado, sobresaliendo por un lado de la fachada del grande, frente a la cual relucía el rectángulo de agua de una piscina. De la casa no salía ninguna luz. Román apagó los faros y dejó que el coche se deslizara lentamente por el final de la pendiente. Se separó del camino para rodear la valla de listones blancos que cercaba la propiedad. La cancela de entrada se hallaba mirando hacia la cala.

—Espera aquí —dijo, tras haber detenido el motor—. Si lo ves salir antes que yo, toca el

claxon.

Carla lo vio sacar la llave del contacto para guardársela. Iba a protestar pero se abstuvo. Luego vio que Román se inclinaba hacia ella y experimentó una leve sacudida. Pero era la guantera lo que él buscaba. Sacó la Walther PPK y el peine cargador extra.

—Es la pistola de James Bond —dijo ella—. Roque me lo dijo como cincuenta mil veces. Era un fanático de James Bond.

Román ignoró el comentario. Salió, cerró la puerta y rodeó el morro del coche. Pensó que tendría que saltar la valla, pero al empujar la cancela descubrió que se corría hacia un lado. La abrió lo suficiente para entrar.

El agua de la piscina reverberaba con el brillo de la luna. La fachada de la sección principal del edificio estaba dominada por un amplio y único ventanal, hundido bajo un porche de unos dos metros de profundidad.

Román no podía ver el interior a oscuras. Pero desde el interior podrían fácilmente verlo a él.

Se guardó el cargador extra en el bolsillo trasero del pantalón y avanzó pistola en mano, moviéndose en zigzag, aprovechando las palmeras enanas plantadas en el terreno como protección ocasional. Pasó junto a la piscina y llegó a la puerta de entrada. Probó la manilla. No estaba cerrada con llave. Con la automática apuntada al frente, abrió muy despacio y se asomó al interior.

El salón tenía tamaño suficiente como para albergar dos viviendas modestas. La luz de la luna que atravesaba el cristal iluminaba un espacio del mismo estilo minimalista del exterior. Los reflejos de la piscina fluctuaban sobre los muebles y las paredes desnudas. La mitad más cercana a la entrada tenía el suelo cubierto por gruesas alfombras grises, y sobre estas, en el centro, había dos grandes sofás en forma de L con *chaise longue*, tapizados en negro, colocados uno frente a otro formando un cuadrado abierto en dos de sus esquinas. Entre los dos sofás había espacio para que durmiese un equipo entero de fútbol. En la otra mitad del salón había una gran mesa de cristal rodeada de sillas plateadas, una pantalla de televisión gigantesca y una escalera de caracol que ascendía hasta la galería de la planta superior.

Román esperó a que sus ojos terminaran de acostumbrarse a la baja luminosidad. La primera alfombra acalló sus pasos.

Fuera, Carla miró la hora en su móvil por quinta vez. Había puesto el aparato en modo avión para evitar que los pudiesen localizar a través de su señal, y ahora se preguntaba si Román habría tenido la sensatez de hacer lo mismo. Seguía sin parecerle demasiado inteligente.

Y lo nervioso que se había puesto antes, cuando le había enseñado el coño...

¡Boh!

Claro que con todos era igual, de una manera o de otra.

Al pensarlo siempre se acordaba de aquel libro. Lo había leído estando allí, precisamente. Y eso que casi no había vuelto a leer nada desde Turín. Antes le había gustado coger alguna novela de vez en cuando, pero en España ya no lo hacía porque leer en castellano le daba una pereza enorme. Sin embargo, esa vez había pasado por la casa una tía de Génova que traía en la maleta algunos libros en italiano, y Carla le había pedido que le recomendara uno. El libro que la genovesa le había dado iba de una chavala secuestrada por un tarado mental. El tío no quería hacerle nada malo, en principio. O eso se creía. Lo único que esperaba era que la tía, viéndolo todos los días, se acabara enamorando de él. Algo muy normal. El caso es que una parte del libro era como el diario de la tía; las cosas que escribía estando encerrada, sus pensamientos y demás.

A Carla la tía le había caído bien al principio, pero en esa parte, cuando se la conocía mejor, se daba cuenta de que ya no le caía tan bien. Para empezar, iba muy de artista y se creía superior, metiéndose con la gente normal, a la que el arte le importaba tres pepinos, y cosas así. Una cretina. Y además, resultaba que estaba encobada de un pintor viejo verde que por lo que contaba se veía de lejos que era igual de capullo que el memo que la había secuestrado.

Pero lo que se le había quedado grabado era una cosa que pensaba la chica después de haberle estado dando vueltas al asunto, al tema de cómo se comportaban los tíos y todo eso. Y era algo así como que los hombres que eran inteligentes debían por fuerza de despreciarse a ellos mismos. Nada más leer eso, Carla había tenido como una revelación. Y había pensado: «¡Joder, cuanta razón tienes, tía!». Porque, en verdad, no hacía falta calentarse mucho la cabeza. La cosa para los tíos era una cuestión de supervivencia. Si de verdad tuviesen la sesera necesaria para darse cuenta de lo patéticos que eran, simplemente no lo podrían soportar. Será el fin, para ellos.

Ahora su nuevo imbécil estaría allí dentro, buscando a Armando para preguntarle lo que fuese que le quería preguntar. No había sido muy claro al respecto, cuando ella lo había tanteado, pero eso le daba igual. Todos tenían sus cosas. Y al final, las razones por las que se perseguían y se mataban eran mucho menos interesantes de lo que una habría imaginado. Volvió a mirar hacia la casa. Los destellos de la piscina se advertían de tanto en tanto entre los listones de la cancela.

Le entraron ganas de verla, de meter aunque fuera el pie en el agua, como había hecho tan a menudo en aquel verano de hacía dos años. De pronto, empezó a sentirse nostálgica, recordando los meses que había pasado en aquel lugar, sin apenas alejarse de la playa cerrada entre acantilados ni de la horrible pinada de atrás. No había estado mal. Se había tenido que tirar a algún que otro tío que le disgustaba, pero en general la mayoría eran aceptables. La nevera había estado siempre llena. Lo raro es que no se hubiese puesto como una jodida vaca, de tanto helado y tanto refresco. Y había tenido cocaína gratis como para machacarse el tabique hasta veinte veces seguidas.

Bien pensado, después de los dos años con el cretino de Julián...

Joder, qué de mala hostia la ponía ahora pensar en eso.

Vale que ella se había puesto hasta arriba y la había liado en el puticlub. Pero tanto tiempo aguantando sus chorradas de niño mimado para que al final la largase por... Claro que eso habría sido una excusa. En realidad, llevaría tiempo queriendo librarse de ella, y la pelea en el *Esmeralda y Satén* le habría venido de perlas para mandarla a la mierda. Pero hacerlo sin una compensación, después de lo que ella le había dado en calidad de servicios... Vamos, se había comportado como un chulo barato, no como el mafioso con clase que aspiraba a ser.

Los brillos fugaces del agua se seguían colando por entre los barrotes lisos.

Ahora le parecía que cualquier minuto pasado tras esa valla había sido mejor que todo el tiempo en compañía de ese gilipollas. Hasta el mismo Julián había parecido ser otra cosa allí dentro.

Abrió la puerta del coche.

La fresca brisa del mar le agitó los cabellos cortos. Parapetada tras el vehículo, contempló la parte alta de la casa, que se elevaba por encima de la valla. Al rato, rodeó el coche y atisbo por entre los listones. El amplio ventanal era un rectángulo de negritud que reflejaba débilmente algunas palmeras enanas y en el que el brillo de la luna en la piscina creaba un espejismo de manchas en movimiento.

Román tardaba. Supuso que habría encontrado a Armando y lo estaría torturando. Para eso sí le parecía fiable. Todo fuera que no se comportase ahora también de modo chapucero y se lo cargase antes de sonsacarle la información. Claro que también era posible que el tío no siguiese allí. En tal caso, ya le tocaría a ella calentarse la cabeza para que Román cumplierse con su parte del trato a pesar de todo.

Fuera cual fuera la situación, no parecía muy probable que de la casa pudiera salir nada que la disturbase.

Y los equívocos reflejos en el cristal parecían llamarla como los cánticos de un banco de sirenas.

Trasapó la cancela.

El borde de la piscina estaba al nivel del suelo, ligeramente inclinado hacia dentro. De vez en cuando, se oía el ruido sordo del agua aspirada por el *skimmer*. Carla alzó un pie, poniendo el empeine en línea recta con la pantorrilla y dejó que sus dedos rozasen apenas la superficie para comprobar la temperatura. Luego fue hundiéndolo poco a poco hasta el tobillo. Lo hizo girar bajo el agua. Volvió a mirar hacia el ventanal, mordiéndose un dedo con aire indeciso. Al fin, empezó a desabrocharse el cinturón. Dejó caer la mini-falda alrededor de sus pies y la apartó a un lado. Se quitó la camiseta y la tiró sobre una tumbona.

Entonces ya no volvió a actuar con cautela. Se lanzó de cabeza al agua con una gracilidad de delfín y empezó a nadar a braza. La piscina no era demasiado grande. Carla se sorprendió de su capacidad para predecir el momento en que se iba a encontrar con la pared y debía efectuar el giro. Su mente seguía acostumbrada a aquella distancia tanto como lo había estado dos años atrás. Igual que montar en bici. Volvió al punto en el que había saltado y dio la vuelta. Cuatro, cinco brazadas y... Una mano la agarró brutalmente de la nuca.

En un abrir y cerrar de ojos se vio sacada del agua y elevada en el aire, su cuerpo sacudiéndose como el de un pez enganchado a un anzuelo.

## 22

Román abrió el armario de la sexta y última habitación. Todas las había encontrado vacías. La segunda contenía prendas de vestir que podían pertenecer a un hombre de las dimensiones de Armando. Pero eso no tenía por qué significar nada. Encendió la linterna del móvil, poniendo cuidado en que la puerta del armario hiciese de pantalla entre la luz y la entrada del cuarto. Vio cajas con material de iluminación, varios trípodes, rollos de cable amontonados.

Volvió a cerrar y salió a la galería. Desde la balaustrada se veía, a través del ventanal de abajo, el suelo de baldosas de pizarra del porche y una franja del césped que lo separaba de la piscina. No se oía ningún ruido, más allá del rumor de la resaca en la playa y el chirriar de los grillos en el terreno de matorrales que ascendía hasta la pinada.

Bajó la escalera de caracol y fue hacia el lado interior del salón. Había un corto pasillo con una puerta a cada lado. Una daba a un cuarto de baño inmenso. La otra, a la cocina. Encontró la nevera y la despensa llenas.

La puerta metálica al final del pasillo, que daba acceso a la casa por detrás, se hallaba cerrada con llave. Cabía la posibilidad de que Armando, oyéndolos llegar, hubiese salido por allí a toda prisa. Volvió al salón. El acceso al bloque más pequeño adosado al flanco sí estaba abierto. Se trataba de un garaje. Dentro, vio un BMW azul, limpio y no muy usado, con las cubiertas de los neumáticos prácticamente nuevas. Lo abrió y miró en la guantera. Lo papeles estaban a nombre de un desconocido. Volvió a salir y se quedó mirando por el ventanal hacia la playa.

Todo seguía tranquilo. La silueta de su coche se adivinaba a través de la celosía de la cancela, y detrás, la luna se reflejaba en el mar.

Si el hombre había salido, podía haber ido hacia la pinada, agazapado tras los arbustos, o salido al mar y nadado hasta la playa de la localidad. O podía estar escondido ahí fuera. Con un arma.

Pero si Armando huía de alguien, era de la policía. Y a la policía no la esperaba dispuesto a presentar batalla.

Salió de la casa.

Al acercarse a la valla, vio que la cancela estaba ahora más abierta que cuando él había

pasado. Alzó la pistola y se asomó al exterior. No vio a nadie dentro del coche.

Se volvió. Justo a tiempo de percibir el movimiento. En uno de los conjuntos palmerales, cerca de la piscina. Se lanzó a tierra. La bala resonó como una campanada en el listón de la cancela.

Desde el suelo, Román disparó. Una palma se desprendió de su tronco. Román siguió rodando. Dos balas se incrustaron en el terreno a su lado. Llegó a la primera de las palmeras enanas y se apostó detrás. Siguió tumbado panza abajo, el brazo estirado hacia un posible blanco.

—¡Voy a salir! —le gritó una voz—. ¡Será mejor que no dispares! ¡Tendrías que agujerear a tu amiguita para darme a mí!

De detrás del conjunto de palmeras, vio aparecer dos siluetas superpuestas.

—Puedes venir —dijo el hombre—. Solo he disparado para advertirte de que no me jodieras. Tormo no quiere que se te toque. Yo te reventaría la sesera aquí mismo, pero él tiene sus debilidades.

Román se levantó. Se acercó a las siluetas. Pronto distinguió a Carla, totalmente desnuda, usada como escudo por un hombre alto y muy fornido en pantalones cortos y polo *beige*. Su corpulencia y la claridad de su ropa hacían de él un buen blanco tras el cuerpo menudo y delgado de la chica. Román no se aprovechó de ello, por el momento.

El hombre llevaba perilla, tenía una calvicie más que incipiente y su cara a la luz de la luna aparecía marcada por cráteres y profundas arrugas. Hacía diez años que no lo veía y había cambiado mucho, pero Román supo que se trataba de Armando Alarcón.

Carla estaba quieta. Tiritaba. Su piel pálida aún brillaba por el agua. Armando la aferraba con una mano del cuello y la apuntaba a la cabeza desde arriba con una automática Magnum de gran tamaño.

—Tira la pistola al suelo.

—No —dijo Román, el arma floja a su costado.

—No seas imbécil. A ella sí puedo matarla.

—Me da igual.

—¡Eh! —gritó Carla—. ¿De qué vas? Tú y yo estábamosgggh...

Armando la silenció aumentando la presión en el cuello.

—¿Qué te ha pasado? —dijo—. ¿Tenías que aprender a pensar precisamente ahora, cuando las cosas te iban tan bien?

—¿De quién fue la idea de usarme?

—¿Usarte? ¿Es que no te dejaste usar tú mismo, desde el principio?

—Usarme de señuelo. Para que tú pudieses pasar el cargamento grande. Nadie me habló de eso.

—Nadie te habló de eso.

—Fue tuya, ¿verdad?

—Que si fue mía. ¿Por qué todo el mundo da siempre por sentado que yo soy el hijo de puta y Tormo, el santo? ¿Me lo quieres explicar?

—Estabas en el aeropuerto de Medellín cuando me detuvieron. Subirías al mismo avión que yo iba a coger.

—Bien por ti.

—Entonces, la idea tuvo que ser tuya.

—¿Y qué? ¿Crees que él tuvo algo que decir?

Román no pronunció palabra.

—Al principio, íbamos a mandarte a por unos kilos. Poca cosa. Luego se nos presentó la oportunidad de comprar más. Lo que habíamos estado esperando desde que salimos de la cárcel. De repente, teníamos el dinero y los contactos y un acuerdo si la cosa salía bien. No tan grande como lo que busca ahora Tormo con los calabreses, pero lo bastante grande. Y solo te teníamos a ti para traerlo.

—Me prometisteis que todo iría bien.

—Claro. Y Tormo lo iba a dejar así. Hasta que le hice ver las cosas como eran. Lo que podíamos perder si la cagabas. Y, joder, estaba claro que la ibas a cagar. Tendrías que haberte visto, en *La parada de los elefantes*. No eras capaz de estar tranquilo allí, imagínate en el aeropuerto. Así que no me costó convencerlo, ¿entiendes? Eso es lo que te tienes que meter en la sesera, que no me costó convencerlo.

—¿Qué hicisteis?

—Nosotros, nada. De eso se encargó la gente de Medellín. Estaban acostumbrados. Simplemente, no te prepararon como es debido. Ni te hicieron ingerir la droga ni la camuflaron bien. Era imposible que no la detectaran.

—Y Tormo, ¿nunca lo discutió?

—¿Qué te acabo de decir? Tormo es tan hijo de puta como cualquiera. Luego se podrá marcar el rollo del arrepentimiento. Pero nunca se arrepentirá antes de haberte dado por el culo para conseguir lo que quiere.

Román bajó la vista a las aguas inquietas de la piscina. Durante unos segundos solo oyó los gruñidos y estertores de Carla luchando por respirar y el ocasional borboteo en el sistema de filtraje. V volvió a mirar a Armando a los ojos.

—¿Cuánto sacasteis de la operación?

—¿De lo que yo traje?

—Sí.

—No me acuerdo. Hace diez años, de eso.

—Más o menos.

—¿Más o menos?

—Sí.

—Pues yo diría que unos trescientos mil pavos. Sí, más o menos unos trescientos mil.

Román levantó la pistola y apretó el gatillo.

La bala le entró a Armando por el sobaco. El brazo le dio un tirón hacia delante y su mano disparó por acto reflejo. La Magnum abrió fuego a escasos centímetros del rostro de Carla. El casquillo expulsado le dio en la frente.

Carla sintió el cuello libre y se tiró al suelo.

Román volvió a disparar.

Dos tiros, al pecho.

Carla soltó un grito. Se apartó gateando.

Armando se mantenía erguido. Apenas había dado un par de pasos hacia el borde de la piscina. Tenía la automática en la mano, al final del brazo que le colgaba flojo. El siguiente tiro, Román lo dirigió al codo, rompiéndole la articulación. Pero vio que aún así seguía aferrando la

pistola. Entonces le disparó al cuello. Del sitio donde Armando había tenido la nuez empezó a brotar sangre a borbotones. Siguió en pie.

La bala que lo hizo caer fue la que se le incrustó entre los ojos.

Su cuerpo se derrumbó hacia atrás. Impacto sobre el agua.

Román se acercó al borde de la piscina. La superficie tardó un rato en estabilizarse y el cuerpo de Armando se hundió hasta el fondo, perdiéndose de vista bajo los reflejos de la luna.

Oyó una respiración asfixiada. Se volvió a medias.

Carla estaba medio incorporada, las manos en tierra.

—¿Querrías meterte a buscar su pistola? —le preguntó él, ignorando las llamaradas de ira que despedían sus ojos—. He intentado que la soltase, pero la mano ya se le había agarrotado.

—¿Qué?! —exclamó Carla, tan sorprendida como indignada—. ¿Me lo estás diciendo en serio?!

Román se limitó a observarla sin decir nada, la expresión apagada.

—¿Casi haces que me maten, hijo de puta!

—Era poco probable que eso pasase.

—¿Que era...? ¿Poco probable? ¿Pero qué cobo pasa por tu cabeza? Se supone que me tenías que proteger.

—¿Por qué?

—¿Por qué?! ¿Porque teníamos un trato, para empezar?! ¿Porque no habrías encontrado a ese cabrón ni en un millón de años si no es por mí?!

Román se metió la Walther PPK en la cintura del pantalón. Echó a andar, pasando junto a Carla de camino a la cancela.

Carla se puso en pie rápidamente.

—¿A dónde vas?

Román siguió caminando.

—¿Eh! —Carla buscó su falda y su camiseta.

No perdió tiempo en ponérselas. Con las dos prendas hechas una bola contra su estómago, corrió hacia el coche.

Román ya se había metido tras el volante y arrancaba el motor.

—¿Qué estás haciendo?! ¡Para! ¡No puedes dejarme aquí!

El coche dio marcha atrás. Carla se vio envuelta en la nube de polvo que levantaban los neumáticos. Los faros la iluminaron corriendo en pos del vehículo por el camino de tierra. Al llegar al recodo al final de la valla, Román maniobró para seguir de frente.

—¡Hijo de puta! ¡Te he ayudado! ¡Teníamos un trato, cabrón! ¡Teníamos un trato!

Carla se dio por vencida. Se detuvo en la esquina, jadeante y furibunda, su ropa hecha un guiñapo apretada contra el vientre, viendo las luces de posición que se alejaban hacia la carretera.



## 23

Román condujo de vuelta a la ciudad. En lugar de entrar en el casco urbano, tomó la circunvalación que lo rodeaba y se desvió en dirección oeste por otra autovía. Al poco tomó la salida a una carretera comarcal que comunicaba varios pueblos del interior. Nada más atravesar el primero, torció a la derecha para entrar en un conglomerado de casas adosadas, idénticas unas a otras, de estuco blanco y con puertas y ventanas de aluminio color burdeos. Se detuvo frente a una entrada de garaje. Salió del coche y llamó al interfono. Eran más de las doce de la noche.

—¿Sí? —respondió una voz de hombre.

—Tengo que hablar con Susana.

—¿Quién es?

—Soy Román. Dígale que salga o que me deje entrar. Pero tengo que hablar con ella.

La voz tardó en dejarse oír.

—Un momento.

Al rato hubo un zumbido eléctrico y Román empujó la cancela. Mientras subía los escalones junto a la rampa del garaje, la puerta de la casa se abrió un palmo. Asomó una mujer morena con el pelo ondulado y frondoso cortado sobre los hombros. La luz del interior mostraba bolsas bajo sus ojos y líneas entre las comisuras de su boca y la barbilla. Llevaba una camiseta que le venía enorme y la tapaba hasta mitad de los muslos.

Román llegó a lo alto de la escalera.

—¿Sales o entro?

—¿Qué haces aquí? Tantas veces que he intentado hablar contigo y...

—Eso da igual. Ahora es necesario que te diga algo.

—Pasa.

Abrió más la puerta para hacerle entrar a un recibidor de aspecto común. Cuadros de iglesias y monumentos en las paredes y sillas de madera labrada a los lados de un aparador de teca. Al fondo, en la entrada del comedor, había apostado un hombre en pijama de hilo, con el cabello gris cortado al cepillo y gafas de montura metálica. Detrás de él, asomaba un niño delgado de pelo negro y liso.

Román los miró un segundo y se dirigió a Susana sin adentrarse mucho en la estancia.

—Tienes que marcharte.

—¿Marcharme? ¿Cómo que marcharme?

—A algún sitio. Donde no te puedan localizar.

—Pero...

—No se puede hacer nada —dijo Román—. Es una cosa que tienes que aceptar.

—Pero, ¿cómo me voy a ir de aquí? ¿Por qué?

—Oiga —intervino el hombre en pijama—, ¿esto es una broma o qué?

—Voy a molestar a algunas personas —explicó Román a su exmujer—. Ya las estoy molestando, en realidad. Y esas personas me van a querer hacer daño y es posible que me quieran hacer daño haciéndote daño a ti. No hay otra solución. Tienes que irte.

—Nadie se va a ir de aquí —dijo el hombre al que nadie escuchaba.

—Pero... —empezó a decir Susana, aturdida— Pero Tormo... Él puede ayudarte, ¿no?

—Tormo es una de las personas a las que voy a molestar.

—Pero... eso no tiene sentido. ¿Por qué ibas a hacerle nada a Tormo?

—No importa.

—¿Cómo que no importa?

—No importa.

—Pero si gracias a él... Si no fuera por Tormo, Javi y yo...

—Oiga, un momento —el hombre dio algunos pasos en dirección a ellos, con cierto embarazo—. Si cree que va a conseguir meterla en problemas, se equivoca. Susana ya no tiene nada que ver con gente como usted.

Román le clavó una mirada que frenó su avance.

—Para, Carlos —dijo ella—. Deja que...

—No podemos consentir que nos meta en sus problemas.

—No puedes hacernos esto —dijo Susana, volviendo a hablar con Román. El labio inferior le temblaba un poco y sus ojos habían empezado a empañarse—. No puedes.

—No tiene remedio —dijo él con voz átona—. He venido a advertirte y ya lo he hecho. Ahora, será mejor que os deis prisa y salgáis cuanto antes.

—¿Por qué tienes que hacernos esto?! —Susana no pudo controlarse más—. ¿Qué razón puede haber...?! ¡Tormo nos salvó la vida! ¡Nos habríamos quedado en la calle por tu culpa y él...! ¡Tú te fuiste a Colombia sin decirme nada! ¡¿Por qué te fuiste?! ¡No tenías derecho! ¡No tenías...!

Ninguno de los dos hombres dijo ni hizo nada.

—Tormo es un buen hombre —siguió ella—. Nos salvó la vida. ¿¿A qué santo vas a molestarlo ahora?! ¡¿Me lo quieres explicar?!

—No —dijo él.

Susana levantó los puños y empezó a aporrearle la cara. El apenas se defendió. Uno de los golpes le produjo una herida en el interior de la boca y le hizo saborear su propia sangre. Al final, la cogió de las muñecas.

—¡Cabrón! —chilló ella—. ¡Cabrón!

—Oiga —repetía el hombre de pelo gris, con gestos apaciguadores—, haría mucho mejor en marcharse y en dejarnos...

—¿Por qué tienes que amargarnos la vida?! ¡¿Por qué?!

Ella trataba de recuperar sus brazos. Román los seguía sujetando sin reaccionar de ningún otro modo.

Oyó una voz infantil a su lado.

—¡Déjale en paz!

Volvió la cabeza y vio al niño. Lo habían intentado peinar con raya al lado, pero su cabello estaba lleno de mechones que se resistían a la forma impuesta.

El niño apretaba los puños. Había una rabia en sus ojos, clavados en la madre, que parecía servir sobre todo para contener el llanto.

Susana se había olvidado de Román. Miraba al niño llena de congoja.

—Javi, ¿qué...?

—¡Déjale! No tienes derecho a pegarle. Lo metieron en la cárcel y no le ayudaste. Te casaste con Carlos y a él le hicieron todo eso en la cara.

—Pero eso no...

—¡Y ahora encima le pegas!

Román había entornado los ojos hacia el niño. Este no parecía capaz de mirarlo a él y se concentraba en lanzar su ira contra la madre. El otro hombre había agachado la cabeza.

En eso, Román hizo lo que un momento antes no había estado dispuesto a hacer. Dio una fuerte bofetada a su exmujer que la mandó trastabillando hasta la pared opuesta.

—¡Eh, ¿qué hace?! —Carlos miró a uno y otro alternativamente—. Susana, ¿estás bien...? Hijo de puta...

Román escrutó al niño. Este se había quedado lívido.

—Como se atreva a... —Carlos no llegó a terminar la frase.

—¿Qué? —le preguntó Román.

El hombre tragó saliva. Apretó la mandíbula, que le había empezado a vibrar.

—Váyase —logró decir.

Dando un paso hacia él, Román le lanzó un directo a la nariz.

Carlos empezó a sangrar. Las gafas le cayeron al suelo. Román le volvió a golpear. En el mismo sitio. Lo agarró del pijama para evitar que se derrumbase. Oyó gritar a Susana.

Se volvió hacia el niño y comprobó que estaba en estado de *shock*.

Soltó entonces a Carlos, dejándolo caer y volcar una de las sillas de madera labrada.

Antes de ir hacia la puerta, se detuvo frente a Susana, que se había acurrucado contra la pared y lloraba en silencio con los ojos cerrados.

—No seáis imbéciles —dijo—. Marchaos lo antes que podáis.

## 24

Frente a la casa de la playa, Paco y Hernán volvían a ponerse sus trajes, los cuerpos todavía mojados. Habían izado el cadáver de Armando Alarcón desde el fondo de la piscina y lo habían apoyado panza abajo sobre el borde. Las piernas sin vida se mecían en el agua.

Blasco salió por la puerta del edificio quitándose unos guantes de piel de cabritilla.

—No parece que haya sucedido nada dentro.

—Las palmeras esas de ahí —dijo Paco, abotonándose la camisa— están llenas de agujeros de bala. Supongo que Armando empezaría a disparar nada más verlo.

—Antes lo ha dejado entrar. Se nota que ha estado en las habitaciones.

Blasco se fijó en el cadáver, medio fuera y medio dentro del agua. Lo vio deslizarse lentamente por el borde inclinado.

—Se os va a volver a hundir.

—¡Mierda!

Paco se lanzó a por el cuerpo pero no llegó a tiempo. Impotente, vio como volvía a desaparecer bajo la indiferente superficie.

—¡Joder! —exclamó Hernán, sus manos detenidas en el acto de hacerse el nudo de la corbata—. Anda que no sacarlo del todo...

—Me llevo el Mercedes —anunció Blasco.

Los dos hombres le clavaron sus miradas.

—Pero, y nosotros, ¿qué? —dijo Hernán.

—Aún tenéis que volverlo a sacar y prepararlo para el transporte. Será mejor no enterrarlo por aquí. Podría terminar comprometiendo la casa. Mandaré que os traigan la furgoneta.

Ninguno de los dos se animó a protestar. Blasco se volvió, caminó hasta la cancela y montó en el coche aparcado fuera.

Recorrió el camino asfaltado que serpenteaba a través de las pinada y llegó a la carretera comarcal. Conocía bien aquel trayecto. Lo había recorrido en varias ocasiones, cuando hacía uso él también de la casa para aliviar su esporádico apetito sexual. Necesitar a las mujeres lo exasperaba, y el simple hecho de sentirse atraído por ellas llegaba a irritarle. Pero precisamente por eso, era consciente de la conveniencia de mantener una rutina erótica que lo libraba de pensar en el tema durante sus actividades cotidianas, con el consiguiente peligro de distracción que ello

implicaba. Si hubiese sido de la clase de personas que encontraban satisfactorio el masturbarse, con toda probabilidad habría prescindido de las mujeres por entero.

Condujo por la carretera paralela a la costa sin dirigir su mirada al mar ni una sola vez. Dejó atrás el puerto deportivo y entró en la multicolor línea de playa del pueblo, que rebosaba de turistas y veraneantes. Sin darse cuenta, empezó a mirar las piernas de las chicas. En seguida apretó la boca en un gesto de disgusto consigo mismo. Era culpa de la casa de la playa. Siempre la había asociado a una cosa únicamente. Y el haberla recorrido de cabo a rabo le había hecho recordar sus visitas anteriores, llenándole la cabeza con imágenes que solo tenía una manera de borrar, por mucho que la idea le repeliese. Decidió que nada más hablar con Tormo tendría que hacer una parada en el *Esmeralda y Satén* antes de ir a su piso a dormir.

Por fin emergió de la confusión de neones y cuerpos semidesnudos y se vio flanqueado de nuevo por la oscuridad, siguiendo el rastro de las luces ordenadas sobre la franja de asfalto. Antes de llegar a la entrada de la autovía, vio la isla de brillos fulgurantes que era la gasolinera en el arcén opuesto. Pasaba por delante cuando algo llamó su atención.

Alertado, miró el retrovisor para comprobar que no tenía ningún coche detrás. Dio un brusco volantazo. Los neumáticos del Mercedes derraparon al efectuar el giro de ciento ochenta grados. Redujo la velocidad al tomar el acceso a la gasolinera.

Bajo el techo voladizo había estacionado un camión cisterna. Ni el camionero ni la chica que Blasco había distinguido con él un momento antes se hallaban ahora a la vista. Detuvo el Mercedes, bajó y se dirigió a la cabina del vehículo. Poniendo un pie en el estribo, se aupó y hecho un vistazo al interior oscuro. Volvió a bajar.

A través del ventanal iluminado, la tienda parecía vacía salvo por el dependiente, embobado ante la pantalla de su móvil. Más cerca del camión, estaban las puertas metálicas de los lavabos. Blasco fue hasta ellas. Probó la del de hombres. No estaba cerrada con llave. Muy despacio y sin hacer ruido, separó la jamba del marco y aguzó el oído para captar las voces.

—¿... coño quieres? Ya he cumplido con lo mío, ¿no? Ni que me fueras a llevar a la otra parte del mundo.

—Oye, nena —dijo un hombre—. No te me hagas ahora la señorita. Se nota que no es la primera vez que das lo que te pido.

—¿Que se nota...?! ¡¿Tú quién coño te has creído?! ¡Y ¿qué te has creído que soy yo, subnormal?! Estáis tan acostumbrados a andar con putas que os acabáis creyendo que somos todas así. Pues te vas a ir a tomar por el culo.

—Pero, ¿quieres que te lleve a la ciudad o no?

—Habíamos quedado en que me llevabas a cambio de mirarme. Y ya me has mirado. He cumplido mi parte pero tú no quieres cumplir la tuya. Eres un jodido camionero paleta sin palabra ni dignidad.

—Nena, no puedes enseñarme eso y luego no querer darme nada. ¿A qué juegas? Ni siquiera te hablo de follar. Solo una mamada. De todas formas, con lo cachondo que me has puesto, tampoco me la vas a tener que chupar mucho.

—¿Qué te jodan! Métete ahí, a hacerte una paja. Yo te espero fuera.

—¿Eh, zorrita, escúchame! Me la juego, llevándote, ¿te enteras? Si me paran en un control y te ven ahí, se me cae el pelo. Así que por lo menos, te lo vas a currar. No quieres chupármela, está bien. Pero la paja me la haces tú. Eso sí que puedes, ¿no?

Se oyó el ruido de una cremallera al bajarse.

Un chasquido de lengua exasperado.

Por fin:

—Bueno... Pero mejor que sea verdad lo de que te vas a correr pronto. Si en dos minutos no has llegado, te juro que te dejo a medias. Y eso te va joder más que no haber tenido nada.

—Tú cógela y calla.

Blasco abrió la puerta del todo. Entró.

—¿Se lo está pasando bien con mi hija?

El camionero lo miró, tan petrificado como el miembro erecto que sostenía en la mano. Luego, sin decir nada, bajó la cabeza y salió precipitadamente del lavabo, olvidando subirse la cremallera del pantalón.

Los labios de Blasco se curvaron en una mueca lasciva. Sus ojos, sonriendo a su vez, miraron a Carla, que se agarraba el bajo de la falda con un tenso gesto de irritación.

—Déjame adivinar —dijo él—. Has perdido tus bragas.

## 25

Román aporreaba la puerta de madera ajada del piso después de haber llamado al timbre varias veces. Al fin oyó pasos arrastrados y murmullos.

—¿Quién es? —dijo la voz pastosa de Marta.

—Román. Abre.

Un silencio prolongado.

—Abre —repitió él—. Es urgente. Puede que estés en peligro.

—¿En peligro...? ¿Por qué?

—No sé qué te llevas con los colombianos. Pero he oído hablar a Tormo y a Blasco por casualidad y te están preparando algo que no te va a gustar. Déjame entrar.

En seguida oyó correr la cadena y la cerradura. Conforme se empezó a abrir la puerta, Román le dio una patada al batiente que lo hizo chocar violentamente con la mujer al otro lado. Entró. Cerró tras él con el talón. Marta retrocedía tratando de mantener el equilibrio, la mano apretada contra la frente. La bata se le había abierto sobre un salto de cama color crema.

—Me has hecho mucho daño. ¿Por qué...?

Román le lanzó un derechazo al bajo vientre. Mientras Marta soltaba el aire con un estertor viscoso y empezaba a perder el control de sus piernas, la agarró del pelo y la hizo volverse para tirar de ella hasta el comedor. La empujó sobre el sofá, bajo la fotografía en la que aparecía joven y glamurosa con el vestido negro. Retorciéndose, Marta estiró un brazo hacia el pasillo.

—Hay...

—¿Qué?

—Hay...

Román inclinó el tronco acercando la oreja.

—Hay, ¿qué?

—... Matías.

Román se incorporó. La observó un rato. Luego salió del comedor, vio una puerta abierta en mitad del pasillo y se asomó. Dentro estaba oscuro, pero pudo distinguir a un hombre echado boca arriba encima de una cama de matrimonio. Llevaba una camisa desabrochada sobre el vientre prominente y velludo e iba desnudo de cintura para abajo. Los brazos abiertos en cruz, roncaba débilmente. Sobre la mesita de noche a su lado había una botella de coñac y un cenicero rebosante

de colillas. Román junto la puerta.

—Dudo que nos moleste —dijo al volver junto a la mujer—. Supongo que tus hijos estarán bien sedados para el resto de la noche.

—Matías te matará —aseguró ella, la boca apretada contra un almohadón.

—Por supuesto.

Román permaneció de pie con los brazos en jarra. Se había desabrochado los botones de la chaqueta y la culata de la Walther asomaba en su cintura.

—¿Cuánto tardaste en llamar a Santiago?

Un mechón de pelo se elevó de su rostro al resoplar Marta por un lado de la boca.

—Cuando salí de aquí —siguió él—. ¿Lo llamaste en seguida?

—Vete de mi casa.

—Vamos... Está claro que fuiste tú. ¿Quién más le iba a contar a Santiago que yo empezaba a sospechar que Armando y Tormo me habían engañado?

—Matías va a salir y... es muy fuerte. Te matará.

—Claro. Si voy al dormitorio y le saco los intestinos a tu amigo con el vidrio de la botella, ¿estarás más dispuesta a hablar? Puedo hacerlo. No me apetece y no lo veo necesario, pero...

—¿Qué quieres de mí?! —Se había puesto a llorar a moco tendido, la frente y la barbilla arrugadas como cáscaras de nuez.

—Reconoce que hablaste con los colombianos.

—Síiiiiii...

—Muy bien. —Román acercó una silla de la mesa y se sentó muy cerca de Marta, los antebrazos apoyados en los muslos y el tronco muy inclinado, para poder hablarle quedamente al oído—. ¿Santiago te paga cada vez que le pasas información sobre Tormo?

La cabeza de Marta se sacudió afirmativamente sobre el almohadón.

—Y te pareció buena idea decirle que podía convencerme para colaborar con él. Santiago asegura saber que me usaron como señuelo. ¿Tú lo sabías?

—Sí.

—¿Sabías con seguridad que me habían engañado cuando vine a verte?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo sé.

—Tenías miedo de que te hiciese algo.

—Sí.

—¿Cuántos lo saben?

—No sé. Casi todos.

—¿Susana?

—No.

—¿Nunca se lo dijiste?

—No. Me habría odiado.

—¿Sabías lo que me iban a hacer cuando me pusiste en contacto con Tormo y Armando?

—¡No! Por Dios, no. Yo nunca...

—¿Cómo me puedo fiar de ti, ahora?

—Porque yo... —Al levantar súbitamente el tronco del sofá, su cabeza chocó con la de él—.



Perdona. Román, escucha...

Román se puso en pie, retiró la silla a un lado. Iba a retroceder, pero Marta se le abrazó desesperadamente a las piernas hundiendo el rostro en su vientre. La bata le había caído de los hombros. Los tirantes del salto de cama se veían deshilachados. Román le apartó la cabeza un momento para sacarse la pistola de la cintura y luego dejó que se apretase de nuevo contra él.

—Escucha —volvió a decir ella—. Yo solo quería ayudaros, a mi prima y a ti. Quería...

—Tú despreciabas a Susana.

—No... Sí. Pero creía... creía que gracias a mí se arreglarían vuestros problemas, que ganarías mucho dinero y tu hijo estaría bien y... mi prima ya no podría mirarme mal. Se tendría que callar la boca si... Te lo juro, Román. Te lo juro por mis hijos. ¿Cómo iba a mandarte con ellos sabiendo...? No soy tan mala, Román. Puedes pensar lo que quieras de mí. Soy un montón de cosas, pero así, no. ¡Así, no!

Rompió a berrear otra vez, su cuerpo de carnes mórbidas sacudido contra los muslos y el vientre de él, sus mejillas humedeciéndole la camisa.

La mano izquierda de Román se elevó despacio en el aire, dubitativamente, hasta posarse sobre la cabellera de la mujer.

—Te creo.

Empezó a acariciarle el pelo.

Los llantos remitieron un poco.

—Te creo —repitió.

—Gra... gracias.

Román levantó entonces la mano en la que tenía la pistola y le descargó un culatazo rápido en el cráneo.

Los brazos de Marta dejaron de rodearlo para caer inertes. Luego toda ella se desplomó de costado contra el piso.

Román le pasó un pie por encima, se agachó, la agarró por el cuello de la bata. La izó un poco y tiró hacia delante, arrastrándola medio metro. Sin incorporarse, dio un paso adelante y la volvió a arrastrar otro tanto. Siguió tirando así del pesado cuerpo inconsciente en dirección al balcón.

Apartó la cortina y deslizó una de las puertas correderas. La cara de Marta, al ser sacada fuera, reposó sobre una capa de suciedad y colillas. Román le encasquetó entonces las manos bajo los sobacos. Con un gruñido, la levantó hasta apoyarle el pecho en el borde del parapeto.

Un débil soplo de aire meció los mechones que a Marta le caían a los lados del rostro. Movié ligeramente la barbilla. Sus párpados se entreabrieron.

—¿Dónde...? Oye, no...

Agachándose, Román la aferró de los tobillos. Se volvió a levantar. El cuerpo de Marta pasó por encima del parapeto y siguió su camino hacia abajo. Pronto se oyó un fuerte estrépito de metales y cristales reventados.

Román pasó al comedor. Cerró la puerta corredera. Atravesó el piso, salió al rellano, bajó las dos plantas y surgió a la calle.

La cabeza y los brazos de Marta colgaban del techo hundido de un Opel Corsa blanco, cuyas lunas laterales habían desaparecido. El tramo de acera estaba sembrado de trozos de vidrio. Marta movió un poco los labios al ver a Román vuelto boca abajo delante de ella.

—Es posible que no mueras —le dijo él—. Si sobrevives, puedes contar lo que quieras a la

policía. Pero espera al menos a que pasen veinticuatro horas. Si no esperas ese tiempo, te buscaré y te mataré. Del todo.

Los ojos de Marta se cerraron.

Diecisiete minutos después, Román detenía su coche delante de un locutorio abierto toda la noche. Entró en el local, dijo que quería hablar por teléfono y se metió en la cabina que le señaló el encargado. Hacía un calor infernal dentro del reducido habitáculo y todo desprendía un nauseabundo olor a sudores rancios.

Marcó un número y esperó hasta oír una voz:

—Ponme con Tormo.

—¿Quién es?

—Ya sabes quién soy. Ponme con él.

—Vas a tener que...

—No voy a tener que nada. Ponme con Tormo o cuelgo.

Al rato, Tormo le dijo:

—Tienes a todo el mundo nervioso.

—Sé lo que me hicisteis.

Se oyó un largo suspiro el otro lado de la línea.

—He hablado con tu exmujer —dijo Tormo.

Román apretó el auricular.

—Si algo...

—No, no, no... Te equivocas. Ha sido ella la que me ha llamado, ¿entiendes? Nosotros no... Puedes estar tranquilo por ese lado.

—También me prometisteis hace diez años que no me pasaría nada a mí.

—Escucha... Sé lo que hicimos. Lo que hice. Yo... no espero que me creas. O que esto signifique algo para ti. Pero te aseguro que no tardé nada... No había pasado ni un día y ya me arrepentía terriblemente de lo que te había hecho. Era demasiado tarde, ya lo sé. Aún así intenté... Te mandé un abogado.

Román separó un momento el auricular de su oreja. Se apretó el dorso de la mano contra la frente, los ojos cerrados. Respiró hondo.

—No podía soportar la idea —dijo cuando volvió a hablar al aparato—. Estaba en esa cárcel... Al principio, no. Luego... pensaba en Susana y en mi hijo y...

—Yo me ocupé de ellos. Fue lo primero que hice.

—Ya lo sé.

—No les faltó de nada. No tenías de qué preocuparte.

—Ya.

—Y, Román, tú nunca tuviste la culpa, ¿entiendes? No los abandonaste. No los condenaste a la miseria. Nada fue culpa tuya. Lo sabes, ¿no?

—Sí —respondió con la voz ahogada.

—Sé lo mucho que te torturaste, en aquel agujero. No quiero ni imaginarme lo que debiste de pasar. Pero quiero que entiendas que yo también me sentí mal. Y yo sí tenía motivos, ¿ves? Yo sí era responsable. Todo fue idea de Armando. Pero si yo me hubiese negado, si solo... Pero no podía volver atrás. Lo único que podía hacer era compensarte de todas las formas en que pudiese hacerlo. De todas. Y es exactamente lo que intenté, Román. ¿Me crees? —Sí.

—Me ocupé de ellos. Quise sacarte de allí. Y en cuanto saliste, intenté localizarte. Iba a traerte de vuelta. A darte dinero, trabajo... Todo lo que me pidieras.

—No podía volver.

—Lo sé. Te comprendo.

—No podía soportar que Susana... No tenía derecho.

—Pero lo tenías.

—Yo no lo sabía. Yo...

—Sin embargo...

—Y vinieron a buscarme.

—Claro.

—Y a mí me daba igual. O creía que... Pero luego...

—Empezó a no darte igual.

Román calló. Inspiró lenta y profundamente. Se había acostumbrado a la peste a sudores y ya no la notaba. Miró a través del cristal de la puerta. El locutorio estaba tenuemente iluminado y un ventilador de pie al lado del mostrador giraba su cabeza despacio hacia un lado y hacia el otro removiendo el aire estancado. No quedaba nadie allí para beneficiarse de la corriente renovadora. El encargado había salido a fumar.

—Román —empezó a decir Tormo—. Hay que solucionar esto. Lo último que quiero es tener que hacerte daño.

—He matado a Armando.

—Armando llevaba tiempo esperando a que alguien lo matara. Eso lo podemos pasar. Si tenías derecho a rendir cuentas con alguien, era con él.

—Antes de arreglar nada...

¿Sí?

—Quiero ver a Segrelles.

—¿A Segrelles? ¿Qué tiene que ver él con...?

—Con esto, nada. Pero puede que sepa algo de la muerte de Samantha.

—¿Él? Ni siquiera era cliente del *Gladys*'.

—Su hija cobra una pensión. Por lo de Sergio.

—Así es.

—Samantha se la iba a quitar. Estaba embarazada del chico.

—Es la primera noticia que tengo.

—Quiero hablar con él. A solas. Tengo que saber si tuvo algo que ver.

—Pero... ¿qué harás si descubres...?

—Lo mataré.

—No puedo dejar que hagas eso.

—Sí puedes. Si quieres arreglar las cosas entre nosotros, es lo único que te pido.

Hubo un silencio prolongado.

—Podríamos solucionar esto de muchas otras maneras —dijo Tormo—. Si me dejas...

—No. No podríamos.

—Está bien.

—Llámalo. Dile que ha surgido algo importante que no le puedes contar por teléfono. Pídele que acuda a la asesoría. Y que vaya solo.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?

—Mándame a Segrelles.

—Y estaremos en paz.

—Estaremos en paz.

—De acuerdo.

La comunicación se cortó.

## 26

**E**l mando a distancia del llavero robado a la secretaria accionaba el motor elevador de la celosía de hierro. Una de las llaves abría la puerta de vidrio acanalado que daba acceso a *Segrelles y Cía.*

Dejó las luces de la recepción apagadas y buscó la puerta que recordaba haber visto en el lado izquierdo de la sala. Daba a un pasillo. Halló el interruptor y cuatro lámparas de plafón acopladas al falso techo se encendieron a la vez. El pasillo comunicaba con tres despachos y un pequeño cuarto de baño. En la pared opuesta, frente a la sala de recepción, había una puerta blindada con cerradura de seguridad. La correspondiente a la llave que no había usado todavía. La abrió. Se encontró en el patio contiguo al bajo. Era un patio no muy grande, con una puerta acristalada que ofrecía una buena visión de la calle. Volvió a la recepción.

Dejó la puerta del pasillo entreabierta, de manera que se colase un resquicio de luz en la sala. La amplia cristalera estaba cubierta por dos persianas venecianas de lamas de aluminio. Las reguló para que dejasen ver los contornos de la calle.

Entonces se sentó tras el escritorio situado más al fondo, fuera del alcance de la luz del pasillo. La butaca era cómoda, reclinable. Se sacó la Walther PPK de la cintura y la dejó sobre la mesa, el cañón apuntado a la entrada.

Quiso saber la hora y fue a sacar el móvil, pero recordó haberse deshecho del aparato. Lo había destrozado y tirado junto a la carretera al poco de dejar la casa de la playa. En la pared veía la esfera redonda de un reloj, pero la oscuridad no permitía distinguir la posición de sus agujas. Así pues, no tenía manera de controlar el tiempo. Recordó cómo era en la celda de castigo, no saber cuánto pasaba entre que a uno lo metían y lo sacaban. Apoyó los codos en los brazos de la butaca y cruzó los dedos sobre el vientre. Se aflojó la corbata. Luego lo pensó mejor y se deshizo el nudo y se la quitó deslizándola por el cuello de la camisa.

Pasaron algunos coches por la calle. Sus faros lanzaban rayas divergentes sobre las paredes a través de las lamas de las venecianas. Se oyó cómo uno de los coches se detenía más abajo de la calle y maniobraba para aparcar. Un par de minutos después, una silueta pasó tras el ventanal. Llegó a la puerta de vidrio laminado, metió una llave en la cerradura y abrió.

Román reconoció la figura alta y atlética del asesor legal.

Segrelles no le había visto. Cerró con llave por dentro y acto seguido fue hacia el pasillo

iluminado.

—No hay nadie ahí —dijo Román.

El hombre se detuvo en seco. Miró hacia el lugar de donde había llegado la voz.

—¿Quién es usted? —Su mano amagó hacia el interruptor.

—No encienda.

—¿Por qué no? ¿Qué significa esto?

—No quiero ser un blanco fácil desde la calle.

—¿Un...? Perdone, ¿está usted con Tormo?

—No necesita saber quién soy.

—Pero...

—Solo voy a hacerle algunas preguntas. Será mejor que me convenza de que me está diciendo la verdad.

—Esto no tiene sentido. Tormo me ha sacado de la cama diciendo no sé qué de una investigación sorpresa y que teníamos que revisar que sus cuentas estuviesen limpias. Si es algún tipo de... Voy a encender la luz.

—No. No va a hacerlo.

El asesor volvió a detenerse.

—¿Por qué no?

—Porque le estoy apuntando con una pistola. No quiero matarlo, todavía. Pero puedo hacer que un disparo le cause mucho dolor y le deje secuelas para toda la vida.

Román accionó el percutor de la automática para que el sonido convenciese a Segrelles.

El hombre, recortado contra las líneas de luz de las venecianas, pareció crisparse.

—No lo entiendo. ¿Por qué querría Tormo...?

—Samantha —dijo Román—. La camarera del *Gladys*'.

El otro enmudeció. Trató de disimular, pero tardó demasiado.

—¿Debería conocerla?

—Estaba a punto de quitarle la pensión a su hija. Por lo de Sergio.

—Sí. Ya sé.

—Unos sicarios la asesinaron hace dos días.

—¿Y Tormo cree que...?

—Deje de pensar en Tormo. Aquí solo estamos usted y yo.

—¿Usted...? ¿Tiene algo que ver con ella?

—¿Cuánto le cobraron?

—¿Quiénes?

—Los sicarios.

—Oiga...

—Su hija estaría disgustada, supongo. Pero, ¿tanta falta le hacía el dinero?

—No era cuestión de dinero —admitió el asesor—. Pero sí, estaba disgustada. Por poco no va ella misma a matar a la colombiana. Si no llego a pararle los pies...

—Mejor resolverlo de otra forma. Antes de que se metiera en un lío.

—A mí ya me molestaba que saliera con el camello. Pero que encima apareciese esa y la dejara en evidencia...

—¿Contrató usted mismo a los asesinos?

—¿Qué...? ¡No! Dios mío, ¿piensa matarme por eso? No me puedo creer que Tormo... ¿Por qué no le pregunta a Blasco?

—¿Qué tendría que preguntar a Blasco?

—Él me convenció. Es el que lleva lo de las pensiones, así que fui a hablar con él cuando mi hija me contó lo de la colombiana. Blasco me dijo que no había podido hacer nada, que la chica estaba embarazada de ese cabrón y que las reglas establecían que tenía más derecho al dinero. Pero entendía mi problema y estaba dispuesto a ofrecerme una solución. En seguida vi por dónde iba, claro. Mi problema no le importaba nada.

—¿Qué, entonces?

—Cuando me habló de contratar a colombianos para desviar las sospechas lo tuve claro. A Blasco le preocupa que Tormo no tome en serio la amenaza de las bandas. Creía que un asesinato como ese lo haría reaccionar. Lo único que quería era un acto violento que pareciera obra de traficantes latinos. El motivo le daba lo mismo.

—Pero a usted le pareció bien.

—Mi hija estaba a punto de hacer una locura. Tampoco podía vigilarla todo el tiempo. No me gustaba la idea, pero... Blasco me lo pintó bien. Dijo que nadie podría relacionarnos. Obviamente, se equivocaba. No tendría que haber aceptado.

—¿Contrató él a los asesinos?

—Sí.

—Pero usted puso el dinero.

—Oiga, ¿quién es? ¿Era amigo de esa chica, acaso? —No. No era amigo suyo.

—Le ha contratado alguien.

—No.

—¿Qué busca?

—Quería saber qué había pasado, para empezar.

—¿Para empezar? Y ahora, ¿qué? No creo que vaya a denunciarme.

—No.

—¿Matarme?

El hombre no obtuvo respuesta.

—Ya le he dicho que todo fue cosa de Blasco. —Su voz había adquirido una nota de histerismo—. Yo nunca hubiese...

—¡Chsssss!

Román había visto algo. Otra silueta. En el vidrio laminado de la entrada.

—No se mueva ■—dijo.

—¿Qué pasa?

—¿Quién más ha venido con usted?

—Nadie. ¿Qué...?

El hombre se volvió. La persona que se hallaba fuera estaba introduciendo una llave en la cerradura.

—¿Quién hay ahí?

—Si no han venido con usted...

—¡Eh!

—¡Cállese! ¡Estese quieto!

El asesor había empezado a avanzar hacia la puerta.

—¡Ayuda! —gritó acelerando el paso.

Román le disparó a la espalda.

El impacto acercó a Segrelles más a su objetivo.

El hombre que se hallaba fuera había soltado la llave al oír la detonación. Se vio cómo su silueta se removía y luego cómo proyectaba las manos juntas hacia delante. Un proyectil proveniente de la calle destrozó el vidrio laminado y fue a dar al asesor en el hombro. El tipo giró como una peonza. Al tenerlo otra vez de frente, Román volvió a abrir fuego. Segrelles se vio de pronto sin globo ocular y con una bala alojada en el cerebro.

Román siguió disparando hacia las venecianas. Tras ellas se había retirado el otro tirador. El ventanal se hizo añicos. Las lamas de aluminio bailaron una danza frenética que sacudió las rayas de luz a lo largo de la sala. Saltó de la butaca. Aunque ya no se veía a nadie fuera, soltó otra ráfaga de disparos al tiempo que se dirigía al pasillo. Dos coches aparcados se quedaron sin ventanillas. Apagó la luz de los plafones y se pegó a la pared, junto a la puerta blindada. Empezó a girar el pomo muy despacio.

El patio de al lado parecía tan vacío como antes. Tampoco se veía a nadie a través del cristal. Juntó la puerta, sin cerrarla del todo para evitar el chasquido. La luz que entraba de la calle marcaba un rectángulo en la pared. Si se acercaba mucho, le verían.

A mitad de camino, se echó al suelo. Continuó arrastrándose. Llegó al portal y miró a la calle.

Tras el morro de uno de los coches estacionados frente a la asesoría, asomaban las cabezas de Paco y de Hernán.

Román sabía que no podían esperar mucho. Los disparos habrían alertado a más de un vecino y la policía no tardaría en aparecer. También sabía que, si Tormo los había mandado allí para acabar con él, tendrían que entrar a buscarlo antes de largarse.

No había pasado medio minuto cuando vio a Paco levantar su revólver y empezar a rodear el coche. Se mantenía en cuclillas para no presentar un blanco fácil. Aunque si Román hubiese querido matarlo en ese instante, no habría tenido el menor problema. Hernán lo siguió, sacando a su vez un arma de debajo de la camisa. Desaparecieron de la vista de Román.

Pronto los oyó caminar por el bajo. Antes de que llegaran al pasillo, se levantó. Salió por el portal. Se retiró hacia el lado contrario al de la asesoría y cruzó rápidamente a la otra acera. No necesitó alzar la vista para descubrir que muchas ventanas se habían llenado de curiosos. Al mirar hacia la entrada destrozada del bajo descubrió un Ford Focus aparcado en doble fila, un poco más abajo, con las luces de posición encendidas. La matrícula había sido manchada para resultar ilegible.

Corriendo agachado, llegó a la altura del vehículo y volvió a atravesar la calzada hasta él. No estaba cerrado con llave. Se metió en la parte trasera y se tumbó de costado en el suelo. De nuevo, no tuvo que esperar mucho. Paco fue el primero en subir. Hernán ocupó el asiento del copiloto.

Ya se oían llegar las sirenas.

—Joder —dijo Paco—. ¿Cuánta gente crees que nos ha visto?

—¿Qué coño importa dos que veinte? Mañana iré a que me rapen el pelo.

—Ya. Yo tendré que tirar esta camisa. ¿Sabes lo que me gusta esta camisa? Me la trajo mi madre de Río de Janeiro.

—¿Vamos a quedarnos también en el *Gladys*?



—Tormo no quiere arriesgarse a que ese chalado vaya a por nadie más.

—Pero bueno, ¿es que conoce todas nuestras direcciones, o qué?

—Nadie sabe exactamente cuánto sabe. Es lo que ha dicho Blasco. Por eso se han atrincherado todos en el *Gladys*'. Si se le ocurre aparecer por allí, va a tener un recibimiento de puta madre.

—Menuda noche de mierda nos espera.

Arrancaron y aceleraron en seguida. Dejaron atrás las sirenas. Entonces Román subió al asiento. Metió el cañón de la Walther bajo el reposacabezas del copiloto para que Hernán sintiera la boca de hierro en la nuca.

—Mierda —dijo Hernán.

—Tú conduce —le dijo Román a Paco.

Paco no dijo nada.

—Mierda —repitió Hernán.

Román pasó el brazo entre los dos asientos y sacó los revólveres que ambos acarreaban; Hernán en la funda bajo el sobaco izquierdo, Paco en la cintura, bajo la camisa chillona. Dos Magnum 357.

—¿Tormo está también allí? —Preguntó Román.

—No te vas a librar de esta —dijo Paco—. Yo de ti me buscaría otro coche y me iría cagando hostias de la ciudad.

—Ya. De momento sigue hacia el *Gladys*'.

—Estás loco.

No replicó. Paco siguió conduciendo.

Bajaron el puente sobre las vías y torcieron a la derecha por la avenida. Apenas había tráfico.

Un semáforo se puso en rojo. Paco detuvo el Ford. Veían ya la entrada del club. El neón estaba apagado y la persiana bajada.

—Cuando se ponga en verde —dijo Román— sigue adelante. Coge la calzada de servicio y gira en el segundo cruce.

Los guió a través de varias calles hasta hacerlos entrar por un camino de tierra que discurría paralelo al muro de la zona ferroviaria. Salieron a una explanada entre un viejo taller de reparación y un almacén de chatarra. Al lado del bloque de tejado curvo del taller había otro camino más estrecho y accidentado que pasaba junto a una higuera y una chabola de gitanos. Román ordenó a Paco que metiese el Focus por allí. Llegaron a un descampado más amplio. Al fondo, corrían las luces por el bulevar de circunvalación, más allá del cual se ramificaban los barrios suburbanos y los viejos polígonos.

—Para aquí.

Paco apagó el motor, dejando los faros encendidos.

Román abrió la portezuela a su izquierda y bajó sin dejar de apuntarles con la pistola. Había abandonado los dos revólveres en el suelo del vehículo.

—Hernán. Tú, primero. Sal y ponte delante. —Esperó hasta tenerlo frente a los haces de luz—. Ahora, tú, Paco. Deja las llaves puestas. Despacio y con las manos en alto.

Paco salió, dándole la espalda. Román cerró entonces la puerta de atrás y empujó a Paco con el cañón de la automática.

—Caminad. Hacia esos árboles de ahí.

Se apartaron del Focus. Los árboles estaban pegados al muro que impedía acceder a los raíles del tren. El tráfico pasaba incesantemente por el bulevar, corría por la rampa del puente. Entre los troncos, la oscuridad era casi total.

Avanzaban en fila india. Román el último, detrás de Paco. Antes de que este alcanzara el primer árbol, le asestó un culatazo en la base del cráneo que lo hizo caer inconsciente. Hernán se volvió de súbito. Sus ojos aterrados brillaron en la negrura que era su silueta.

—Vuélvete —dijo Román sin alterar el tono—. Si corres tendré que dispararte. Lo más seguro es que te acierte, aun con tan poca luz. Apoya las manos en ese tronco.

Hernán siguió sus órdenes. La cabeza gacha, los hombros encogidos a la espera del golpe, escuchó impotente las pisadas en la hierba a su espalda. Un relámpago estalló en su cabeza.

Román les quitó los cinturones. Los usó para maniatarlos juntos de muñecas y tobillos. Volvió a atravesar el descampado, en dirección a los haces destellantes del Ford Focus.

**D**etuvo el coche en la acera opuesta, a decenas de metros del *Gladys'*. Bajó. Se acercó a la cabina de una camioneta aparcada, sacando un llavero del bolsillo de su pantalón. Se agachó junto al vehículo, metió la mano entre la rueda y el arco de chapa de la carrocería y depositó el llavero sobre la cubierta del neumático.

Regresó al Focus.

En el bolsillo interior de la chaqueta, llevaba todavía el móvil de prepago que le había entregado Santiago. Lo encendió. Buscó el número registrado en la agenda y pulsó el botón de llamada. Contestaron en seguida.

—Tormo les está comprando treinta kilos a los calabreses. Están en el *Gladys'*. Si estropeas esta compra, estropeas todo el acuerdo. *El Gladys'* está cerrado. Si intentas entrar a la fuerza, los alertarás. Te he dejado las llaves del club en la rueda delantera izquierda de una camioneta roja aparcada en la misma avenida, delante de una tienda de muebles de oficina. Yo de ti me daría prisa.

Cortó la llamada.

Condujo hasta la amplia rotonda al comienzo de la avenida y dio la vuelta para regresar en sentido contrario. El tráfico seguía siendo muy escaso. Antes de llegar al *Gladys'* giró a la derecha y luego otra vez a la izquierda. Redujo la velocidad. Cuando tuvo a la vista la salida de emergencia del local, se pegó a la hilera de coches aparcados y detuvo el Focus en doble fila. Apagó el motor.

Apoyó el codo en el marco de la ventanilla bajada.

Llevaba muchas horas sin probar bocado pero no sentía hambre. Sacó la mano y tamborileó con los dedos en la chapa del coche. Sobre las dos puertas de hierro de la salida de emergencia, alguien había pintado las iniciales ACAB, bajo una A dentro de un círculo. Era pronto para que empezase a pasar nada. Aún así, no se permitió apartar la vista.

De vez en cuando, pasaba algún vehículo por su lado, pero la calle se mantenía silenciosa casi todo el tiempo. En determinado momento, aguzó el oído. Un sonido se había distinguido del resto. Un golpe sordo, apagado. Otros se sucedieron. Algunos idénticos al primero, otros algo distintos. Todos sonaban muy amortiguados y parecían llegar de algún sitio muy hundido en el interior de la manzana del club. Los golpes dejaron de oírse. Pasó un rato y volvieron a sonar. Poco después,

las puertas de emergencia se abrieron hacia fuera. Dos personas salieron.

Bajo la luz de la farola, el cabello corto y amarillo de Carla refulgió con intensidad. Julián tiraba de su antebrazo. Corrían hacia el lado contrario a donde estaba el Focus.

Román se apresuró a pisar el embrague. Giró la llave de contacto y metió la primera. Acelerando, llegó en seguida a la altura de la pareja. Los pasó de largo, frenó y saltó a la acera.

Antes de verlo, Julián ya se había oído el peligro. Dio media vuelta, tirando de Carla, que salió desmadejadamente tras de él. La chica volvió la cabeza y reconoció a Román. Una sonrisa se dibujó en sus ojos.

Apenas había recuperado Julián el ritmo cuando uno de sus pies se vio bloqueado por la pantorrilla que Carla le lanzaba de través. Se fue de morros contra el suelo.

Ella aterrizó a su lado. Libre de su agarre.

Román los alcanzó en el momento en que Julián se incorporaba. Lo cogió del pelo y le golpeó la frente contra el adoquinado. Luego lo izó y lo llevó hacia el coche. Carla los seguía.

—Ahora no puedes decir que no soy de ayuda, ¿eh? No me volverás a dejar tirada.

—Lárgate.

—Una polla.

Román empujó a Julián al asiento trasero del Focus. Recogió los Magnum del suelo y se volvió a medias con gesto reflexivo.

—¿Sabes conducir?

—Claro. ¿Con quién coño te crees que estás hablando?

—Conduce.

Se metió detrás, empujando más a Julián hacia el fondo.

Carla irrumpió tras el volante, una luz de salvaje entusiasmo inundándole el rostro.

— **M**e fie de ti.

—Román...

—Quería fiarme de ti.

—Escúchame... —dijo Tormo.

—Me dijiste que enviarías a Segrelles y a nadie más. —¿Sabes lo que has hecho? Esos colombianos... Al final los hemos echado. Pero han destrozado el *Gladys*’, Román. Si lo vieras ahora. Tu *Gladys*’.

—Mi *Gladys*’ ya no iba a ser mi *Gladys*’.

—Eso no estaba nada claro. Nada claro.

—Ahora da igual. Puede que Julián ya no esté para hacerse cargo de él. Puede que dentro de un rato ya no esté para hacerse cargo de nada.

—¿Qué quieres decir?

Román se apartó el móvil de la cara para acercarlo a la boca de su propietario. Con la otra mano mantenía apretada la pistola contra la mejilla del muchacho.

—No ha sido culpa mía, papá —dijo Julián—. Si esa puta no me hubiera hecho la zancadilla...

Román le retiró el aparato.

Carla soltó una carcajada. Vuelta de rodillas en el asiento delantero, observaba la escena con deleitosa fascinación.

—Tú decides si quieres volverlo a ver —dijo Román. Durante unos segundos, solo se oyó respirar a Tormo al otro lado de la línea.

—¿Qué quieres?

—Trescientos mil euros.

—Eso es mucho.

—Es lo que sacasteis de la cocaína que trajo Armando cuando me detuvieron. Es justo.

—¿Justo? Lo justo es que mi hijo no pague por los pecados de su padre.

—Eso depende de ti. Trescientos mil euros.

—¿Para cuándo?

—Dentro de tres horas. Cuando haya amanecido.

—Es muy poco tiempo. Necesitaré más. Si quieres esa cantidad...

—No quiero esa cantidad. Te la pido porque creo que es justo que me la entregues. Pero si no la consigues en tres horas, me puedo conformar con matar a tu hijo.

—No, escucha... Tienes que dejarme reunir el dinero. Pero necesitaré más tiempo.

—Tú guardas mucho más que eso en efectivo. Todo el mundo sabe que aún no puedes justificar ni la mitad de lo que ganas. Estoy seguro de que tienes trescientos mil a mano. Si me dices que no, tu hijo muere.

—Está bien, está bien...

—Trescientos mil. En tres horas.

—¿Dónde?

—*La parada de los elefantes*. Estaré vigilando. Vendréis solos tú y Blasco. Si veo que para alguien más por allí, sea quién sea, tu hijo muere.

—De acuerdo. *La parada de los elefantes*.

—Eso es.

—Y Román...

—¿Qué?

—Esto no tendría que haber terminado así.

Román inspiró profundamente. Apretó más el cañón de la Walther contra el carrillo de Julián.

—No tendría que haber empezado como empezó. —Cortó la comunicación.

Carla se puso a aplaudir.

—Vámonos —dijo él.

La chica se volvió dando un bote en el asiento. Arrancó el motor.

—¿A dónde?

—Tú sigue. Ya te indicaré.

El Focus recorrió la oscura calle del polígono industrial, dejando atrás las naves austeras y silenciosas. Se reincorporaron a la carretera.

## 29

**E**l sol apenas empezaba a despuntar. Al otro lado de la carretera, iba dibujándose una gran extensión de campos de secano con algunas casas viejas y medio derruidas.

El flujo de vehículos se densificaba. Los camiones habían estado pasando sin cesar, pero conforme nacía el día, más y más utilitarios se unían al cauce de metales y combustible sobre el lecho de asfalto.

El abandonado conjunto de gasolinera, restaurante y tren de lavado se había ido estropeando ante las inclemencias del tiempo y los esporádicos saqueos. Entrando desde la carretera, primero quedaba el restaurante, con una amplia explanada al lado para el aparcamiento de camiones. Encima de la entrada y los ventanales que la flanqueaban todavía se leía el nombre en negro sobre la pared mostaza: *La parada de los elefantes*. Los cristales estaban opacos del polvo acumulado; la pintura, desconchada; el toldo, en forma de cuarto de esfera, lleno de desgarraduras. Una de las barandas de la escalera que ascendía a la entrada había sido arrancada y yacía en tierra, junto a varios de sus listones rotos.

Desde dentro de lo que había sido el edificio de la gasolinera, Román vigilaba la calzada. Tenía también una buena visión de la entrada del restaurante, situada en el lateral que daba a la zona de surtidores. Esperaba sentado en el piso, el brazo apoyado en la pared y la cabeza sobresaliéndole por el ventanal roto. El suelo estaba lleno de fragmentos de vidrio. Carla, sentada sobre un expositor de aluminio, se entretenía rascándose la pierna con el filo de un gran pedazo de cristal en forma de cuchillo. Seguía yendo descalza. Las plantas de sus pies estaban ya completamente negras. Un grupo de moscas le revoloteaba en torno a las piernas y tenía que estar espantándolas constantemente. Se le metían bajo la mini-falda roja y le recorrían los arañazos y rascones que se había hecho en las rodillas al caer y arrastrarse por el suelo en la casa de la playa. También las moscas correteaban de tanto en tanto por el rostro sudado de Román. Pero a este no parecía importarle.

Llevaban un buen rato en silencio.

—¿Dónde te hicieron así? —preguntó ella de repente—. ¿Así?

—Esta noche he oído un montón de cosas. Todos esos... Julián, Blasco y los demás capullos... no paraban de hablar. Pero a mí me da que no tienen ni puta idea. Porque hasta hace nada... solo eras un pringado, ¿no? Y ahora todos se creen que se saben tu vida, ¿entiendes?

Dónde estuviste y eso. Y yo creo que no tienen ni puta idea.

—Yo solo quería llevar el *Gladys*'.

—Joder, con el *Gladys*'. Pero, ¿qué tiene ese sitio para ti?

Román la miró sin expresión.

—A mí no me parece más que una disco cutre para abuelos —sentenció ella—. Pero, ¡eh!, sobre gustos...

Él volvió a vigilar la carretera.

—¿Qué le piensas hacer a ese cabrón?

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? Que yo sepa, solo queda uno, de los dos que te engañaron y te mandaron nueve años a la puta cárcel.

—No voy a hacerle nada, siempre que me traiga el dinero.

—¿Qué?! No puedes estar hablando en serio.

—Tenemos un trato.

—¿Y qué, que tengáis un trato? ¿Es que no teníais un trato hace diez años?

—Eso no importa.

—¿Que no...? Pero vamos a ver, ¿me estás diciendo que después de descubrir la putada que te hizo vas a dejar que se salga de rositas?

—Le he perdonado.

—Una mierda. No se puede perdonar a alguien que te hace algo así. No es humano. Aunque luego intente arreglarlo. Hay cosas que no tienen arreglo. Simplemente no lo tienen. Y ya está.

—Intentó compensarlo —dijo Román, con voz menos firme—. Se ocupó de mi mujer y de mi hijo.

—Oh, sí. Venga ya.

—Y cuando volví, me dio el *Gladys*'.

—¿Qué coño, te lo dio! Te puso a currar allí, que no es lo mismo. Y por si no te has enterado, estaba a punto de dárselo a su hijo para que se montase allí su puticlub.

—Eso nadie lo sabe.

—Joder, tío. Pero mira que llegas a ser imbécil.

Román calló.

—Entonces, ¿en serio que no le vas a hacer nada?

—Si me trae los trescientos mil euros, no.

—Pero ¿qué mariconada es esa?

Por la carretera pasó un grupo de motoristas, zumbando como un enjambre de abejas amplificado.

—Quería que se hiciera justicia por Samantha —dijo él, como para justificarse—. Eso ya casi se ha hecho.

—¿La colombiana? ¿La que se fundieron en el *Gladys*'? —Sí.

Carla se lo quedó contemplando unos segundos con curiosidad.

—Bueno, allá tú —concluyó—. No me voy a meter en tu vida. —Y adoptando un tono de tanteo, añadió—: Supongo que me darás un buen pedazo, de esos trescientos mil. Después de lo mucho que te he ayudado...

Román cerró un ojo y sacudió la cabeza para apartar a una mosca que le recorría el párpado



superior.

—Te puedo dar cinco mil.

—¿Cinco mil?! ¡Solo?!

—Siete mil, si quieres.

—Oye, mira que me puedo llegar a ofender, ¿eh? Vamos a ver, ¿dónde habrías llegado, si no es por mí? ¿Quieres que hagamos un repaso? —Se puso a contar con los dedos de una mano, golpeándose los con el índice de la otra—. Uno: no hubieses sabido que Roque tenía un ático en la finca metálica si no te lo digo yo. Dos: ni de coña hubieses descubierto que Armando se escondía en la casa de la playa si no te llevo a llevar yo allí. Y tres: no tendrías ahora a Julián si yo no le hubiese puesto la zancadilla. Para resumir, se te da muy bien ir por ahí cargándote a la peña, pero sin mí no te habrías comido una mierda. Así que, digo yo que ya podrías ser más generoso y darme al menos la mitad de esa pasta.

—Te daré diez mil. Y no voy a subir más. No insistas.

—Pero ¿tú sabes lo poco que me van a durar, diez mil pavos? En cuanto esto acabe, voy a tener que desaparecer del mapa. La gente de Tormo me querrá despellejar viva. Y si encima no te lo cargas, ya ni te cuento.

—Ese es tu problema, no el mío.

—Ya, claro. De puta madre. Apáñatelas como puedas, Carla, que aquí cada uno mira por su propio culo. ¿Cuántas veces me habrán cantado la misma canción? Y a mí no me queda otra que bailarla como una idiota.

—Me parece que diez mil está bien —replicó Román con voz átona, sin dejar de contemplar la carretera.

—Sí, ¿eh? Te parece fantástico.

Frunció los labios y se quedó callada. Durante un rato, se olvidó de las moscas que correteaban sobre la sangre reseca de sus rodillas. Se mordió los carrillos, produciéndose dos hoyuelos simétricos. Colocó el trozo de cristal en posición vertical sobre su muslo derecho. Lo hizo girar a un lado y a otro, mirando fijamente el sitio en que la punta le pinchaba la carne.

De pronto, se levantó.

—Voy a echar una meada.

Román la vio alejarse entre los expositores vacíos, dando saltitos para no cortarse con ningún fragmento de vidrio. En seguida volvió el rostro hacia fuera.

Dos grandes láminas de chapa acanalada, desprendidas del techo voladizo, yacían diagonalmente entre el suelo y los surtidores de gasolina. El viento las mecía produciendo un gemido metálico.

Los camiones seguían atronando al pasar de largo por su antiguo paradero.

Carla se metió por el pasillo donde estaban los aseos. Al fondo de este, un umbral destrozado daba a la parte trasera, donde había un terraplén cubierto hasta media altura de matorrales. Miró a su espalda y comprobó que Román no le prestaba atención. Entró en lo que había sido el aseo de hombres y juntó la puerta.

La taza del retrete estaba volcada en tierra. Un zumbido intenso y constante llevó a Carla a mirar hacia un rincón. Arrugó la nariz. Alguien había defecado en el suelo y sobre el resultado corría y revoloteaba una legión de moscas.

Se acercó a Julián, que estaba acurrucado entre los dos lavabos. Debajo de la camisa floreada

no llevaba más que un par de calzoncillos de seda burdeos. Román le había quitado los pantalones y desgarrado una pernera para sujetarle las muñecas a la espalda y atarlo al tubo de desagüe de una de las pilas.

El chico fue a imprecarla, pero Carla le puso un dedo en los labios. Le enseñó lo que traía consigo. El asombro tiró hacia arriba de las cejas de Julián. Ella se acuclilló a su lado. Separándole la espalda de la pared, le subió la manga derecha de la camisa. Colocó el cristal en forma de cuchillo pegado a su antebrazo y le volvió a bajar la manga.

Habló en un susurro:

—Tienes que esperar el momento justo.

—¿Por qué no me sueltas ya?

—No me seas gilipollas. Tiene tres pistolas. No te acercarías ni a cinco metros de él.

—Puedo escapar por la parte de atrás.

—Se daría cuenta y te cazaría. Es muy listo.

—¿Cómo es que lo conoces tanto? —preguntó él, irritado.

—Porque me lo folio siempre que puedo.

Se le escapó una ristra de risas que tuvo que abortar de prisa cubriéndose la boca con la mano. Miró hacia la puerta y aguzó el oído pero no oyó nada más allá del zumbido de las moscas.

—Cuando venga tu padre con la pasta —susurró—. Entonces estará distraído. Pero no antes.

Julián dio un fuerte soplo para espantarse una mosca de los labios.

—No aguanto más aquí.

—No me seas nena. Ya no faltará mucho.

—Los brazos me están matando. Y la peste esta es insoportable.

—Sobrevivirás.

—Oye —dijo él, alzando los ojos hacia Carla, que se acababa de poner en pie—. ¿Por qué me ayudas ahora?

Ella levantó un hombro. Lo dejó caer.

—Supongo que me he dado cuenta de quién es mi verdadero amor.

Fue a reír otra vez, pero pirueteó sobre la punta de un pie y salió contoneándose.

Román seguía pendiente de los vehículos que venían de la ciudad.

—La cadena no funciona —dijo Carla al ocupar su sitio. Entonces se permitió reír de su propio chiste.

Pasaron quince o veinte minutos más.

Un Mercedes negro adelantó a un camión en la carretera, se desvió para tomar el acceso a la estación de servicio abandonada y redujo la velocidad al empezar a traquetear sobre los baches del camino.

—Ya están aquí —dijo Román—. ¿Estás lista?

—Siempre.

El Mercedes frenó a unos diez metros de distancia, entre el restaurante y el área de repostaje.

—Sales cuando te dé la señal —le recordó Román—. Caminas hasta ellos y cuentas hasta cien. Te digan lo que te digan, tú mantienes la boca cerrada y cuentas hasta cien. Y luego les dices que entren en el restaurante.

—Creo que ya me lo había aprendido la primera vez. Pero gracias por la clase de repaso.

Oyeron la puerta del coche. Román vio salir a Blasco del lado del conductor. Este hizo un

barrido con la mirada. Pareció hablar. Entonces se abrió la otra puerta y Tormo se dejó ver. Puso encima del capó un maletín de cuero marrón.

—Ahora —dijo Román.

Carla pasó por detrás de él y atravesó el umbral.

Tormo fue el primero en verla. Hizo una señal y Blasco se volvió y arrugó la frente.

Román esperó a que Carla hubiese recorrido la mitad del trayecto. Luego, sin alzarse, se separó del ventanal y fue a cuatro patas, sorteando los cristales con las manos, hasta el expositor central. Se levantó y continuó hasta el baño.

Al verle, Julián empezó a temblar.

—¿Ha venido mi padre?

—Sí.

—¿Con el dinero?

Sin molestarse en responder, Román se inclinó a su lado. Julián separó cuanto pudo el tronco de la pared para que él pudiese deshacer el nudo que lo ataba al tubo.

Una vez suelto, Román lo agarró de la tela entre sus dos muñecas y tiró para ponerlo en pie.

Julián soltó un quejido. Se vio empujado hacia fuera. Al pasar junto a la defecación del rincón, las moscas aposentadas en ella revolotearon alocadamente en espirales y aumentaron su zumbido al máximo. Román lo hizo pasar a través del hueco de la salida trasera. En la mano empuñaba la Walther, a la que había metido el cargador lleno. Se había sacado los faldones de la camisa por fuera del pantalón para ocultar los dos revólveres que llevaba en la cintura, uno delante y otro detrás. Caminaron hacia *La parada de los elefantes*.

**E**l rumor del viento sacudiendo los matorrales cubría sus pisadas. Román estudió la pared terrosa y plisada del terraplén a su izquierda, las torres de los hilos de alta tensión que se elevaban más allá. No parecía haber sitio por allí para que nadie se escondiera. Y cualquiera que pretendiese acceder a ellos desde el llano en la parte alta lo tendría difícil para bajar. Entre el edificio de la gasolinera y el del restaurante, un viejo depósito de combustible oxidado los ocultaba de la parte delantera. Nada más superar la pared, vieron fugazmente a Carla y a los dos hombres. Estos no se fijaron en ellos. Pasaron el depósito y llegaron a la parte posterior del restaurante. Una puerta de hierro daba acceso a la cocina.

Las paredes alicatadas estaban llenas de boquetes en los sitios donde los conductos de agua y gas habían estado atornillados. Había montones de azulejos rotos por el suelo y los bancos de aluminio tenían una espesa capa de mugre. En el hueco para la nevera había un colchón doblado en dos. Salieron detrás de la barra. Delante tenían todo el espacio oscuro y desangelado del local, aún con alguna mesa superviviente a los saqueos y vandalismos. A la derecha, quedaba la entrada. A través del cristal cubierto de polvo podían ver las tres siluetas que seguían junto al coche negro. Román empujó a Julián del hombro para que se agachase debajo de la barra.

—Tú quédate aquí. Y no digas ni mu.

Julián no dijo ni mu.

Pasando al otro lado, Román se apoyó en el borde curvo de zinc, de cara a la puerta por la que entraba casi toda la luz disponible. Las ventanas tenían los postigos cerrados. Puso el antebrazo sobre un anaquel de cristal, milagrosamente intacto, para mantener la automática apuntada y a la vista de quien entrase. Con la manga del otro brazo, se enjugó el sudor de los párpados. Cuando volvió a mirar, las manchas del exterior se estaban acercando.

Carla fue la primera en entrar. Le dedicó una mueca entre burlona y triunfal. Se hizo a un lado, dejando paso a Blasco. Este la adelantó y se quedó parapetado tras el otro extremo cerrado de la barra, la mano metida en el bolsillo de la chaqueta. Tormo fue el que más se adentró a donde Román estaba. Cargaba con el maletín de cuero.

—¿Y mi hijo?

—¿Habéis venido solos?

—¿Ves a alguien más?

Román pasó la mirada de él a Blasco.

—Coge el dinero y déjate ya de historias —le dijo este—. Disfruta lo que puedas. Si fuese por mí, no habrías llegado ni a olerlo.

Tormo puso el maletín encima de la superficie de níquel. Le dio un empujón que lo mandó deslizándose hasta topar con Román.

Román lo abrió guiándose por el tacto, sin dejar de vigilar a los dos hombres. Bajó brevemente la vista. Vio montones de billetes.

—¿Está todo? —preguntó ansiosamente Carla.

—Supongo —dijo él sin emoción.

—Está todo —aseguró Tormo gravemente—. Ahora dame a mi hijo.

—Antes tengo que matarlo a él. —Román movió el cañón en dirección a Blasco.

—¡Un momento! —gritó el aludido.

—¿De qué estás hablando? —se sorprendió Tormo—. No dijimos nada de...

—Te dije que quería averiguar por qué habían matado a Samantha. Blasco lo ordenó. Segrelles me lo contó todo.

—Pero... —Tormo se volvió a medias hacia Blasco, que había enmudecido—. Eso no tiene sentido. ¿Por qué...?

—Los colombianos —dijo Román—. Quería que los vieses como una amenaza. Convenció a Segrelles para contratar a los sicarios y hacerte creer que habían ido a perjudicarte.

—Pero espera. Aunque sea verdad. No puedes...

Román disparó.

La mejilla de Blasco se vio agujereada. Su boca empezó a moverse de manera convulsiva, emitiendo un gorjeo crujiente. Como si intentara tragar un puñado de vidrios machacados. Román estiró el brazo para afinar su puntería. Se notaba cansado. No estaba en posesión de sus plenas facultades. Su siguiente disparo perforó el cráneo de Blasco sobre la cuenca del ojo izquierdo.

Tormo se había quedado sin habla. Cuando volvió la cabeza hacia Román, miró más allá de él. Su expresión cambió.

—Ahora sí —dijo Román, tomando el maletín con la mano izquierda y bajándolo a su costado—. Estamos en paz.

Entonces sintió el aguijonazo en la nuca.

Una oleada de dolor se extendió por su espalda y su cabeza. Notó la sangre cálida y viscosa bajarle por la columna vertebral. La vista se le nubló. Automáticamente, un mecanismo de defensa innato le llevó a alzar la pistola y a ponerse a disparar sin control. Una bala rebotó sobre la barra y salió hacia el techo. Otra resquebrajó el postigo de una ventana. Se oyó un chillido agudo. De las paredes saltaban trozos de yeso y fragmentos de ladrillo.

—¡Corre, papá! —gritaron a su espalda—. ¡Sal de aquí!

Una forma desenfocada se movió hacia la mancha de luz al fondo.

Siguió disparando.

Después de clavarle el trozo de cristal, Julián se había quedado sin saber qué hacer. Se dio cuenta de que debía reaccionar de algún modo si no quería que su padre recibiese un tiro antes de alcanzar la salida. Embistió con el hombro contra la espalda de Román. Lo mandó al suelo de morros.

La puerta se abrió y se cerró.

Julián esbozó una sonrisa de autosatisfacción.

A Román la pistola se le había escapado de la mano y deslizado lejos. El maletín estaba tirado a su lado. Logró ponerse a cuatro patas. Escupió.

Unos pies descalzos corretearon hasta aparecer de repente en su campo de visión.

Carla se acuclilló frente a él. Agarró el maletín. Román levantó un poco la cabeza para contemplar el rictus de excitado gozo en su rostro redondo. Carla le pasó una mano por el pelo empapado de sudor. Le apretó juguetonamente la nariz con el dedo.

—No me pongas esa carita de perro apaleado —le dijo—. Lo mejor, lo dejo para ti.

Metió la mano por debajo de él. Aferró la culata que llevaba pegada al vientre y le extrajo el revólver de la cintura.

Julián se quedó atónito al ver la boca del cañón. Hubo un amago ineficaz en sus labios. Llegó a emitir un gemido inconexo pero nada más. Carla le lanzó un beso antes de dispararle.

Román se vio asaltado por un ataque de tos. Tuvo que volver a agachar la cabeza y apretar los párpados ante las fuertes contracciones que lo sacudían. El ardor punzante en su nuca era cada vez más vivo y la sangre le resbalaba ahora por los lados del cuello y goteaba en el suelo. Los mismos pasos apresurados de antes se alejaban ahora de él. El mismo chirrido de bisagras. Golpe seco contra el marco.

La conciencia empezó a abandonarlo. Estaba en su casa y solo tenía que dejarse vencer, permitir que los brazos descansasen para caer en un deseable sueño. Nadie le molestaría ya.

Algo lo espabiló de súbito.

Un disparo, sí. Eso había sido.

Una detonación.

Y cuando ya estuvo seguro de ello escuchó el encendido del motor, el coche que se ponía en movimiento. Un rugido que aumentó y disminuyó y luego volvió a aumentar y a disminuir. Se acercaba y se alejaba, acercaba y alejaba, sin llegar a perderse del todo. Igual que sus fuerzas.

Poniendo todo su empeño, irguió el tronco. Osciló ligeramente hasta lograr estabilizarse y entonces levantó las manos hasta el borde curvo de zinc y tiró de su propio peso y se puso en pie. Apoyándose en la barra empezó a arrastrar un pie y después otro, alternativamente.

Cuando la barra terminó, ya había recuperado parte de sus fuerzas y podía andar medianamente. Las cosas se enfocaban y se desenfocaban delante de él. Vio su mano, como si fuese la de otra persona, adelantarse hacia la manilla de la puerta. Tiró de ella y descubrió el mundo en su más desnuda realidad.

En medio del terreno asfaltado, bañado por el sol ya elevado sobre el horizonte, Tormo yacía de rodillas, el rostro congestionado y contraído. Una de las perneras de su pantalón estaba empapada de sangre y con la mano se apretaba el muslo. Su cabeza giraba a un lado y a otro para seguir la marcha del Mercedes, que chirriaba y tronaba sobre la accidentada capa de asfalto, girando en círculos alrededor de él. El coche pasó pegado a la entrada del restaurante. Carla, desde el volante, sonrió a Román a través de la ventanilla abierta. Le guiñó un ojo.

Un espasmo hizo palpitar la boca de Román. De repente, las comisuras se le afilaron y curvaron apuntando al cielo. Hasta que, como en una erupción ya incontrolable, sus labios se abrieron de par en par y una violenta carcajada restalló en el aire caliente. A esa primera explosión sucedieron otras y pronto Román fue incapaz de dejar de reír. Todo su cuerpo vibraba con una energía inaudita y su rostro estaba marcado por una vitalidad voraz.

Bajó los tres escalones hasta el nivel del aparcamiento. El coche volvió a pasar frente a él, rugiendo y derrapando. Román vio a su lado el pasamano roto y los listones de hierro arrancados. Se agachó. Cogió dos listones de algo más de un metro de longitud. Centró la mirada en el hombre arrodillado en mitad de la explanada.

Tormo, meciéndose adelante y atrás con gesto dolorido, lo contemplaba ahora con una nota de horror en sus ojos desorbitados.

Y Román seguía riendo. Mientras encaminaba sus pasos hacia el centro del círculo marcado por los neumáticos. Mientras el cielo se cubría de sombras.

El Mercedes atravesaba de nuevo la línea que lo separaba de su objetivo. Las carcajadas salvajes de Carla uniéndose a la suya. Lenguas de fuego invisibles lanzando destellos a lo alto, haciendo bailar las sombras al son de sus risas. Caleidoscopio de manchas negras y naranjas. En lugar de seguir girando, esta vez el coche enfiló por delante de las isletas de surtidores hacia la salida. El brazo de Carla salió por la ventanilla, se agitó en el aire al incorporarse al tráfico de la carretera.

Román la vio marchar con un hálito de éxtasis. Y siguió riendo. Y siguió arrastrando los extremos de las barras por el asfalto accidentado. Hacia el hombre tendido. Riendo una risa que no cesaba. Borrando las sombras.

Alimentando el fuego.



JERÓNIMO GARCÍA TOMÁS nació en València en 1977. Es Técnico Superior en Imagen y Sonido y Licenciado en Filología Inglesa. Ha colaborado como crítico de series y televisión, para medios como la cartelera Turia o la Bolsa de Pipas. En el año 2012, dirigió el cortometraje *El arma*, un homenaje al cine policíaco italiano y al *thriller* norteamericano de los años 70. Es autor del libro de relatos *Trama de grises* y de la novela *Cautivos*. Ha sido dos veces finalista del Concurso Internacional de Novela La Orilla Negra, y una del Premio A Sangre Fría de Novela Negra. Actualmente, publica artículos sobre género negro en el blog Suburbios de Poisonville.